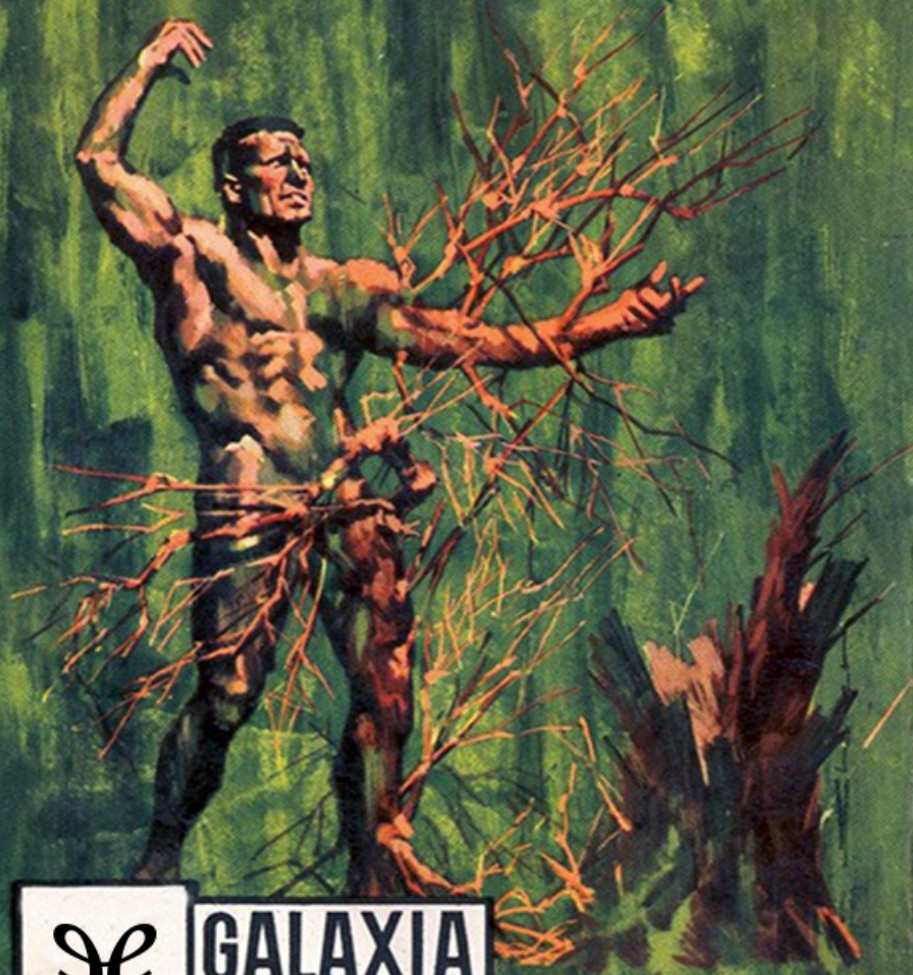


SANGRE VERDE



se

GALAXIA
Ciencia-Ficción

Partieron alegres para establecerse en una nueva Tierra, pero los pasajeros de la «Nevermore» pasan demasiado cerca de un cometa radioactivo. Los efectos son devastadores. Pero lo peor está por llegar para el único superviviente. Su piel empieza a convertirse en corteza y su sangre en savia. Y la agonía se prolongará durante mucho tiempo...



Maurice Limat

Sangre verde

Galaxia - 04

ePub r1.0

Titivillus 09.05.16

Título original: *Le sang vert*
Maurice Limat, 1963

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

—Nunca más...

Frente a la ventana, Liane, contemplaba el negro manto del espacio, en el cual resplandecían miles de astros; fijos, estáticos, como los ojos de las estatuas.

Una sensación de desaliento había brotado de su corazón. Sin darse cuenta había hablado en voz alta. No se había dado cuenta de los pasos de Genio, quien se acercaba por el pasillo de la nave espacial, donde los ruidos quedaban ahogados por el revestimiento de plástico que cubría las paredes de la cosmonave, por lo que era fácil acercarse sin producir ruido alguno.

Un brazo viril rodeó el talle de la joven, que instintivamente se sobresaltó, recobrándose en seguida al reconocer al hombre.

—¿Por qué estos suspiros, querida mía? Te encuentro muy melancólica...

Era un joven alto, robusto. Sus cabellos negros y abundantes, de, latino, caían sobre la frente, dándole una expresión de rudeza que desmentía la gracia de sus rasgos. Sonreía, confiando en el éxito de la expedición, extraña proeza interestelar que debía hallar su culminación en una serie de uniones matrimoniales.

Liane alzó hasta él sus bellos ojos, azules, claros, un poco tristes en su semblante de piel rosada. No dijo nada, sino que recostó su cabeza cubierta de sedosos cabellos dorados contra el hombro del joven.

—«Nervermore»... Nunca más... ¿Por qué le pusieron este nombre a la nave?

El joven rióse, largamente, con ganas, mientras ella notaba la agitación que la risa producía en el pecho del hombre.

—¡Vaya qué pensamientos tan tardíos! Salimos de la Tierra

hace... bueno ya ni lo sabemos... El Sol, nuestro Sol, está tan lejos, que nos arriesgamos a no volver a ver jamás su luz. Por este motivo, por esta eventualidad, la astronave fue llamada, «Nervermore». Como un desafío... Pero tú ya sabes todo esto desde el momento que subiste a bordo. Marfa... Y Jehanne... Y Carmen y Maggia lo sabían también. Hasta el momento presente, todas ellas se han comportado como jóvenes razonables y ninguna ha sufrido crisis de nervios, pretendiendo que la reintegrásemos a la vieja Tierra. Supongo que irás a ser tú la que empiece...

La abrazó un poco más fuerte entre sus vigorosos brazos, con ternura, que evocaba las caricias que se prodigan a los pequeñuelos:

—Y además, estoy yo a tu lado, Liane. Sea cual fuere el planeta en el cual los técnicos, psicólogos, biólogos y otros nos hubieran destinado para establecer la «Nueva-Tierra», será conmigo con quien vivirás. Y los hijos que nazcan serán nuestros hijos. Nuestros...

Liane no le miraba. Apretada contra él, dejaba errar sus ojos más allá del tragaluz, hacia aquella inmensidad que, tras un mes de duración terrestre, había aprendido a contemplar, a amar, a temer también un poco.

—Sí, Genio —murmuró Liane—. Estoy a tu lado. Como Marfa está con Petrus. Jehanne con Wolfram. Carmen con Marc, y Maggie con Nat. Fuimos seleccionados, moral y físicamente, pero más que nada físicamente, debemos reconocerlo, para crear un linaje en esta colonia ideal que se llamará «Nueva-Tierra». ¿No te da la impresión de ser algo así como conejillos de Indias? No... No es esto precisamente. Pero algo por el estilo a estos animalitos o semillas que se trasladan de un mundo a otro para ver si proliferan, si germinan...

—Cariño, estas reflexiones debiste hacértelas antes de embarcar. En estos momentos en que avanzamos, casi tan deprisa como la luz, en la constelación de Virgo, y que esa inmensa estrella que puedes divisar es la Epi, me parece difícil y superfluo hablar de estas cosas. Avanzamos, esto es todo. Por los túneles subespaciales, hemos recorrido, en el transcurso de varias semanas, una distancia que los aviones más rápidos, que alcanzan velocidades superiores a la luz, no recorrerían en un respetable número de siglos. El porvenir es nuestro. ¿Ya no me amas?

—Oh, Genio...

—¡Un planeta para nosotros! Imagínatelo. Un mundo nuevo, todo nuevo. Una vida entera en un universo virgen. Tú y yo... y sin viejos... ni de historias estúpidas como en la Tierra y en planetas vetustos. Nada más que unas parejas tan jóvenes como nosotros, y sin niños insoportables, más que los nuestros...

Volvió a reírse. Pero Liane seguía pensativa.

—¿Qué es aquella estrella de allí abajo?

—¿Allí abajo? ¡Ah!, eres una mujer, no falla... «Aquella estrella de allí abajo». En pleno espacio... En medio de millones y millones de soles... ¿Cómo quieres que pueda decírtelo?

—Tú me has mostrado Epi...

—Una estrella que, desde la Tierra, es de tamaño grande, a simple vista, y que por consiguiente se hace mucho mayor al ir acercándonos... de forma relativa, claro está. Es Epi la que tú ves.

Liane se separó un poco de Genio para ir a apoyar su pequeña nariz contra el tragaluz.

—No lo creo —exclamó.

Genio volvió a mirar con más atención:

—Toma, es verdad —contestó—. Se distingue Epi claramente. Pero aquello...

Permaneció unos instantes observando. Su rostro se alteró ligeramente:

—Es curioso. Parece como si... ¿No te parece, Liane, que esa estrella no está fija?

Liane permaneció silenciosa durante un minuto antes de confirmar:

—Así me lo parece, en efecto... Tal vez no sea más que una ilusión óptica... O quizás un espejismo del espacio. El teniente Parox nos habló de todas esas cosas, el otro día. Esas cosas que aparecen en el vacío y que nadie ha podido explicar jamás...

Siguieron observando aquel punto luminoso durante unos instantes, ligeramente impresionados, preguntándose si no se hallarían frente a uno de aquellos misterios a los que hizo alusión el teniente Parox, segundo comandante del «Nervermore».

No era, desde luego, el faro de alguna astronave, ni tampoco uno de los innumerables soles de la Galaxia. ¿Un meteoro? Pero un meteoro no brilla más que al rozar la atmósfera de un planeta. En

pleno cielo, no aparece más que a corta distancia, y tal cual es en realidad, un guijarro, una roca o un cuerpo mineral, pero sin fulgor particular.

Intrigados, los dos enamorados se dirigieron a otra sala de la nave espacial. Querían tranquilizar sus conciencias y pensaban, no sin razón, que los puestos de observación de a bordo habrían detectado ya aquel fenómeno. Cuando penetraron en una de las alas reservadas a la estancia de los pasajeros, un enjambre de jóvenes, de ambos sexos, les rodearon rápidamente.

Estaba la rubia Jehanne y la pelirroja Carmen, la deslumbrante Maggie y la picante Marfa. Todas reían y gritaban a la vez, agitadas por las noticias que creían anunciarles:

—¡Por fin! Sucederá algo...

—Nos aburríamos tanto en esta nave...

—Veremos un espectáculo hermoso. ¡Algo inaudito!

—¡Una atracción! No hemos tenido ocasión de divertirnos desde que salimos de la Tierra.

—¡No te quejes! Hemos visto la Luna. Y Marte... Y Uranio... Y luego...

—No te acuerdas de los nombres de los planetas...

—De todas formas, será formidable...

Hablaban todo esto aturdiendo a Liane y Genio. Este, con su espléndida altura dominaba al alegre grupo. Las interrumpió de pronto:

—¡Silencio, jovencitas! Y por favor, explicaros. Pero una tras otra, por el amor del cielo.

—Vamos a encontrar algo —gritó Marfa.

—Una cosa que corre por el espacio —aclaró Jehanne.

—Y que va a cruzarse en nuestro camino —terció Carmen.

Antes de que Maggie pudiera decir lo suyo, Genio las interrumpió:

—¡Ah, vaya! Liane y yo lo sabíamos. Hemos visto la «cosa» como vosotras decís. ¡No nos aturdáis con vuestras historias!

Se produjo un «¡Ah!» general de desencanto.

Más tarde, consiguieron saber que el teniente Parox, siempre dispuesto a informar amablemente a los pasajeros del curso del viaje, les había advertido el próximo encuentro con un elemento rarísimo en la Galaxia: un cometa.

—¿Un cometa? —exclamó Genio—. Pero un cometa deja una estela luminosa tras él... o incluso delante, si bien esto se produce más claramente. Y nosotros no hemos visto nada de eso, ni Liane ni yo.

—El teniente nos ha dicho que, en efecto, los observadores habían tomado este punto de luz por una de estas estrellas súbitamente inflamadas. Pero los detectores electrónicos han determinado la naturaleza del cuerpo errante, ya que la visibilidad desde el navío es algo deficiente. No es posible, desde nuestra posición, observar de manera conveniente la cola del cometa. Pero, por lo visto, se trata de uno.

Jehanne y Carmen estaban discutiendo para saber si aquello sería un presagio favorable o, por el contrario, maléfico. Las viejas supersticiones planetarias, que se creía desaparecerían después de tres siglos, con los cambios interestelares, habían, por el contrario, engendrado nuevas leyendas, ya que la gente del espacio, a pesar de su ciencia y su alta técnica, Quedaban bajo la impresión de numerosos misterios, de cosas inexplicables, que hacían renacer los terrores ancestrales.

—¿Dónde están los chicos? —preguntó Genio.

Wolfram, Petrus, Marc y Nat estaban en la piscina de a bordo. Se entrenaban todos ellos, constantemente, en vista de los esfuerzos que deberían realizar en la Nueva Tierra una vez fuera elegido el lugar adecuado. En efecto, debían prevenirse para convertirse en pioneros, y abastecer, y tal vez defender, a sus mujeres, así como los futuros hijos. La buena forma física les parecía indispensable.

Se decidió ir a prevenirles. Las cinco parejas constituían el embrión del nuevo mundo que los sabios de Martevenux (Confederación de planetas Tierra-Marte-Venus-Luna-Phobos y Deimos) querían crear, tan lejos del sistema solar que no existiera lazo alguno entre aquellos dos universos. Altas razones religiosas y morales habían sido el origen de aquel proyecto, la confederación de planetas desolada por las querellas milenarias que la conquista del espacio no había conseguido frenar, sino más bien al contrario.

Pero cuando Genio y Liane, Junto con las demás Jóvenes, se dirigían hacia las salas de deporte, una sirena resonó, de pronto, lúgubramente, a través de la inmensidad de la astronave.

Y todo el almacén de la nave espacial, crucero convertido en

paquebot por las necesidades de la misión humano-científica, se puso a vibrar de manera punzante, que penetraba en los organismos, poniendo los nervios de punta y produciendo de inmediato una insoportable migraña.

Genio y las cinco Jóvenes se miraron entre sí. Se habían detenido. No sabían qué hacer ya.

Aquella señal era la primera que oían desde su aterrizaje. Sabían lo que significaba. Carmen hacía castañear los dientes. Jehanne y María tenían los ojos anegados en llanto.

Maggie murmuró:

—¡Ah! ¡Esto me pone mala! ¡Es terrible!

Liane, instintivamente, se había apretado contra el pecho de Genio, quien se sentía palidecer y no deseaba que las jóvenes lo notaran.

Dos marineros pasaron corriendo. Quisieron, en vano, interrogarles, y, sin embargo, no habían tenido tiempo ni de hablar. No debían saber todavía en qué consistía el peligro. Y Genio hizo remarcar, tras una reflexión de Maggie, que no era el momento adecuado para ir a interrogar al teniente Parox, su informador habitual.

Debía estar ya hablando con el comandante sobre las medidas a tomar.

En tumulto, acudieron Marc, Wolfram, Nat y Petrus. Habían salido de la piscina vistiéndose rápidamente. Buscaron a sus respectivas prometidas, dando la impresión de estar también trastornados.

—¿Sabes algo de lo que pasa? —les preguntó Genio, mientras las futuras esposas respectivas se acercaban a cada uno de los jóvenes.

—Sí —respondió Nat—. Acabamos de ver al doctor Ferlot. La nave «Nervermore» está a punto de cruzarse, hecho inaudito en el espacio con un cometa desconocido y que no estaba señalado. Y los controles son en estos momentos bien formales. Este sol vagabundo emite radiaciones. Todo conduce a creer que estas radiaciones son extraordinariamente nocivas. Si el comandante no decide hacer rápidamente una zambullida subespacial, nos veremos afectados por dichas radiaciones. Y entonces estaremos todos perdidos...

CAPÍTULO II

La sirena no cesaba de aullar. Su gemido se prolongaba permanentemente durante todo el tiempo en que la nave se hallara en peligro. Aquel procedimiento, que ponía los nervios de punta, según expresión de quienes lo habían creado, tenía la ventaja de mantener a la gente alerta. Y en el espacio, una astronave forma un todo, que debe hacer frente, en bloque, en caso de peligro, hombres y navío.

En la posta del comandante, el jefe de a bordo, un hombre de unos sesenta años, poseedor del envidiado título de comodoro de las estrellas, después de innumerables viajes espaciales y de altos títulos militares en las guerras estelares, estaba inclinado sobre la mesa de controles electrónicos que le indicaban en forma concreta lo que sucedía.

Los videntes parpadeaban, se oían ligeras tonalidades musicales, pequeñas pantallas mostraban las curvas flotantes y los pequeños puntos movibles. Se inscribían cifras, en colores vivos, y en el centro, sobre una pantalla discoidal más amplia que las demás, podía verse, en relievecolor, la imagen de la «cosa».

El teniente Parox y el profesor Garance, jefe de la misión científica, se inclinaron sobre aquella.

Todo estaba claro, sin ambages. Un cometa en miniatura aparecía bajo sus ojos, reflejo del otro, el verdadero. Sabían su peso, su composición, la potencia de sus radiaciones, así como la naturaleza de éstas. No ignoraban ni la velocidad, ni la dirección, ni las coordenadas, que podían comparar con los elementos que determinaban la marcha de su nave.

Y la zambullida subespacial era ya, a todo fin, imposible.

Una nave espacial no puede convertirse en subespacial como un

submarino en aguas del océano acuoso, que se transforma, casi instantáneamente, en batiscafo. Para inmergir al submarino en el líquido elemento, basta con obstruir las salidas que comunican con el exterior, hacer emplear los lastres, y las leyes del peso y de la presión hacen el resto.

El descenso del espacio al subespacio es mucho más delicado.

Este dominio no está todavía demasiado conocido, puesto que sólo se ha utilizado algunas pocas veces, ya que es indispensable para contornear las formidables distancias que se cifran en años-luz.

Por consiguiente, mucho más peligroso.

Un comandante de una cosmonave que quiera hacerlo, debe dejar la nave al mando de los pilotos-robots, puesto que los humanos están sujetos al vértigo en el momento en que la nave en el cielo se pone a girar sobre sí misma, «barrenar» literalmente el espacio a fin de franquear la frontera entre los dos infinitos.

La astronave se convierte, en el campo, en el verdadero microcosmo. Engendra sus propias leyes físicas durante un corto instante. Escapa al movimiento universal, trastorna la gravedad, ignora el peso. Siendo un objeto autónomo que no está sometido a ninguna atracción planetaria, y sobre cuya pared no frota atmósfera alguna, le está permitido conseguir en el movimiento giratorio una velocidad que puede llegar a igualar a la de la luz.

En un momento determinado, ultrabreve, y equivalente a tan poca cosa como pueda ser la duración vital de una partícula atómica, su masa se convierte en infinita, es decir a la vez tan grande como el universo y tan ínfima como un punto, definido geométricamente sin las tres dimensiones que condicionan al Cosmos.

La cosmonave tratada de esta manera escapa al espacio, penetra en el subespacio y resurge en la milésima de segundo.

Este gran descubrimiento no ha sido plantear un problema semejante, cuya solución parece infantil, sino poder utilizarlo para hacer reaparecer la nave en la región galáctica escogida por el comandante de a bordo.

Los sabios de Martevenux llegaron a este punto con la ayuda, debe decirse, de los Centaurianos, sus vecinos próximos, primeros interestelares hallados durante un viaje de cerca de cinco años de

duración en el cielo, avanzando entonces las naves a una intermitente velocidad de luz.

La zambullida subespacial, teóricamente practicable, debía comprender no sólo la cosmonave, sino también su equipo. Y quedaba fuera de toda duda que los pasajeros de un giróscopo semejante, tratados de aquella manera durante la fracción de algunos segundos, antes y después de la zambullida, se convertirían en locos si consiguieran sobrevivir a la prueba.

Se habían tenido que resignar al empleo de pilotos-robots. Y a cada zambullida, se subía a todos los seres vivos de la nave, pasajeros y marineros, en un sueño hipnótico.

El Comodoro sabía que él no podía realizar ello. Era ya demasiado tarde y sus controles atestiguaban ya la fuerza atractiva del cometa, de una masa equivalente a la del Himalaya terrestre, influyendo sobre la nave, y que había descompuesto la «puesta en trompo», expresión del argot de los cosmonautas que empleaban para designar la aceleración prodigiosa de la cosmonave antes de la entrada en el subespacio.

Parox murmuró:

—¿Cómo es posible, por todos los días del Cosmos, que nuestros controles no nos hayan avisado antes? Habríamos distinguido el cometa y hubiéramos podido zambullirnos inmediatamente.

—Probablemente —respondió el comodoro—, porque la fuerza de su radioactividad se hace sentir a gran distancia. ¿No es ésta su opinión, profesor?

—Totalmente de acuerdo, comodoro. Aún invisible, y escapando a nuestros controles, provoca mínimas perturbaciones. Pero todo esto pertenece ya al pasado. Ahora cuenta el presente, él sólo, comodoro...

Los dos oficiales miraron al profesor Garance.

Era un hombrecillo seco, de cabellos muy negros, que usaba bigote y barba a la antiquísima moda de la Tierra, lo que le daba un airecillo mefistofélico, que divertía enormemente a los jóvenes prometidos a la Nueva Tierra.

Pero un prestigioso biólogo, de carácter poco emotivo, siempre seco y preciso, acababa de recordar, de una u otra manera, al comodoro y a Parox que las explicaciones estaban muy bien, pero lo importante era salvar al navío.

El comodoro se sintió ligeramente vejado, pero tuvo el buen gusto de admitir que no era aquel el momento adecuado para entablar una discusión como si hubieran sido vecinos de mesa, habitantes de un edificio de treinta y ocho pisos en la Tierra.

—Usted admitirá conmigo, profesor, que al no poder arriesgar mi navío para efectuar la zambullida, puesto que me es imposible dormir a todos los ocupantes de la nave con el tiempo que nos queda, y poniendo la nave en manos de los pilotos-robots, no me quedan más que dos soluciones. O destruirlo, y la nave «Nervermore» no posee los medios técnicos requeridos, o huir. Puede estar seguro, ya sobre este punto, la huida está ya iniciada. Desde que el teniente Parox y yo hemos sido alertados, hemos hecho lo necesario.

El profesor se apresuró a indicar:

—Le felicito, comodoro. En este caso, tal vez sea inútil hacer sonar la alarma. Nuestros pasajeros y mis colegas, habrían podido ser advertidos... un poco más tarde...

Se echó a reír, estridente y brevemente:

—Las mujeres... los sabios... Esos jóvenes impetuosos... ¿Por qué confiar a todos semejante informe?

El comodoro y Parox se miraron entre sí. No cabía duda que Garance no tenía demasiada buena opinión de las mujeres, ni de los Jóvenes ni tan siquiera de sus cofrades. Y probablemente profesara el mismo sentir hacia la humanidad en general.

—Profesor —respondió agriamente el comodoro—. En todo cuanto concierne a la buena marcha del navío y a la disciplina de a bordo, yo soy el único juez.

Nuevo saludo por parte del profesor, que hizo reventar de risa a Parox.

Sin embargo, no tenía ganas de reír. Temía el curso de los acontecimientos. La nave «Nervermore» avanzaba por una región todavía inexplorada por los humanos conocidos. Podían encontrarse allí nuevas razas, pero también peligros inéditos. El cometa era sin duda alguna uno de ellos.

La huida era un medio de salvación. Pero el segundo oficial sabía igual que el comodoro que no debía creerse demasiado en ello. Una simple mirada al tablero permitía ver que la imagen del gigantesco meteoro iba creciendo a simple vista. Los Videntes

aceleraban sus parpadeos, las tonalidades eran cada vez más intensas. Los puntos movibles, luminosos y sonoros estaban todos ellos sumidos en ligeras perturbaciones. Debían producirse algunas interferencias.

Conmovido, Parox murmuró:

—Este maldito cometa debe poseer una radioactividad fantástica.

—Podremos al menos estudiarlo —dijo el profesor—. Todo esto habremos ganado. Puede tratarse de algún cuerpo todavía desconocido y no previsto por Mendeleef, como los terrenos de minas staurnianas y... Se interrumpió.

La sirena, que no había cesado de aullar continua y frenéticamente, acababa de cesar de gemir en seco.

Y, nuevamente, había vuelto a reemprender, esta vez por intermitencia, su gemido, indicando una variación en el peligro, o tal vez cualquier otra cosa de nuevo.

El comodoro apretó, frente así, un botón. El rostro de un marinero apareció en las pequeñas pantallas.

—¿Qué sucede? Explíquese, Vagor.

—Comodoro... un accidente... El agua de la piscina se esparce...

—¡Maldita sea! ¿Quién es el encargado?

—Es Trins, comodoro. Ha ido a revisar la maquinaria hidráulica para proceder al vaciamiento de la cuenca y a la reconversión del agua. Pero no responde ya a nuestras llamadas.

—Un instante. Volveré a llamarle —dijo el comodoro.

Movió los mandos. La pantalla se obscureció, pero se iluminó de nuevo sobre otro punto de la astronave.

El marinero Trins era un especialista hidráulico. Nada se pierde ni se crea, sobre todo a bordo de una astronave. La cantidad de agua almacenada de una a otra escala permanece sensiblemente constante, habiendo encontrado los técnicos del espacio, tras largo tiempo, los medios convenientes para recuperar todo su elemento acuoso utilizado, ya sea por la mecánica o por el organismo. De esta manera podía llenarse o vaciar la piscina, a voluntad, sirviendo el agua a otros empleos antes de ser reemplazada, si se deseaba, en las abluciones y en inmersiones, sino a la natación, teniendo la piscina una capacidad de diez metros por cuatro.

El comodoro, Parox y Garance observaban la pantalla.

Veían un departamento en el cual brillaban gigantescas cafeteras, moteadas de diversos colores. Las canalizaciones, los tubos, los conductos, se enredaban en un sistema inaudito, dirigido por un ejército de manecillas y dando en un sin número de llaves.

Era el corazón hidráulico de la astronave, del cual Trins era el especialista.

Y los tres hombres vieron a Trins, tendido, inerte, de bruces contra el suelo. No se movía y el agua corría a chorro por encima de su cuerpo, el agua de la piscina que, mal canalizada, comenzaba a penetrar en la máquina. El nivel iba subiendo a simple vista.

—Maldito cometa —explotó el comodoro—. Trins se va a ahogar... Toda el agua perdida... ¡Estamos listos si alguien no consigue llegar allá abajo!

Su dedo hizo aparecer de nuevo la imagen parlante de Vagor:

—¡Un voluntario para pasar a la piscina y atender la maquinaria!

—La piscina está inundada, comodoro. Pero hay uno que se ha querido sacrificar y que va a intentar llegar hasta allí.

Garance, Parox y el comodoro evocaron instantáneamente el valor del hombre que se lanzaba a través de aquella masa de agua tumultuosa, esparcida a través de una buena porción de la nave, y que amenazaba hacerle perder el equilibrio.

—¿Su nombre? —preguntó el jefe de a bordo.

—No es ningún marinero. Es uno de nuestros pasajeros. Genio.

CAPÍTULO III

Genio no había vacilado. Su naturaleza deportiva y generosa le había impulsado a obrar de aquella manera. Y, además, estaba Liane. Y todo hombre, delante de la mujer que ama, tiene la misma reacción: mostrarle todo cuanto de mejor y de más noble hay en él.

El equipo de futuros esposos del espacio acababa de recibir las tremendas revelaciones del doctor Ferlot de que había sido dada la alarma. Un verdadero torrente había invadido el corredor donde Liane y Genio se habían encontrado con sus compañeros. De repente, se habían dado cuenta de lo que sucedía.

El volumen de agua, rigurosamente determinado, debía, tras el baño, pasar de nuevo a través de los filtros para su reconversión. Y el hecho de ver correr bruscamente las aguas turbulentas por los pasillos de una astronave es suficiente para hacer comprender de inmediato la medida de la catástrofe.

Las muchachas gritaban y temblaban de temor. Los jóvenes trataban, naturalmente, de detener las aguas. Los marineros cumplían simplemente con su deber, invitándoles a retroceder, a alcanzar otras salas de la astronave. Pero la confusión estuvo en su máximo apogeo en pocos instantes, mientras que la astronave parecía perder su centro de gravedad artificial. El vértigo iba ganando terreno. No se sabía todavía si aquella inundación provocaba la perturbación aquella o sí, por el contrario, la nave del espacio, desequilibrada, se había volcado sobre sí misma, con lo que había proyectado fuera de la piscina toda el agua acumulada en ella.

Los marineros, los oficiales de la nave trataban de llamar en vano a Trins, quien había ido hacia la sala de las máquinas para proceder a los trabajos hidráulicos. Pero, en medio del tumulto,

Genio gruñó:

—¡Hay que ir a ver qué pasa! ¡Yo mismo iré!

—¡No! —gritó Liane—. ¡Estás loco!

Dejándola junto a Maggie, el joven rogó:

—Guárdala, Maggie. Yo regreso en seguida.

El muchacho había visto el desorden. Aquel no era su primer viaje interplanetario y, por consiguiente, sabía muy bien el peligro que representa el mal del espacio. Cuando una cosmonave se desequilibra, se produce una náusea general, un supermal de mar que embarga a casi todos los ocupantes de la nave. Ya unos y otros habían palidecido o tomaban un color verdoso, según el caso, e incluso el equipaje era presa de aquel malestar, salvo algunos elementos favoritos.

Pero Genio se sentía fuerte. Era de aquellos que se mantenía firme en medio de las más terribles tormentas. Sin reflexionar más, se había precipitado hacia la piscina.

Ya Jehanne se desmayaba en los brazos de Wolfram, mientras que Carmen, sostenida gentilmente por Marc, se sentía muy mal. Los marineros se apoyaban en las paredes, incapaces de proseguir con su trabajo. El mismo doctor Ferlot hubiera querido de buena gana socorrer a la agradable pareja Marfa-Petrus, pero él se sentía todavía más enfermo que la joven pareja.

Liane, en medio de su preocupación, se puso a llorar al ver a Genio que se arrojaba al agua, tras haberse despojado de un tirón de la ropa que llevaba y quitarse los zapatos. Con el tórax y los pies desnudos, más cómodo, se lanzó y desapareció a los ojos de Liane y de los demás en medio de una verdadera cascada, a través de la cual se zambulló literalmente.

Se ahogaba. El agua, proyectada en olas, le golpeaba rudamente cortándole la respiración. Sentía bajo sus pies un suelo cada vez menos estable. No tenía apenas tiempo para pensar, pero no podía dejar de evocar al extraño cometa. Le parecía fuera de toda duda que aquel meteoro inesperado fuera el culpable de todas aquellas desgracias.

Ora bien, ora mal, empujado por grandes olas, varias veces, que las sacudidas del gran navío lanzaban en los ángulos de la sala, Genio se encontró bajo el techo de la piscina.

El pequeño estanque le pareció medio vacío. El resto del agua se

había ido, por sacudidas, hacia las cabinas que rodeaban la piscina, esparciéndose luego por los corredores, yendo tal vez hasta salpicar el techo.

Todo estaba anegado, todo inundado. Pero al otro lado del estanque, estaba la puerta de la instalación hidráulica, vital para los viajeros del espacio. Trins, el encargado, debía estar allí dentro. Genio se lanzó para atravesar el estanque.

En aquel momento, en el puesto de mando, el comodoro que dictaba órdenes, debatiéndose sobre el gran tablero de mandos, fue proyectado por una sacudida. Parox y el profesor Garance no pudieron retenerle. Ellos mismos estaban mareados y tuvieron la desagradable sorpresa de comprobar que el agua se filtraba de pronto por debajo de la puerta de la cabina, mojándoles copiosamente.

Parox se levantó como pudo, sosteniendo a Garance con una mano. Juntos lanzaron un grito. Juntos, trémulos, titubeantes, tambaleándose como beodos, se acercaron al comodoro, que había caído de bruces sobre el tablero de mandos, debido a la sacudida, donde permanecía inerte.

Asustados, comprobaron entonces, mientras el agua alcanzaba ya sus tobillos, que el comodoro estaba inerte. Y sobre el tablero, y en medio de los puntos luminosos que parpadeaban, alocados, en medio de aquel tumulto de tonalidades discordes y en aquel torbellino de puntos de control descompuestos, vieron un hilillo de sangre que se extendía como culebreando malignamente.

Garance se inclinó sobre el jefe de a bordo, que Parox incorporó como pudo.

El profesor miró al segundo oficial, con sus ojos carentes de emoción:

—Muerto —dijo, con su sequedad habitual.

Parox palideció, pero pronunció con voz incolora:

—Quedo responsable de esta nave, profesor. Ayúdeme. Debemos tender al comodoro para dejar el tablero libre de obstáculos... por si pudiera servirme todavía de él.

La nave «Nervermore» cabeceaba. Parox, lívido, veía, en la pantalla central, el cometa que iba aumentando considerablemente de tamaño, sin cesar, a pesar de la velocidad que llevaba la nave, y cuyas radiaciones diabólicas habían causado tantas perturbaciones a

bordo.

Desde la sala de telecomunicaciones, llamaron al comodoro. Parox respondió en su lugar:

—Yo reemplazo al comodoro. ¡Deprisa! ¿Qué sucede?

Era más simple que decir la verdad sobre la muerte brutal del jefe de la nave.

La radio, en la pantalla, parecía descompuesta.

—Teniente. Ya no podemos hacer nada. Ni la radio ni tele funcionan más... y los radars y los sonodars se están descontrolando también.

—¿El cometa?

—Sin duda alguna.

—Bien. Pero todavía podemos comunicar por el inter.

—¿Hasta cuándo, teniente?

El que atendía la radio no tuvo necesidad de responder. Parox estaba ya alerta por los altibajos de sonido, por los corpúsculos luminosos que hacían borrosas las imágenes.

—Vuelvo a llamarle. Corto.

Así lo hizo, llamando a continuación al puesto de pilotaje, sección de los hombres, servicio distinto del servicios de los pilotos-robots.

Aquí, Parox. ¿Qué sucede? El informe fue espantoso. Los navegadores no comprendían nada y los pilotos, diligentes siempre por dos, no eran ya dueños del «Nervermore». Por un breve instante, Parox tuvo la tentación de probar, «por lo menos», de lanzar la nave al subespacio. Pero con aquellas interferencias, engendradas por el cometa desconocido, aquello hubiera sido una locura y se dio cuenta a tiempo.

—¡Preparen los pilotos-robots! Dirección
90°

de la trayectoria del cometa.

—Pero, teniente...

—¡Obedezca!

El oficial de pilotaje saludó con gesto breve, pero permaneció frente a la pantalla. Parox le oía mal y la imagen era cada vez más borrosa, dado que las radiaciones del cometa iban destrozando más y más todo el sistema interno de comunicaciones.

—Perdón, teniente. Para tal maniobra, debo recibir las órdenes

directamente del comodoro. Parox mordióse los labios y se inclinó hacia un lado. Levantó un poco el cuerpo sangrante del desgraciado comodoro de manera que el oficial pudiera verle a través del espejo de las pantallas.

—¿Ha comprendido ahora? Sí. Yo mando. Confiemos la nave a los robots, puesto que los hombres ya no pueden más.

Su interlocutor saludó y desapareció de la pantalla. Parox sabía que la orden iba a ser puesta en práctica.

Murmuró:

—A los robots, sí... Y al maestro del Cosmos. Puesto que sólo Dios sabe lo que irá a sucedemos...

Le pareció oír reír al escéptico Garance, pero no le censuró por ello.

Una inmensa náusea pasaba por sobre la nave. Parox había hecho bien al confiar la marcha de la astronave a los pilotos-robots. Pocos minutos después, de un puesto a otro, no quedaban más que hombres con el rostro verdoso, vomitando y sudando gruesas gotas. Los pocos individuos que conseguían escapar al mal del espacio, en aquella cosmonave donde la gravitación artificial estaba descompuesta, se esforzaban por atender a los demás.

Un hombre seguía luchando: Genio.

Si bien no se sentía presa del mal del espacio, había sido también rudamente sacudido, como todos los demás, por las embestidas ahora verdaderamente espantosas, que los aparatos estropeados comunicaban a la cosmonave.

La bella estabilidad de que gozaba aquella nave ya no existía para nada. Si el comodoro había hallado la muerte al ser desgraciadamente golpeado en una violenta sacudida, otros accidentes se habían producido también y Wolfram sollozaba sobre Jehanne, que ya no daba muestras de vida, tras haber sido proyectada contra una pared. El doctor Ferlot luchando por dominar su propio malestar, trataba en vano de reanimarla.

El agua había ido invadiéndolo todo, filtrándose caprichosamente por doquier. Pero el volumen principal del elemento acuoso almacenado permanecía en el dominio de la piscina. Genio había tenido que luchar duramente para conseguir atravesar la vasta sala. Unas veces porque sus pies, descalzos, resbalaban sobre el revestimiento de plástico que recubría la sala,

otras porque el suelo se abalanzaba bruscamente hacia adelante, levantándose de nuevo, haciendo todavía inclinación hacia otro lado. Con las piernas separadas, trataba de mantenerse de pie y avanzar de aquella manera, si bien le era muy difícil poder progresar. Algunos instantes, el agua parecía querer saltar sobre él, chocando con el ángulo de la sala, proyectada por una sacudida que afectó a toda la nave.

Sin embargo, él trataba de evitarlo, ya arrimándose a un lado, ya aplastándose totalmente para no ser arrojado contra el suelo, o precipitado contra la pared. Se esforzaba por alejarse del estanque que, por instantes quedaba totalmente vacío para, al cabo de unos segundos, y tras una fuerte sacudida de la astronave, recibir de nuevo gran cantidad de líquido, según la caprichosa evolución del navío en medio del espacio.

El agua parecía estar dotada de vida propia, como un ave múltiple, como una hidra sin mando, una enorme bestia móvil, de formas cambiantes hasta el infinito. Tan pronto se movía espumosa y suave, a los pies de Genio, al cual iba a besar humildemente los miembros inferiores, como de súbito se enfurecía, precipitándose sobre el joven como un toro sobre el matador.

Otras veces, iba girando, creando unas espirales inauditas, engendrando torbellinos espontáneos. Luego imaginaba formas misteriosas, irisándose de fluorescencias encantadoras. Pero no por ello dejaba de ser peligrosa y Genio lo sabía. Era preciso que atravesara la piscina, dar la vuelta al estanque, alcanzar el departamento hidráulico, donde Trins no daba señales de vida.

Nadie se había atrevido a seguir a Genio cuando éste decidió lanzarse a las salas de la maquinaria, y ahora nadie podría hacerlo ya, puesto que prácticamente todos los del navío se hallaban realmente enfermos.

Se halla solo. Solo con el agua.

En la gran sala, el agua rodaba, se hinchaba envanecida de su poder, corría, o se estancaba para aumentar de nivel y volver a precipitarse de nuevo. Rugía de pronto, abalanzándose contra el hombre, sin éxito, haciendo chocar las puertas y retumbar las paredes, mientras seguía filtrándose por los más pequeños resquicios que pudiera encontrar, vagabunda sutil, en aquella gran nave que ella había puesto en desequilibrio.

Pero no sabía del valor de Genio. Este chorreaba, empapado hasta los huesos. Se ahogaba, puesto que había recibido muchas embestidas en pleno pecho, formidables golpes de cubas de agua arrojada como por una catapulta.

Sangraba, ya que había sido violentamente despedido contra ángulos y asperezas. Estaba ya magullado, amoratado, contusionado.

Pero seguía avanzando.

Pensaba que todo aquello era producido por el cometa, que maldecía con todas sus fuerzas, dedicándolo a todos los diablos del Cosmos. Pensaba también en Liane y en Trins que no se manifestaban ya. Todo aquello le daba fuerzas para proseguir la tarea emprendida. Y sobretodo, en medio de la lucha, se sentía increíblemente hombre.

Perdido a millones y millones de leguas de la Tierra y de los mundos conocidos, pobre pequeño átomo perdido en el gran círculo de metal también tambaleado como un desgraciado fruto de las tempestades del espacio, Genio se daba plena consciencia, como nunca lo hiciera, de su naturaleza de hombre.

Quería vencer. Continuaba. Avanzaba.

No sabía que a bordo, el problema era cada vez más difícil de solucionar. La piscina, en furor, era un mundo aparte en medio en aquel mundo que formaba el navío. En el puesto de mando, Parox luchaba como podía con el gran tablero en el cual las pantallas le mostraban cada una de las distintas demarcaciones de la astronave. Y veía, aun a pesar de los parásitos que privaban casi en su totalidad la visibilidad de las pantallas, a todos sus hombres tendidos, arrastrándose. Y los heridos, y también los muertos. Y el agua que seguía invadiéndolo todo, arrastrando ya las estrías sanguinolentas cuando las arrastraba a su paso. Al fin, en la pantalla central, no hubo ya la imagen del cometa, sino simplemente un resplandor que dañaba a la vista. El astro errante estaba tan próximo, en distancia relativa se sobreentiende, que la pantalla no podía difundir más que una parte de su rayo luminoso, que cegaba a Parox.

El profesor Garance no se movía. Postrado en un rincón, sin duda muy enfermo, no se sabía si pertenecía aún a este mundo. Y el cuerpo sin vida del comodoro era sacudido por los sobresaltos de

aquella nave que había sido suya, y su hermosa cabeza de viejo marino de las estrellas se movía, de derecha a izquierda, con lamentable abandono en medio del gran abandono que se cernía en la nave «Nervermore».

Parox, dando alaridos, veía acercarse al cometa y se preguntaba si conseguirían evitarlo, si la formidable incandescencia de aquel sol ambulante no consumiría al «Nervermore» y a todos aquellos que llevaba a bordo, como una pequeña hoja se inflama de una sola vez. Y no habría habido, en el gran vacío, más que dos parcelas infinitesimales que quedarían perdidas, aumentando así el potencial energético del Universo.

Genio ignoraba todo aquello y seguía avanzando hacia su meta.

En el puesto de pilotaje, Parox comprobó, con ojos enturbiados, sus oídos zumbándole, con la respiración casi bloqueada, que la perturbación mecánica llegaba a su paroxismo y que el cometa parecía abalanzarse sobre el desgraciado navío del cielo.

Otra sacudida y la piscina había quedado totalmente vacía. Genio había estado una vez más, arrojado sobre las baldosas, cerca del estanque privado de agua. Se sentía resbalar y trató, con todas sus fuerzas de evitar el encontronazo buscando donde agarrarse para evitar la caída. Pero no. Nada. Todo era liso, desnudo, húmedo, y su cuerpo resbalaba como si aquello fuera un tobogán, raspando la epidermis debido a los esfuerzos que hacía tratando de arquearse para saltar. En vano. No tenía ningún punto de apoyo.

Se vio despedido contra el estanque, de cabeza. A una velocidad enloquecedora, comprendió. Iba a ser arrojado, en bies, e iría a estrellarse contra el borde opuesto, a varios metros de allí donde se encontraba. Sería inevitable. Pensó en Liane, comprendiendo que no tenía donde asirse, que sería despedido de un momento a otro contra el lado vacío del estanque.

De un solo golpe, toda la masa de agua, trasladada de nuevo por una sacudida de la astronave, corría, hundiéndose, llenando la piscina como si toda el agua restante viniera a refugiarse en ella.

Aquello salvó a Genio. Cayó de cabeza, bien a su pesar, y fue engullido. Durante unos segundos, la astronave permaneció casi estable y el estanque es mantuvo lleno. La superficie se movía terriblemente agitada todavía, pero ya nada aparecía.

Totalmente inmerso, Genio se hallaba al fondo de aquel

recipiente líquido.

Parox, en medio de una pesadilla, vio pasar el cometa. Por lo menos, pudo comprender, de acuerdo con el testimonio de los controles, que habían pasado bruscamente la zona peligrosa.

La astronave escapaba al cometa. Quedaba ya lejos y, en los instantes que seguirían, los parásitos que obstaculizaban el funcionamiento de los aparatos irían disminuyendo, hasta que el navío perturbado pudiera recuperar su equilibrio, y curar sus daños.

Pero, durante algunos segundos, un formidable flujo de radiaciones se abatió sobre la nave del espacio. Y sobre aquellos que. Iban a bordo de la misma.

Genio estaba como aporreado y durante un breve instante, permaneció inerte, en el fondo de la piscina, sin que sus pulmones reaccionaran. Una pequeña muerte provisional que le salvó al interponerse el agua que evitó la invasión de su organismo.

Fue muy breve, recuperando poco a poco el conocimiento. No era desde luego un cerebro bien despejado quien ordenó el nuevo funcionamiento de las piernas y brazos para ejecutar los movimientos necesarios para remontar y emerger, sino más bien el instinto, hecho de reflejos, de reacciones cuyo origen continúa ignorado para los hombres.

Emergió, resopló, manteniéndose como pudo sobre el agua. La piscina entera le parecía Increíblemente sonora. Veía mal, oía mucho ruido. Nadó en dirección a una escalera de acceso, apoyó el pie y trepó vacilante.

Una vez allí, permaneció quieto unos instantes, recuperando gradualmente su respiración, sacudiendo la cabeza para librarse del agua que goteaba de sus cabellos. Vio, como en un sueño, que sus brazos, su cuerpo, estaban ensangrentados. Tenía bastante daño, si bien no podía precisar donde.

Pero pensó en Trins y, esta vez, franqueó los últimos metros que le separaban del servicio hidráulico en dos segundos.

Entró dentro del departamento de maquinaria y vio el cuerpo de Trins, inerte.

Pensó que tal vez estuviera muerto, ya que el tono horrible de su rostro y de las manos le parecieron característicos. Pero inclinándose sobre los mandos trató de poner el aparato en ruta.

Y como el cometa quedaba ya lejos, y sus ondas perturbadoras

no se dejaban sentir. Genio triunfó.

Las bombas neumáticas, los aspiradores gigantes, todo el sistema de canalización que serpenteaba, no sólo en torno a la piscina, sino a través de toda la astronave, se puso en movimiento.

El estanque quedó vacío en un minuto. El agua fue aspirada, por todas partes, absorbida, dirigida y encerrada hacia los inmensos recolectores. Fue purificada de los innumerables polvillos, miasmas y suciedades de toda clase que se habían diluido en ella. Limpia y convertida, esterilizada y absorbida, almacenada y capsulada, había dejado de ser un monstruo para no ser más que agua, el elemento fluido indispensable en la vida de los hombres y de la que la astronave transportaba hectolitros y hectolitros, para permitir la supervivencia de aquellos que iban a bordo.

No quedaba ya ninguna señal de humedad por ninguna parte. El sistema de absorción era tan perfecto que ni una sola gota, ni siquiera una partícula vaporizada quedaba en estado libre en la astronave. Por todas partes podía respirarse aire seco, desagradable, que quemaba los pulmones, estando neutralizada toda la humedad ambiente. Un sistema de compensación de las aguas vagabundas, difundía minúsculas partículas acuosas destinadas a revivificar la atmósfera.

Genio había conseguido salvar la situación. Parox había tragado algunos píldoras supervitaminizadas para poder mantenerse en pie a pesar de todo. Las comunicaciones iban normalizándose poco a poco.

Comunicó a los oficiales la muerte del comodoro. Garance y los demás miembros supervivientes de la misión científica, ayudados por los marineros que normalmente no eran necesarios para la buena marcha de la nave, y por los jóvenes que todavía se encontraban con fuerzas, se inclinaban sobre las víctimas.

Una hora más tarde, cuando se hubo comprobado que el cometa, cuya estela de fuego oscilaba a lo lejos, al aliento de cualquier sol misterioso, no era ya peligroso para la astronave, el nuevo comandante del «Nervermore» recibía un informe de última hora.

Con las cejas fruncidas, escuchaba al profesor Garance.

Con su voz dura, sin la menor apariencia de emoción, el sabio iba enumerando las tristes nuevas:

—Veintitrés heridos, teniente. Y ocho muertos, de los cuales

cinco han muerto como consecuencia de traumatismos consecutivos a golpes recibidos en una de las sacudidas de la nave. El comodoro, como ya sabe usted, fue uno de estos. En cuanto a los otros tres...

Hubo, sin embargo, una ligera vibración en su voz. Parox le observó adivinando que era grave lo que iba a decir:

—¿De qué han muerto, profesor?

—De una enfermedad que conocemos bien desde hace siglos, pero que, si mi memoria no me engaña, jamás había tomado unas proporciones tan alarmantes como en este caso. Se trata del marinero Trins, de la joven Marfa y del joven Nat. Han muerto de leucemia. Si, una verdadera destrucción de leucocitos. Pero que se ha producido instantáneamente o casi, según lo que he visto en Trins, que fue el que falleció primero.

Parox arrojó el casquete galoneado con gesto de desasosiego:

—Este cometa ha sido un verdadero vampiro, profesor.

—Mucho más terrible de lo que usted puede imaginarse, teniente.

Parox le miró, dominando la sorda angustia que sentía nacer en su interior:

—¿Es decir que...?

—Es decir que los demás jóvenes, examinados, presentan más o menos todos ellos, los síntomas alarmantes. Ferlot y mis demás colegas van a empezar con su permiso, el examen y reconocimiento de los oficiales supervivientes, y espero que usted se someterá igualmente a dicha revisión.

—Naturalmente. Así, pues, ¿cuál es su conclusión?

—Que van a tener lugar las defunciones rápidas. Esta leucemia, tal vez sea otra cosa, no perdona jamás. Y todo nos conduce a suponer que, en distintos grados, todos nosotros estamos afectados. ¿Puedo hacer lo necesario?

—Debe usted hacerlo, profesor.

Garance salió. Parox recogió su casquete, preguntándose cómo era posible que un hombre tan inteligente pudiera todavía ser ateo.

CAPÍTULO IV

—¡No llores más, Liane! Piensa en Marc. ¡Cuida de él! Alguien debe consolarle.

La voz grave y serena de Genio impresionó a Liane. Esta hizo un esfuerzo para contener sus lágrimas y se acercó a Marc. Hundido, el joven contemplaba ensimismado el rostro de Carmen, inmóvil para siempre.

Liane, tomando a Marc por los hombros, le hizo acercarse a ella. El joven se dejó llevar, quedando abrazado a Liane, como si buscara en aquel contacto de mujer, hermana y madre, todo a la vez, a pesar de la juventud de la muchacha, aquel refugio de ternura, aquella protección innata que el hombre no puede hallar, en medio de las penas desesperadas, más que en el sexo débil.

Piadosamente, Genio cerró los ojos de Carmen.

La tragedia iba tomando proporciones terribles.

En las semanas que habían seguido al encuentro con el cometa, casi todos los miembros de la tripulación habían muerto. Muertos a causa de aquella enfermedad fulminante que presentaba todos los síntomas clínicos de la leucemia, pero con una evolución mucho más rápida, fulminando rápidamente, como le había sucedido al desventurado Trins, el primero en sucumbir en su puesto, hasta la muerte de Carmen.

Marc estaba hundido, a pesar de los cuidados que Genio y Liane le prestaban.

Y Parox, que se sentía muy enfermo, trataba por todos los medios de hacer enviar un mensaje a los planetas habitados más cercanos. Se avisaría también a la Tierra y a Marte-venux.

La expedición «Nervermore» había quedado imposibilitada; la Nueva Tierra no sería ya sembrada con aquella raza joven y pura

con la cual se la deseaba poblar.

Puesto que, tras el encuentro fatal con el cometa, Wolfram había fallecido de la enfermedad desconocida. Apenas había luchado para conservar su existencia, desesperado por haber perdido a Jehanne, que había muerto a consecuencia de una de las sacudidas que estremecía la nave mientras estaba bajo la influencia del cometa maligno. Tras él, Maggie, después Nat. Más tarde, María y Petrus, muertos con pocos minutos de diferencia, sonriéndose uno al otro, todavía. Hasta el propio doctor Ferlot abatido, no pudo dejar también de lamentarse por la suerte de aquellos jóvenes que habían empezado a amarse, y cuyos matrimonios ya nunca tendrían lugar.

En efecto, el reglamento de la operación «Nervermore» había previsto que los matrimonios se celebrarían al mismo tiempo que se efectuara la inauguración de la Nueva-Tierra. Las prudentes autoridades que habían previsto las modalidades de esta aventura no querían que pudiera producirse un nacimiento durante el viaje. Ni tampoco un embarazo. Muchachas y jóvenes habían, pues, prestado juramento, antes de partir, de voto de castidad absoluta durante el tiempo que transcurriera en la travesía, puesto que no podía predecirse con exactitud la duración del viaje. Además, las muchachas estaban sometidas, regularmente, a un control médico de los más estrictos. El profesor Garance se ocupaba de ello personalmente, para que no pudiera suceder nada.

Pero ahora, todo aquello no tenía ya ninguna importancia. Liane, Genio y Marc eran los únicos supervivientes de aquellos generadores de la raza futura. Garance, el último de los científicos. Y, de la tripulación, no quedaba más que el teniente Parox y tres marineros.

Garance, según su habitud, había hablado en términos clínicos. Todos estaban afectados, en mayor o menor grado, evidentemente. Tras lo que llamaban ahora la hora del cometa, se había procedido a un serio reconocimiento y cuidado, que no había conseguido detener aquella epidemia fulminante.

El profesor seguía examinando a los pocos superviviente, a cada vuelta de la esfera. Les inyectaba y tomaba radioscopias. Pero en vano todos querían saber, le preguntaban. Desde entonces, parecía como si se sintiera derrotado y permanecía más discreto aún de lo que le era habitual. Sin embargo, luchaba contra aquella

enfermedad y, a la hora que fuera, los últimos supervivientes de la astronave podían llamarle. Allí estaba, abnegado, diligente. Pero, desde luego, no podía hacer milagros.

Genio debía hacer frente a la horrible realidad. Veía a Parox, a Marc y al propio Garance, así como a los marineros, verdaderamente mal, a pesar de la ciencia. Pero más que nada, estaba torturado por el estado de Liane.

No se quejaba nunca. Pero él veía las ojeras en torno a los vellos ojos de la muchacha, la palidez que iba en aumento por segundos. En ella sólo demostraban vida sus hermosos cabellos dorados, sedosos. Su cuerpecito, era algo frágil, traslúcido. Y esto atemorizaba a Genio.

Pero el joven, dentro de aquella astronave maldita, que transportaba a través del espacio algunos condenados a muerte, quedaba extrañado a menudo ante el hecho de comprobar estrictamente algo que no podía comprender. Nunca se había encontrado tan bien. No decía nada a los demás, sintiendo casi vergüenza. Pero no podía negarlo. No había palidecido en absoluto ni había perdido un solo gramo de peso. Permanecía en la misma forma física perfecta de siempre. Con el espíritu claro, el pecho libre, sentía todavía burbujar dentro de sí aquella fuerza de vida llamada sangre del sol. Ciertamente que, sin el tormento horrendo que le atormentaba, él habría sido el más feliz de los mortales.

Mas, con desespero, veía a Liane que iba muriéndose lentamente.

Parox luchaba valerosamente, también. Consciente de su responsabilidad, aquel hombre esclavo del deber dirigía su navío hasta el último instante. Ahora ya, casi llegaba al fin. Los controles de a bordo, sondeando en el espacio a cientos de millones de kilómetros a la redonda, habían encontrado al fin un pequeño planeta, que detectaban, y que poseía aproximadamente las dimensiones de la Luna, pero de tipo por completo terrestre.

Estaba tan lejos del mundo conocido que era prácticamente inaccesible. Y éste parecía el ideal para establecer la Nueva Tierra.

Sin embargo, debían quedar todavía unas dos o tres semanas de viaje hasta llegar allí. Parox había renunciado, por prudencia, no sólo a las delicadas zambullidas subespaciales sino también a las velocidades lumínicas, con frecuencia peligrosas.

Esperaba poder vivir lo suficiente para acompañar a la astronave hasta aquel punto, que sería la Nueva-Tierra.

Entonces, moriría satisfecho de haber cumplido su misión, tras la desaparición del comodoro.

Los prodigiosos medios de detección en servicio a bordo de la astronave indicaban que en aquella tierra gozarían de condiciones climáticas muy favorables, atmósfera, agua abundante y vegetación próspera. Existía la vida animal, pero todo conducía a suponer que los humanoides no habían hecho todavía su aparición por allí. En resumen, sería el lugar ideal tan buscado.

Desgraciadamente la nave «Nervermore» llegaría a su destino solamente con algunos espectros a bordo. Y un solo hombre en buen estado: Genio.

Atormentado, el prometido de Liane había rogado a Garance que le escuchara unos momentos. Estaba aturdido por completo al ver que se sentía tan bien, tan limpio. El profesor, sin embargo, le sometía a sus cuidados, como a los demás, a exámenes y pruebas distintas, dándole frecuentes inyecciones.

—Si de verdad estoy sano, si, por una razón que no comprendo, yo escapé a la radioactividad del cometa, ¿por qué pierde su tiempo conmigo, profesor?

—Querido amigo —había respondido el hombrecillo—. Todos estamos contaminados. El hecho de que no respondas a ninguno de los síntomos claves no es ninguna prueba. Mis controles son formales. Evidentemente estás mucho menos enfermo, mucho menos atacado que cualquiera de nosotros. Pero, así y todo...

Genio se había limitado a suspirar profundamente, pero no había tenido valor para proseguir discutiendo. Se dejaba inyectar como hacían los demás.

En su fuero interno, lamentaba aquella salud exuberante, aquella robustez que le permitiría seguir con vida. Se imaginaba lo que iba a sucederle a Liane.

¿Qué sería de él sin la muchacha? La nave «Nervermore» respondía sobradamente al nombre que le habían impuesto. Se había previsto el regreso a los planetas habitados. Pero un viaje semejante era ya absolutamente imposible. Parox y los tres hombres, no podían asumir la responsabilidad de semejantes maniobras.

La astronave había penetrado en un lugar que quedaba fuera del mundo planetario conocido. Había penetrado en la constelación de Virgo y la Nueva-Tierra hacia la cual se dirigía no era más que un satélite de una de las múltiples estrellas de aquel vasto sistema. Era inútil soñar en deshacer el camino recorrido. Parox y su tripulación fantasma tenía ya mucho trabajo para seguir dirigiendo a la nave «Nervermore» hasta la Nueva-Tierra.

Nunca más... Era tristemente cierto.

Mientras tanto, según la ley del espacio, había sido preciso proceder a la inhumación de los cadáveres, término exactamente inadecuado para designar la ceremonia. Pero los hombres no se atrevían a decir: desintegración.

Por consiguiente, era esto lo que hacían con los muertos. Se les arrojaba en un ataúd especial, donde la acción nuclear desintegraba por completo lo que había constituido sus cuerpos.

Durante aquella lúgubre operación, los supervivientes rezaban una oración, cuando sabían alguna.

Bajo la dirección de Garance, los marineros habían sumergido el cuerpo de Carmen. Genio había prohibido a Liane asistir a la desintegración. Marc, había exigido poder estar cerca de aquella que tanto había amado, hasta el fin.

Liane y Genio habían regresado al lado del teniente Parox.

Habían encontrado al oficial sentado frente al tablero de mandos. Tenía un aspecto atroz. Respiraba con dificultad y habíase desabrochado el cuello de su blusa, a pesar de los reglamentos.

Sonrió levemente dando la bienvenida a los dos jóvenes.

—¡Perdonadme que vaya así! —dijo señalando el cuello de la blusa—. Pero me siento mal... y me falta el aire.

No tenía siquiera fuerzas para levantarse y salir a su encuentro, como hacía habitualmente. Con un gesto les invitó a sentarse.

En tiempo normal, ningún pasajero hubiera podido penetrar de aquella manera en el puesto de mando. Pero los últimos supervivientes de la nave «Nervermore» se sentían misteriosamente unidos frente al peligro común, la muerte.

Lo que Genio no decía, era que él se sentía curiosamente ajeno a todo aquello. No se sentía condenado a muerte, lo cual le asustaba.

—Mis amigos... mis queridos amigos —dijo el comandante de la nave «Nervermore», yo bien quisiera poder daros razones para

esperar. Ya no estamos muy lejos de la Nueva-Tierra y no quiero dejar de repetirlo. Si tuviéramos unos quince días... creo que estaríamos salvados.

Genio no quiso responder. Tenía la impresión de que a pesar de todo el coraje de que hacía gala, Parox estaba condenado a muerte. Y, por otra parte, conocía también los avances que hacía a fiada momento la enfermedad en el organismo de Liane, a quién veía cambiar a simple vista.

—Comandante... ¿piensa usted que el hecho de que vayamos a encontrarnos de nuevo en un dominio planetario, cambiará en algo nuestro estado a pesar de que, debemos admitirlo, el profesor Garance anuncia que todos estamos contaminados, sin excepción?

Una débil sonrisa apareció en el rostro de Parox. Hacía un verdadero esfuerzo para poder respirar. Pasó su temblorosa mano por la frente sudorosa. Pero sus ojos seguían brillando con cierta lucecita de esperanza:

—¿Y si la nave «Nervermore» se hubiera convertido en radioactiva? ¿No han pensado en esta posibilidad? Entonces viviríamos, tras el paso del cometa, en un verdadero baño de partículas. ¿De qué orden? No lo sabemos. Materia o antimateria... o cualquier cosa desconocida. Planteé esta hipótesis al profesor Garance. No tuvo más remedio que admitir que no es forzosamente imposible. Al desembarcar, escaparíamos de esta influencia maligna.

Por un momento, siguieron charlando juntos. Liane sonreía dulcemente. La joven, en realidad, no se hacía ilusiones de ninguna especie en cuanto a ella se refería. Genio, por su parte, estaba persuadido de que Parox se sabía fatalmente condenado, pero que, marino de las estrellas hasta el fin, creía un deber mantener la llama de la esperanza en aquellos que tenía a su cargo, aunque fuera al precio de un embuste.

Fueron interrumpidos por una llamada del interfono:

—¡Comandante! ¡Aquí el marinero Fermer! ¿Puede usted recibirme?

La voz del marinero temblaba, dando muestras de ser presa de una fuerte impresión.

—¿Una desgracia? —preguntó Parox.

—Sí, comandante. El pasajero Marc se ha suicidado.

—Venga inmediatamente, Fermer.

Liane se había apoyado contra Genio. Sollozaba:

—¡Esto es demasiado! ¡No! ¡Demasiado! ¡El cielo no tendrá ya piedad de nosotros!

El marinero Fermer apareció, pálido, como todos los demás, a excepción de Genio. La leucemia daba un color marmóreo a su rostro. Pero todavía mostraba las huellas de la terrible impresión sufrida unos momentos antes.

—¿Qué ha sucedido, Fermer?

El marinero narró en breves palabras lo que había pasado. Garance y los últimos miembros de la tripulación habían depositado el cadáver, de la desdichada Carmen en el sarcófago metálico donde se efectuaba la desintegración, en presencia de su prometido, que no había querido abandonarla hasta el último momento.

Ante ellos, la tapadera se había cerrado y el ciclotrón de a bordo había mandado una descarga de partículas aceleradas, dinamizando el atomizador.

Marc, lívido, miraba con fijeza lo que era la tumba de su amada, tras haber sido la tumba de tantos otros, a bordo de la nave «Nervermore».

Los controles avisaron de que la operación ya había terminado y Garance hizo abrir de nuevo el sarcófago por donde pasaban todavía los tremendos flujos a fin de proceder a la redacción del proceso verbal reglamentario.

En el sarcófago ya no quedaba nada. Marc se había acercado lentamente, mientras que Garance redactaba. Y de pronto, empujando a un lado a los marineros, se había arrojado dentro de la abertura abierta.

Nadie había podido prever aquel gesto inesperado y entonces era ya demasiado tarde para evitar su desintegración. Bajo los ojos horrorizados de todos los asistentes, su cuerpo se había desintegrado y Garance, con su flema habitual, había declarado que era preciso establecer la correspondiente hoja de fallecimiento con el segundo informe verbal sobre el mismo, rogándole al marinero Fermer que fuera a comunicar lo sucedido al comandante de la nave «Nervermore».

Genio trataba en vano de secar las lágrimas de Liane.

Parox dio las gracias a Fermer por su información, y el marinero

desapareció tras saludar al comandante del navío. Parox se levantó, y el trabajo que le costó realizar aquel simple movimiento le dio a Genio la medida exacta del progreso de la enfermedad que había hecho presa en el teniente Parox.

—Comprendo la reacción de Marc —confesó suavemente—. Se sentía profundamente conmovido por la desaparición de aquella que le había sido destinada en la Nueva Tierra y al verse solo se sintió desesperar. No es lo mismo para vosotros. Seréis la única pareja superviviente —sonrió—, Adán y Eva... Pero no hace falta nada más para engendrar la humanidad de nuestro planeta patria. Vosotros tenéis pues todas las razones, y al propio tiempo todas las obligaciones, de continuar preparándonos para vuestra misión.

Genio sintió frío en el corazón. Parox hacía frente y mentía hasta el fin sólo por Liane. La joven no había respondido nada, en medio de sus lágrimas, sonriendo tristemente.

Sin embargo, Parox no disimulaba su propio estado. Les dijo, sin rodeos, que se sentía muy mal:

—Ni el comandante y todos los oficiales de navegación están ya. Ni tampoco los pilotos. Tan sólo quedan tres marineros. Excelentes técnicos, pero así y todo simples subalternos. Y además, ellos también están atacados. Queridos amigos, en vista de todas estas circunstancias he decidido confiar de ahora en adelante la dirección de la nave «Nervermore» a los pilotos-robots, puesto que yo no me siento capaz de seguir por mucho tiempo, cuidando de llevarla a buen puerto.

—Espero, teniente... o mejor dicho, comandante, que la Nueva Tierra le sea también favorable... como a todos nosotros...

Parox hizo un gesto fatalista:

—¿Quién sabe? Debo ser prudente. Si sucumbo, mis marineros pueden asumir la difícil tarea del pilotaje. Yo he dirigido la nave hacia el planeta escogido. Dentro de poco menos de dos semanas terrestres, la astronave aterrizará allí automáticamente. El único peligro, consiste, como ya saben ustedes, en que los robots no saben qué hacer en caso de peligro. No pueden decidir por sí solos. Si chocamos con un tren de meteoros, monstruos del espacio, o con cualquier nave desconocida, una avería podría ser de graves consecuencias. Por otra parte, sin la cuestión de zambullida subespacial, es de esperar que el resto del viaje pueda efectuarse sin

incidente de ninguna clase. En este caso, aún cuando yo os haya abandonado para siempre, la nave «Nervermore» os habrá conducido donde debíais ir.

Dos días después de esta conversación, el teniente Parox fue trasladado por sus compañeros hasta el sarcófago de desintegración.

Fue en aquel preciso instante que Genio, que trataba por todos sus medios de hacer agradables las últimas horas de Liane, concibió ciertas inquietudes respecto a sí mismo.

En un principio fue algo sin importancia. Experimentaba cierta picazón y comprobó que en diversas partes de su cuerpo, la epidermis había sufrido un ligero endurecimiento. Tenía constantemente sed, y sólo le apetecía el agua mientras que las demás bebidas se le hacían insoportables.

No le dio demasiada importancia, al comienzo, puesto que estaba demasiado preocupado por la suerte de Liane para detenerse a pensar en sí mismo. Su tristeza iba en aumento de instante a instante, y Garance, a quien había suplicado de hacer todo cuanto pudiera para salvar a Liane, le había respondido con su habitual frialdad que estaba haciendo todo cuanto podía, pero que no debía disimular que la enfermedad hacía, en la última joven de la astronave, unos progresos indiscutibles.

Mientras tanto, había llegado la hora en que Genio debía ir a darse la inyección que Garance le administraba regularmente, igual que a los otros supervivientes, así como a sí mismo.

Genio, preocupado, pensativo, había subido la manga del uniforme espacial, modelo que todos los pasajeros interestaciales, de ambos sexos, utilizaban en las naves del espacio.

Apenas hablaba con Garance, ni con los demás marineros. ¿Para qué? Pensaba en Liane, a quien iba a perder, eso era todo.

Miraba a Garance, sin verle, mientras éste preparaba la inyección de suero. Pero algo llamó de pronto su atención. El color del líquido que salía de la ampolla, dándose cuenta de que el biólogo lo mezclaba con otro ingrediente.

—Una pregunta, profesor, ¿me permite?

—Por favor, su brazo.

Garance clavó su aguja y Genio contempló tranquilamente como iba penetrando en su organismo aquel singular cocktail.

—Usted sabe la confianza que me merece y yo sé que ha hecho

cuanto ha podido por salvarnos, por salvar a Liane. Pero me parece haber notado una cosa.

—¿De qué se trata, pues? —preguntó, no sin cierta acritud, el hombrecillo.

—¿No es cierto que me ha inyectado un líquido diferente al que suministra a Liane y a todos los demás? Es cierto que hasta ahora, ya se lo he dicho, no he sentido nada de particular, nada en todo caso que presente las características clínicas de la leucemia que ha causado la muerte de tantos compañeros nuestros.

Garance guardó cuidadosamente la jeringa, aguja y ampollas.

—Mi querido Genio, es cierto que observé en ti una resistencia excepcional a esta epidemia desconocida. Tu perfecto organismo es, sin duda alguna, la causa de ello. Reconozco que te he dado un tratamiento algo distinto. Lo que viene a demostrarte que hago todo cuanto puedo por tu salud.

—Gracias, profesor. Pero mi vida no vale más que la de los demás, ni tampoco más que la suya... o la de mi querida Liane.

—Esto son apreciaciones —dijo Garance— sin razón. Estoy persuadido de que, si alguien entre nosotros, debe sobrevivir, serás tú.

Genio, bruscamente, estalló:

—¿Y a mí qué me importa, si Liane muere? Y aun, dejando a un lado toda cuestión sentimental, espero no ofenderle si le digo ¿qué voy a hacer yo solo, en la Nueva Tierra? Ya sé que usted, como la mayoría de los sabios no se fija en estos pormenores. Pero en ella no nos espera ningún humanoide. Por consiguiente, yo no tendré compañera alguna. A menos de que supongamos que pueda llegar algún navío procedente de cualquier planeta para hacerme entrega de una mujer, lo cual no es más que una hipótesis fantástica. ¿A santo de qué, pues, este deseo inexplicable de salvarme la vida por todos los medios?

Garance pareció vacilar. Dijo, con voz algo cambiada:

—Soy biólogo, y al propio tiempo médico, Genio. Tengo la obligación de tratar de salvarle sea lo que fuere lo que pueda acontecerle.

Genio miró al sabio, mientras se arreglaba la manga del uniforme. Hubiera deseado confiar a Garance los ligeros contratiempos que empezaba a descubrir en él, pero la actitud

altanera del profesor le impidió hacerlo. Se contuvo, marchándose después de saludarle.

Regresó al lado de Liane. La joven apenas se levantaba de la litera. Genio la cuidaba, con todo su amor, pero ya sin esperanza alguna. Entró de puntillas en la sala de la joven. Esta reposaba. Estuvo unos instantes contemplándola, comprendiendo que dentro de poco, aquel rostro que tanto amaba, cerraría sus ojos para siempre. Una profunda tristeza le invadía. Se inclinó ligeramente, y besó con suavidad los hermosos cabellos dorados de Liane, procurando no despertarla, y salió.

Por un rato estuvo paseándose por los pasillos de la nave.

La inmensa nave parecía llena de fantasmas. Puesta en dirección a la Nueva Tierra, mediante los pilotos-robots, seguía avanzando pero, tras haber recuperado su estabilidad, daba a sus pasajeros la impresión de una inmovilidad absoluta.

Genio sabía que los marineros seguían en la sala de comando, usando sus últimas energías, y Garance en su sala-laboratorio, donde permanecía muy atareado en su trabajo, como si, verdaderamente, la misión científica de la cual era el único representante, debiera en verdad sembrar el planeta desconocido.

En dos o tres ocasiones, Genio notó una picazón muy violenta, hasta el punto que no pudo evitar comenzar a rascarse con toda su fuerza. A pesar de que estaba profundamente aturdido por los acontecimientos y por el avance de la enfermedad de Liane, pensó que aquello se producía cada vez con más frecuencia, si bien al estar tan absorbido moralmente por la suerte de Liane él se olvidaba un poco de si mismo.

Paseaba por los amplios corredores, atravesando las salas de enormes dimensiones, y por las salas de maquinaria inmensamente extensas. Todo parecía estar en orden y el rugido incesante de los motores hacía vibrar suavemente la carena de la astronave. Veía brillar en todas partes las luces de neón magnetizado, descubriendo los numerosos rodajes mecánicos que palpitaban con vida artificial, sabiendo que los pilotos-robots dispuestos de una vez para siempre por el valeroso Parox, conducían la nave «Nervermore» sin vacilar hacia la Nueva Tierra.

Era horrible no ver ya a nadie, en aquel dominio lanzado a través del espacio, como un guijarro en el vacío, y donde la vida

estaba, además prácticamente ausente, a excepción de unos pocos moribundos.

Genio se encontraba terriblemente solo. Y a pesar de las enormes preocupaciones que empezaban a inquietarle sordamente, seguía sintiendo hormiguear la vida dentro de su cuerpo.

Subió a la cúpula superior desde donde podía observarse el amplio campo de las estrellas. Vio de nuevo a Epi, la estrella deslumbrante, que quedaba lejos, tras la nave; descubrió los soles desconocidos en aquel cielo donde, según se creía, ninguna astronave, por lo menos procedente de los planetas conocidos, había penetrado jamás.

Los que habían concebido la expedición de la nave «Nervermore» habían estudiado verdaderamente su proyecto. Nunca más se regresaría a Martevenux.

Genio entrecerró los ojos. En alguna parte en medio del resplandor de las innumerables estrellas que cuajaban el cielo, había un planeta que constituía el fin del viaje de la astronave.

Varios días todavía, en duración terrestre. El navío aterrizaría y luego...

¿Estaría Genio solo en aquel momento?

Se sintió invadido de horror, huyó de allí y regresó a su habitación.

Pensó dormir un poco, pero empezó a rascarse de nuevo. Antes de descubrirse a Garance, hacia el cual sentía en aquellos momentos una especie de desconfianza, resolvió asegurarse.

Se desnudó y examinó su cuerpo minuciosamente.

En seguida vio que los síntomas que había considerado como inofensivos durante las últimas horas se habían agravado súbitamente. Todo su cuerpo aparecía cubierto de un jaspeado bastante oscuro, de un tono ligeramente castaño, y aparecían múltiples hinchazones. En el dedo, estas placas parecían duras, si bien no le dolían. Genio sentía únicamente la necesidad de rascarse. Eso era todo. Pero el mal había tomado extraordinarias proporciones.

Se contempló en el espejo de su habitación. La impresión que recibió al verse fue todavía peor. Ya no veía a un hombre normal, sino un cuerpo humano que iba deformándose ligeramente, bajo la influencia de aquellas numerosas costras.

Le daba un aspecto feo y le cubría el tórax, los hombros, los muslos y la espalda. Los brazos estaban todavía intactos, lo que explicaba que al darle las inyecciones, Garance no se hubiera dado cuenta de nada.

Genio se sentó en su litera sin tener ánimos de volver a vestirse. Se sentía aturdido.

Garance le había tratado de una manera particular. Sin duda los análisis debieron mostrar desde un principio que el Joven había contraído, dentro de las radiaciones del cometa, una afección especial, distinta a la leucemia fulminante que había ido acabando con los miembros de la tripulación, los pasajeros, la misión científica, y que terminaría su obra con Liane, Garance y él mismo, junto con los últimos marineros.

Tal vez había sido por caridad que el biólogo no había dicho nada, si bien no parecía una actitud muy propia de él. O tal vez había querido probar, sin informar de ello al paciente, un tratamiento de choc que daba unos resultados catastróficos.

¿Genio habría consentido? No, sin duda alguna. Nada le importaba a Garance más que su pasión científica. Sin duela debía haberse equivocado. Pero no tenía importancia. Todos iban a morir... Liane, antes que nadie. Si Genio estaba condenado también, más le valdría morir que poder llegar, solitario para siempre más, a la Nueva Tierra donde no le aguardaría más que una muerte lenta tras la locura desesperada de hallarse solo, o bien de retroceder al estado salvaje. Se encogió de hombros. Era así. Nunca más...

Tenía sed, de nuevo. Se levantó, en busca de agua. Siempre la tenía en su habitación. El timbre del interfono le llamó:

—¡Genio! ¡Aquí Garance! Fermer acaba de morir. Ven a ayudarnos.

—Voy en seguida —respondió el joven, con lasitud.

Pobre Fermer... Uno menos. Habían llegado a un extremo que no se sabía si debía sentir pena o alegría por la desaparición de otro compañero, liberado de la horrible enfermedad que produjo el cometa sobre la astronave maldita.

Se vistió molesto por estar nervioso y por tomárselo de aquella manera. Se detuvo a medio vestir para beber de nuevo un poco más de agua, y después de arañarse la mano en una grapa, hizo funcionar la cerradura magnética de la puerta para salir e ir a

acompañar a su última morada al pobre Fermer, puesto que era lo único que podía hacerse ya por él.

Al hacer ese movimiento se vio la mano herida. La piel había sido ligeramente rasgada.

Genio quedó súbitamente inmóvil, como fascinado.

Un poco de líquido, insignificante, aparecía sobre la minúscula herida. Sangre, naturalmente. Sólo que aquella sangre era de color verde.

CAPÍTULO V

Liane se moría.

La nave «Nervermore» seguía avanzando hacia la Nueva Tierra, sin que ningún incidente viniera a interrumpir su carrera insensata. La astronave parecía caer en la inmensidad del vacío, a una velocidad tan rápida casi como la de la luz. Iba únicamente conducida por los pilotos-robots que Parox había dispuesto antes de desaparecer.

Y Genio, aterrorizado, se preguntaba si aquella caída infernal no iba a conducirlo directamente a la eternidad.

No se alejaba casi nunca de la cabecera de Liane. Esta no le reconocía ya, tan débil era su estado. Nada vivía en ella, de aquella belleza, más que sus cabellos dorados. Su pobre cuerpo menudo, delgado, reposaba permanentemente en la litera de su habitación. Y Genio, con el corazón sangrante, le prodigaba los últimos cuidados, con una piedad y devoción sin esperanza.

Unos días antes, Garance y él habían desintegrado el cuerpo del último marinero de la tripulación de la nave «Nervermore».

Genio, que pensaba más en Liane que en sí mismo, no podía dejar de horrorizarse de su propio estado. Su rostro empezaba a grabarse también con aquellas placas castañas cuyos relieves eran algo terrible. Casi se sentía contento de que Liane no pudiera verle de aquella manera. La joven ya pertenecía casi al otro mundo y no podía apercibir la abominable e incomprensible transformación que sufría Genio. Aparte del prurito de los primeros instantes, no sentía después ninguna otra molestia. Se sentía fuerte, equilibrado, sereno, por lo menos en lo que concernía a su organismo.

Y era un nuevo enigma el contemplarse, cuando se atrevía a hacerlo y ver las rugosidades que iban apareciendo en todo su ser,

cuya dureza iba extendiéndose, y el aspecto insólito de su organismo que iba deformándose lentamente, sin producirle dolor alguno.

Garance había seguido medicando a Liane hasta el último instante.

A partir de cierto momento, Genio, por pudor o por desconfianza, ni él mismo lo sabía, había dejado de asistir a los cuidados del profesor. Este no le había hecho ninguna observación al respecto. No había exigido que su paciente fuera a someterse a las inyecciones alternas día sí día no, y siempre evitaba mirar al desgraciado prometido de Liane a los ojos. Genio había terminado por sacar la conclusión de que Garance se había dado perfecta cuenta de su estado, pero que al juzgarlo sin duda desesperado, desconocido en los anales de la ciencia interplanetaria, renunciaba a todo tratamiento.

Además, Garance se encontraba muy mal también. Aunque nunca hiciera ninguna alusión delante de Genio, éste sabía que el biólogo estaba afectado por la leucemia en último grado. Debía haber seguido tratándose él mismo, tras la desaparición de sus colegas, si bien lo hacía sin ninguna esperanza. Aquel hombre glacial no manifestaba jamás emoción alguna, ni siquiera en lo que le concernía.

Genio veía morir a Liane. A bordo de la nave «Nervermore», que proseguía avanzando en su revuelta fantasma, no quedaban más que tres supervivientes, o mejor dicho tres muertos en vida. Genio no se atrevía ya a atravesar las salas inmensas, totalmente vacías, ni a penetrar en las cabinas donde le parecía iba a encontrar todavía a sus compañeros. Todo le daba miedo.

Vivía en la claridad permanente del neón magnético, escuchando sin cesar el continuo zumbido de la sala de maquinaria, que no cesaba jamás. Tenía con que vivir años y años. Sin embargo, pensaba que su fin estaba ya próximo y no creía poder sobrevivir siquiera a Liane.

Ya no veía a Garance, que vivía solo al otro lado de la enorme astronave, cerca de su laboratorio. ¿Seguiría con sus experimentos y búsquedas? Poco le importaba a Genio, que consideraba que ya nada tenía importancia.

A veces, abstraído, con la cabeza apoyada en las manos, sentado

a la cabecera de su desdichada prometida, que ya nunca sería su esposa, pensaba en el misterio del cometa.

¿Cuál debía ser la naturaleza de aquel núcleo incandescente, que había ido matando lentamente a todos los ocupantes de la nave espacial «Nervermore» y le había gratificado a él con una afección tan extraña?

Casi se alegraba de haber sido el último, puesto que de haber empezado a observar los síntomas, que ahora le atormentaban, en medio de los supervivientes, sin duda no habría sido capaz de soportar su metamorfosis sin cometer un acto de desesperación.

El espacio, de este modo, le reservaba enigmas sin número.

Los pioneros de las estrellas se daban cuenta de esto sin cesar, y, en el fondo no era de extrañar que la nave espacial «Nervermore» al penetrar en aquellas constelaciones todavía inexploradas, hubiera podido encontrarse de aquella manera con un cuerpo celeste errante de propiedades tan fatales.

Lentamente, la vida iba escapando del cuerpo de Liane; Genio se levantó de golpe. Otra vez más la fiebre le devoraba. Agua, siempre agua. Y no obstante las reservas del bar de la nave «Nervermore» estaban sobradamente provistas de toda clase de bebidas para calmar toda la sed durante lustros y lustros. Pero Genio sentía, de manera incomprensible, una aversión absoluta por todo líquido que no fuera agua pura. Salió lentamente de la habitación de Liane para ir a calmar su sed. Ahora, apenas se atrevía a mirarse las manos. Rugosas, nudosas en extremo, iban tomando aquel tono castaño que le desolaba, y asustaba. Y en las extremidades de los brazos, igualmente deformados de aquella horrible manera, se veían ya aquellas costras duras, rasposas, que iban cubriendo poco a poco su piel.

Sin embargo, Genio seguía poseyendo la misma flexibilidad de siempre, siendo dueño de todos sus movimientos. Y tenía la impresión de que todos sus órganos internos funcionaban a la perfección.

Atravesó para llegar hasta la cocina, una de las salas de recreo. Las revistas seguían todavía sobre las mesas, las sillas de descanso esperaban a las bonitas pasajeras que ya no irían nunca más a sentarse en ellas.

Las plantas en macetas, filodendros, heveas, alegraban todavía la

astronave, para moderar un poco el aspecto severo, demasiado técnico de las paredes y del mobiliario. A veces, Genio iba a darles un poco de agua a aquellas plantas. Las respetaba, las quería, porque representaban un poco de vida.

Al darse cuenta de que algunas hojas habían tomado un color amarillento, pensó en que debía regarlas un poco sin tardar. Bebió primero abundantemente y regresó de la cocina con un gran recipiente lleno de agua.

Casi no comía, limitándose a tomar alguna que otra vez unas pastillas de vitaminas para poder seguir manteniéndose en pie. Pero aquel género de alimentación no era suficiente para las funciones del estómago y de los intestinos, por lo cual los biólogos recomendaban que siempre que fuera posible se tomara algunos alimentos más sólidos y naturales.

Genio tenía todavía donde escoger. Pero por lo general, sólo se limitaba a pellizcar algo, para tranquilizar su consciencia. Aquello, come otras cosas, no tenía para él ningún interés.

Tan sólo, al arreglar las plantas de la sala de recreo, sintió una brusca sacudida en el estómago. No pudo por menos que sorprenderse, puesto que el hambre casi no se había dejado sentir tras los terribles acontecimientos que habían desolado la nave «Nervermore».

Pero tal vez la naturaleza reclamaba sus derechos.

Y de pronto, su mano, aquella mano horrible y castaña, su mano que parecía ya tallada a golpes de hacha en cualquier pedazo de materia leñosa, su mano que, caritativa, daba de beber a los vegetales transportados a través del gran viaje a las estrellas, su mano se puso a temblar convulsivamente.

Genio acababa de hacer un descubrimiento súbito, tan horrible como todo lo demás que le sucedía.

Tenía hambre. Sí, y aquello no era nada más que la llamada natural de su estómago. Pero lo extraordinario del caso era que no sentía «hambre de esto» o «hambre de aquello», como dicen los niños guiados por su glotonería, no deseaba ninguno de los alimentos naturales y habituales a los hombres, de uno u otro planeta.

Genio de prono sintió que la boca se le hacía agua al contemplar la tierra en la que estaban plantadas aquellas plantas a las que

había llevado la vida fresca del agua.

—¡De tierra! ¡Tengo ganas de comer tierra!

Aquello era una insensatez, una locura. Genio retrocedió, tratando de dominarse para no ceder a la tentación. Hubiera deseado arrodillarse para besar y morder la tierra y llevarla a sus labios...

¿Pero tenía todavía labios?

Consiguió liberarse de aquella tentación insólita, que le devoraba. Y esta vez, no vaciló más. Corrió al encuentro del profesor Garance.

No deseaba alejarse demasiado rato de la cabecera de su prometida Liane. Pero, cerca de su litera, ella tenía el medio con que llamarle a su lado, por el interfono. Genio había cuidado de prepararlo de manera que pudiera oírlo desde cualquier parte de la nave. De esta manera, cuando ella le necesitara sabía que oiría su llamada siempre y cuando tuviera la fuerza suficiente para pulsar el timbre.

Garance le vio llegar como un ciclón. El sabio había palidecido visiblemente en los últimos días, lo cual, junto con su barba morena, le daba un aspecto curioso.

Estaba, desde luego, muy débil, pero todavía iba y venía, trabajosamente, a través de su laboratorio.

Al entrar Genio, Garance levantó los ojos hasta él. Y el joven sintió un estremecimiento al comprobar que aquel ser glacial al que la certidumbre de una muerte cercana no parecía emocionarle jamás, le observaba con una atención que mostraba cierta satisfacción.

Genio entró sin ambages en la cuestión:

—¿Se fija en mí, profesor? No hice bien al dejar de venir a inyectarme. El mal ha ido progresando. ¿Se fija en mi rostro y en mis manos? Todo mi cuerpo se está transformando. Un monstruo, he aquí en lo que voy a convertirme. Apenas puedo vestirme. Esta piel va endureciéndose, volviéndose escamosa..., no, no es esto... ¿Cómo diría yo? ¡Pero es mejor que me vea! ¡Mire! Se diría que soy un árbol. Sí, esto es. Esto que yo tomaba por costras..., o escamas... ¿No le parece más bien que es como una corteza?

Le tendía sus manos, sus desgraciadas manos deformes hacia el hombrecillo. Y al pronunciar la palabra «corteza», no pudo evitar

ver el estremecimiento que agitó al sabio.

Inclinado sobre las manos de Genio, Garance le observaba, ávidamente, palpando, larga y minuciosamente, la epidermis que no tenía ya nada de epidermis, sino que, en efecto, parecía formar a Genio con unas manos formadas de ramas talladas por un jardinero astuto, dando a un arbusto la apariencia humana.

Exasperado, Genio, retiró bruscamente las manos:

—¿Y pues? ¡Hable ya! ¡Dígame algo! Esto que me está pasando... Es horrible... es monstruoso...

Un sollozo escapó de la garganta del joven:

—Pero lo mismo da... ¿Comprende? Lo mismo da, profesor. Estamos perdidos. Todos muertos... Todos. Y Liane va a morir. Y usted también, o sea que ¿qué importancia tiene esto?

Garance le contemplaba en silencio. Genio hubiera deseado llorar, pero sus ojos, que seguían muy humanos, en medio de su rostro, que también iba tomando la apariencia de un árbol, no tenía lágrimas.

Murmuró, con melancolía infinita:

—Sin embargo, me hubiera gustado poder comprender. Pero puesto que todo terminará muy pronto...

—No para ti, Genio.

El desdichado se sobresaltó y miró fijamente al profesor.

—¿Qué está diciendo? Usted va a morir. Morir, ¿sabe lo que esto significa, verdad? Y Liane también. Y yo..., como todos los demás.

—No. Tú, no. No sé lo que sucederá contigo, Genio. Tú contrajiste una... pongamos, una particularidad desconocida de la radioactividad del cometa. Pero no una enfermedad. Por lo menos nada de la leucemia fulminante que nos atacó a los demás.

—Así, pues? ¿Qué es esto?

—A menudo me has dicho que, a pesar de todas las apariencias, te sentías perfectamente, fuerte y sano. ¿Es cierto?

Genio respondió haciendo un gesto vago:

—Reconozco que más bien pienso en Liane, que en mí mismo. Pero, a pesar de ello, no puedo negar que al estudiarme atentamente no descubro en mi cuerpo ni el más leve dolor, ni enfermedad alguna, o malestar, sino solamente este prurito causado, sin duda alguna, por esta... metamorfosis...

Los ojos de Garance parecieron animarse durante unos segundos.

—Genio... tú... tú fuiste protegido por... el agua...

—¿Cómo?

—Tú me contaste todo lo que había sucedido desde que te dirigiste hacia la sala de máquinas, es decir, mientras nos cruzábamos con el cometa. Todo me hizo creer que las radiaciones que emanaba habían afectado a la mayoría de nuestros compañeros, no sólo en los breves instantes en que pasamos muy cerca del maldito cometa, relativamente cortos, ya que no puede negarse que Trins, estaba ya afectado con anterioridad. Pero todos los demás, recibieron el impacto al mismo tiempo. Y nadie salió ileso del encuentro, excepto tú, Genio, PORQUE EN AQUEL PRECISO INSTANTE ESTABAS SUMERGIDO EN LA PISCINA. El agua, por alguna razón que no logro descifrar, ha formado una pantalla, o más bien, una armadura, escafandra. Escapaste por completo a sus radiaciones, y por consiguiente, a la leucemia galopante.

Genio se quedó unos instantes quieto. Poco después, explotaba:

—¡Profesor! Si todo cuanto acaba de decir es cierto, y yo creo que en efecto es posible, ¿explicaría esta teoría que las radiaciones, a través del agua, que me cubría totalmente, me hubieran, no afectado como a los demás, sino atacado de otra manera, en forma de engendrar en mí, este... este horror?

Garance no tuvo tiempo de responder.

Un timbrado seguido, largo, el del interfono, acababa de resonar por toda la astronave, y el puesto del laboratorio la difundía igual que el resto del navío.

—Liane —exclamó Genio—. Me llama.

Dio media vuelta y salió corriendo.

Garance no le obstaculizó el paso. Quizás no tenía fuerzas ni para atravesar la nave. Tal vez opinaba, simplemente, que toda prisa era inútil, puesto que no podía hacerse ya nada para salvar a la joven Liane.

En un tiempo record, Genio llegó a la habitación donde agonizaba la joven.

La encontró medio incorporada en la cama, animada por aquel supremo esfuerzo en los moribundos, que hacía pensar con frecuencia en la marcha del alma humana en el último resplandor de aquella llama. Liane llamaba a Genio, al encontrarse sola, por lo que había apretado el botón del timbre.

—Liane... Mi pequeña Liane...
Pero la moribunda murmuraba...
—Genio... Genio...
—Aquí estoy, amor mío... Soy...

Se interrumpió y retrocedió súbitamente, torturado por un terrible escalofrío.

Acababa de comprender que Liane, en su último momento lúcido, le buscaba, y no podía reconocerle. En aquellos momentos de angustia suprema, le era imposible de encontrar el rostro querido de Genio, al que no había podido ver, claramente, con lucidez, desde hacía muchos días. No podía reconocerle tras aquella máscara hinchada, aquel rostro de pesadilla, que había afectado tan rudamente los rasgos de aquel que había sido Genio, su prometido en el viaje del «Nervermore».

—Genio...

Se desplomó hacia atrás, y ya no se movió más.

Al presente, un ser extraño iba, titubeando y sollozante, a través de los pasillos desiertos de la astronave. El neón magnético ofrecía su claridad fría y nítida, ligeramente coloreada, sobre la silueta que avanzaba, pesadamente y cada vez más grotesca, como si el mal progresara de minuto en minuto.

Estaba solo. Completamente solo, puesto que para él no contaba Garance, aquel físico, aquel clínico que carecía de sensibilidad, y que iba a morir sin haber amado jamás otra cosa más que el estudio de la materia.

Pasó frente al inmenso tragaluz, transparente, que permitía contemplar una gran vista en el inmenso vacío, majestad celeste.

Genio no se detuvo ya para admirar los grandiosos espectáculos que revelan los viajes espaciales. Pero no pudo evitar sentirse poderosamente atraído por una claridad excepcional.

Levantó la cabeza y, en medio de su tristeza infinita, vio la Nueva Tierra.

La nave «Nervermore» se acercaba al planeta. Genio descubrió un disco enorme, que tapaba ya todo el horizonte de un lado, hacia el frente. Pudo divisar el perfil de los continentes, las placas más luminosas de los océanos, la dulce irradiación verdosa de los planetas de tipo terrestre.

Los controles del navío no le habían engañado. Bien podía

decirse que aquello era el Edén soñado para recomenzar la evolución de la humanidad, con la aportación de millones de conocimientos y experiencias.

Sólo que Genio iba a llegar a este Edén, totalmente solo, sin amor ni esperanza.

Y en qué estado.

Se dio cuenta de que el uniforme que llevaba se rompía. Le pareció que en aquellos momentos aquel extraño mal, o por lo menos aquella incomprensible transformación, llegaba a su punto culminante.

A pesar del desorden que se encontraba tras la muerte de su prometida Liane, no podía evitar hacer una comparación con el fenómeno de la crisálida.

¿Pero a qué clase de mariposa monstruosa iba a darle, pues, vida?

¿Y si fuera a un lepidóptero... o a otro ser animado?

Esta vez, no se contuvo más. Ya nada le retenía, ningún lazo existía en el Cosmos donde Liane había desaparecido. Genio, a pesar de las afirmaciones de Garance, pensaba que iba a morir muy pronto y también que la muerte sería lo mejor que podría sucederle. Sano o enfermo, hombre o monstruo, ¿qué haría él solo en la Nueva Tierra, indudablemente deshabitada, cuando él llegara, es decir al cabo de unas horas?

Regresó al lado de Garance.

Sus ropas iban rasgándose lentamente, produciendo pequeños chasquidos. Su piel iba tomando una indudable semejanza con la corteza de los árboles, con el mismo color, y las mismas características de rugosidad, dándole un volumen tal a su cuerpo que las ropas no le abarcaban ya.

Encontró la puerta del laboratorio cerrada.

—¡Garance! ¡Garance! ¡Ábrame, profesor!

No obtuvo respuesta.

Volvió a llamar, asustado. Tal vez Garance estuviera ya muerto, igual que Liane. Sin embargo, Genio no lo creía. Había hablado con él, una hora antes, y el sabio estaba relativamente bien, ya que su estado, aunque grave, no anunciaba un fin tan rápido.

—¡Garance! Quiero hablar con usted.

Estaba conforme con morir, pero antes quería saber. Puesto que

de pronto se sintió persuadido de que Garance había mentido, o por lo menos solamente había dicho una parte de la verdad.

Siguió llamando sin cesar, no pudiendo convencerse de que Garance hubiera fallecido de una manera tan rápida. Y súbitamente, pensó que tal vez Garance tuviera miedo de él, lo cual demostraba que tenía motivos para tener miedo. Gritó:

—¡Garance! Sé que está ahí dentro. Si no abre la puerta, iré al depósito militar y regresaré con un desintegrador. Cuando ya no quede puerta podré entrar a pesar suyo. Se detuvo unos momentos escuchando. Pasó un minuto antes de que la cerradura magnética se abriera. Apareció Garance, más pálido y mefistofélico que nunca.

Pero Genio vio la lucecilla que brillaba en los ojos del hombrecillo de rostro grotesco.

Entró brutalmente, interrogando al sabio:

—Siéntese. Apenas puede sostenerse. ¡Y responda a mis preguntas!

Garance, débilmente, pero siempre con aquella expresión triunfante, preguntó:

—¿Qué deseas saber?

—Nada de historias, Garance. La verdad. ¡Míreme! Mi rostro... mis manos... y todo mi cuerpo. La ropa está rasgándose debido al hinchamiento del cuerpo... Mire...

Abrió la cremallera. El tórax quedó a la vista y Garance se inclinó, observando con atención que ya no era carne sino un verdadero pedazo de corteza.

—¡Tengo hambre! ¡Y tengo sed! Pero no hambre de carne, pan o pescado... ni sed de vino o de cualquiera de los alcoholes que tomábamos en la Tierra. Necesito agua... nada más que agua... y lo peor del caso es que... deseo comer tierra... ¿comprende? tierra, como si fuera una bestia..., menos que una bestia...

Con su mano hinchada y dura, sacudió a Garance que no podía defenderse.

Sólo que, jamás había visto al profesor Garance con aquella expresión. Sus ojos, por lo general tan impersonales, se habían iluminado, como no le había sucedido desde hacía muchísimo tiempo, sin duda.

Extrañado por ello, Genio gritó:

—Pero me parece ver... cierto aire satisfecho... en su rostro...

¡Está loco!

—No, Genio. Tienes razón.

—Pero —gritó de nuevo Genio—, ¿no ve lo que me está sucediendo? ¿Cómo es posible que un hombre pueda sentir satisfacción al comprobar una metamorfosis semejante en otro ser como él? Deseo alimentarme de agua y de tierra... y tengo el aspecto... no me atrevo a decir de qué. Y además, mire, profesor, todavía no lo sabe todo, no lo ha visto todo...

De pronto sacó un cuchillo del bolsillo. Garance no se movió siquiera. Genio, de un golpe seco, clavó la hoja del cuchillo en su brazo, sobre el que la manga del uniforme se había ido desmenuzando.

Ahondó en la herida, extrayendo a continuación el arma.

—¡Mire!

Garance se inclinó, con ojos avariciosos. Y de pronto, su cuerpo hundido y moribundo experimentó un verdadero espasmo de alegría. Se levantó, ante Genio que le miraba aturdido y, con voz muy débil, pero vibrante de alegría, exclamó:

—Un ser recubierto de corteza... que se alimenta de tierra y agua... y cuya sangre brota de color verde... ¡Lo conseguí! ¡Lo conseguí!

Repitió muchas veces: lo conseguí, atravesando de un lado a otro la sala del laboratorio, con toda la energía que todavía poseía dentro de su organismo arruinado.

La mano abominable de Genio se abatió de pronto sobre el hombro del profesor:

—¡Garance! ¿He oído bien? ¿Ha dicho usted: lo conseguí?

—¡Sí! ¡Sí!

—Me parece que me mintió. Toda esa historia de que el agua de la piscina me protegió formando una especie de armadura...

—Es verdad, Genio, estoy seguro de que es verdad... Fuiste protegido, quedando inmunizado contra las radiaciones, debido a la inmersión. Ya no tengo porqué ocultarte la verdad. No nos queda mucho tiempo. Dentro de dos o tres horas, la nave «Nervermore» se posará en la Nueva Tierra.

—Garance —dijo el monstruo—, si esto es cierto... ¿Tras habernos cruzado con el planeta, yo estaba bien?

—Sí, Genio. Tú eras el único a bordo que continuó totalmente

normal.

La voz de Genio sonó terrible:

—¿Y, pues? Esta horrenda metamorfosis... ¿a qué la debo?

El pequeño biólogo se enderezó cuanto pudo, encarándose a Genio, y exclamó:

—¡A mi ciencia! ¡Sí, a mi saber! ¡He sido yo quien te ha tratado de esta manera! ¡Oh, debes despreciarme o quizás odiarme! ¡Qué importa! Cuando sepas porqué lo hice... Genio, tú vas a encontrarte sólo, ya que Liane no podrá acompañarte, y tampoco podrá hacerlo ninguna otra mujer de a bordo. Y aunque hubiera quedado algún otro hombre de los que formaban la expedición del «Nervermore» hubiera obrado de igual manera, puesto que la procreación hubiera sido igualmente imposible. Y, sin embargo, nuestra expedición triunfará; gracias a mí...

Dos manos formidables se apoyaron sobre el frágil hombrecillo, y la voz de Genio, una voz que iba tornándose rugosa, que eructaba más bien que hablaba, una voz que empezaba a corresponder al asombroso personaje en quien iba transformándose, salió de aquella boca que parecía una hendidura en el tronco de un árbol:

—¡La verdad! ¡Por el amor del cielo, quiero saber la verdad!

Entonces, Garance habló. Mucho rato.

La nave «Nervermore», que no era más que la tumba de Liane, en aquellos momentos, seguía avanzando en su carrera loca y el suelo del planeta desconocido iba acercándose a simple vista frente al navío aéreo.

Pero, en el laboratorio, Genio, o lo que había sido Genio, escuchaba, asombrado, y estremecido hasta el alma, la alucinante confesión del sabio, que exultaba al hablar, que empleaba sus últimas fuerzas para explicarle la fantástica experiencia en la que el prometido de Liane había corrido con los gastos, únicamente porque la inmersión forzada que hizo en la piscina de a bordo le había puesto al abrigo de aquellas malignas radiaciones del cometa misterioso.

Al fin, Garance cesó de hablar.

Lo había dicho todo. Todo. Lo que había pasado y, lo que era todavía mucho más importante, lo que iba a sucederle a Genio, único superviviente de la expedición del «Nervermore».

Un profundo silencio reinó en la habitación. Genio no dijo nada

y Garance, que no tenía ya nada que decir, se encerró en su orgullo de genio o demente que había intentado y conseguido lo imposible.

El brazo de Genio, aquel brazo que más bien parecía una rama, se levantó y cayó con un golpe seco.

Garance vaciló y cayó al suelo, con la cabeza herida.

Genio estuvo contemplándole largo rato, tendido a sus pies, en medio de un charco de sangre.

No se le ocurrieron otras palabras más que éstas, que pronunció con aquella voz que ya no era la voz de un hombre:

—¡Su sangre es roja!

La astronave estaba a punto de llegar a su destino. Avanzaba como una flecha. Había atravesado ya la atmósfera de la Nueva Tierra.

Entonces, automáticamente, los robots preparados por Parox, se pusieron en acción. Los sostenedores de aterrizaje aparecieron debajo de la enorme carena. Explotaron los proyectiles, aminorando la llegada. Y, al fin, la nave «Nervermore» se posó, suavemente, con precisión, como si hubiera sido maniobrada por una tripulación perfectamente disciplinada.

La puerta de comunicación con el exterior se abrió automáticamente.

Algo apareció en ella.

Algo que evocaba vagamente la forma de un hombre, puesto que aquello tenía su talla más o menos. Pero más bien era una especie de arbusto, sobre el cual flotaban los jirones de lo que había sido el uniforme del astronauta.

Sin embargo, aquello evocaba la silueta de un hombre, con unas piernas groseras.

Y dos brazos.

Unos brazos que llevaban un cuerpo humano. El cuerpo de una joven de cabellos dorados que flotaban al aire, a aquella suave brisa que les acogía al llegar al planeta.

Aquel extraño ser salió de la nave, con esfuerzos sobrehumanos. Y no cabía duda alguna de que cada paso le costaba un verdadero suplicio.

Cuando llegó al extremo de la escalerilla por la que descendía y debió avanzar por el suelo de la Nueva Tierra, aquello fue todavía peor. Hubiérase dicho que a cada paso que daba, la tierra aspiraba,

como si pretendiera retenerlo, fijarlo.

Siguió avanzando más y más. Mucho más, por aquel mundo nuevo, donde, según les habían mostrado los controles de los aparatos de la nave, nunca había aparecido humano alguno.

Los soles que iluminaban el planeta se ocultaban tras el horizonte, cuando muy lejos del punto donde había aterrizado la nave espacial «Nervermore», aquel extraño ser hubo de renunciar a proseguir avanzando.

Sus «pies» se hundían en el suelo. Ya no podía seguir arrancándolos. Entonces se resignó a no moverse más.

Y quedó literalmente plantado, con una inmovilidad absoluta, estrechando contra su cuerpo el de la joven, también inmóvil.

Nada se movía ya en la tarde, fuera de los dorados cabellos de la joven, que flotaban al aire, dulcemente acariciados...

Más tarde, mucho, muchísimo más tarde, cuando allí a lo lejos la nave espacial «Nervermore» moría bajo la herrumbre, cuando el Cuerpo de aquella hermosa joven se había convertido ya en un montón de polvo, en medio de aquel extraño mundo, totalmente deshabitado, y que había sido la ilusión de tantas parejas que habían sucumbido por la influencia nefasta de las radiaciones de aquel extraño cometa, aquel ser con cierta semejanza de hombre quedó semioculto bajo la espesura pujante de un hermoso color verde...

SEGUNDA PARTE

«Los Androfitos»

CAPÍTULO I

Holox y Tebal habrían podido ser considerados como muchachos muy atractivos en la Tierra.

Tenían el mismo tipo que los indígenas de aquel planeta, al que nunca podrían conocer, puesto que en el momento en que su astronave, procedente del mundo de Zagoro, se posó en el suelo de aquel mundo desconocido, hacía miles de años que la Tierra había dejado de existir.

Holox y Tebal iban provistos de unas escafandras cuyo modelo era extremadamente práctico, de una ligereza envidiable y de una resistencia puesta a toda prueba, como si fueran verdaderas armaduras.

Iban riendo, mientras revoloteaban por encima de las espesuras increíblemente cerradas y floridas, y sus cráneos rasurados, de acuerdo con la costumbre de los astronautas procedentes de Zagoro, brillaban bajo los tres soles que resplandecían en el firmamento.

Las escafandras estaban provistas de un acondicionamiento especial, cuyo dispositivo acondicionaba unas alas muy ligeras y muy extensas, ambas dobles. Funcionaban no por aleteo, sino por vibración, imitando los órganos sustentadores de las libélulas, procedimiento que había dado tan buenos resultados y que había sido adoptado por todos los cosmonautas zagorianos.

El

«Z-43»,

su nave, al haber abordado un dominio totalmente desconocido, mientras que el profesor Wrim, biólogo, zoólogo, botánico, mineralogista, etc., comenzaba a planear por los alrededores de donde quería aterrizar, el comandante de a bordo había enviado a Holox y Tebal como exploradores.

Eran especialistas en aquella clase de trabajo.

Ya, tras dos horas de vuelo, muy lejos de su nave

«Z-43»,

llegaron a la conclusión de que aquel planeta desconocido poseía unas características similares a las zagorianas, es decir lo que correspondía de una forma muy exacta a la geografía y cosmogonía de aquella Tierra desaparecida para siempre en medio del espacio y en el transcurso del tiempo.

Exploradores y soldados, aventureros y sabios, técnicos y turistas, Holox y Tebal adoraban aquella clase de trabajo de reconocimiento. Eran de la misma raza que los terrestres habían sido en su época.

Y, por otra parte, en el transcurso de sus numerosos viajes, habían encontrado, a través del espacio, monstruos del reino animal, demonios vegetales, híbridos espantosos de los que no se sabía si debían ser peces, arácnidos o mimosas, y también minerales de los más formidables, sabiendo que el hombre es en todas partes reflejo degenerado y palurdo, aminorado y también orgulloso, de su divino Creador.

Así, revoloteando por encima de lo que el comandante y el profesor Wrim habían ya decidido en bautizar como la Nueva Zagoro, no pudieron dejar de sorprenderse al divisar dos siluetas que huían, muy lejos, a través de senderos naturales formados por árboles gigantescos.

—¡Seres humanos!, mira... —gritó Holox.

Tebal fijó los ojos en aquella dirección, ayudándose con unos gemelos de pequeño tamaño, pero de una potencia verdaderamente excepcional.

—Sí, en efecto. Eso parece. Pero van vestidos de forma muy extravagante.

Holox, que revoloteaba cerca de él, puesto que aquellas alas que empleaban les permitía poder prácticamente volar uno encima del otro, le arrebató los gemelos.

—Parece que vayan disfrazados; aunque no es posible. A menos que esa sea la costumbre local. Hay tantas flores en estos parajes, que no me sorprendería.

En efecto, la pareja, ya que aquellos dos seres parecían pertenecer cada uno a un sexo distinto, iban revestidos y coronados

de abundantes flores, de hojas variadas.

Los dos zagorianos supusieron que los dos desconocidos no les habían descubierto en el cielo, donde, debido a la distancia, debieron tomarles tal vez por dos pájaros de gran tamaño, como aquellos que Holox y Tebal habían visto ya en diversas ocasiones y de distintas especies.

El planeta, desde luego, debía estar todavía en época muy primitiva. Habían inmensos pantanos, abundaban las plantas arborescentes y los aventureros del espacio creían haber divisado a su paso enormes hidrosaurios que no vivían, lo sabían positivamente, más que en los mundos hasta cierto punto nuevos.

—Oye, ¿no te parece que están huyendo?

—Sí. Tengo la impresión de que el hombre guía a la mujer, la ayuda a caminar... como si quisiera impulsarla a correr. Pero ella no puede ya más. Ella y él miran muy a menudo tras de sí, como si les persiguieran.

—¿Algún monstruo, tal vez?

—No —dijo Holox—, ya sabes que no hay más que animales... Más o menos en todas partes, el peor enemigo del hombre es...

—Sí, ya sé. ¡Un tipo como tú! —respondió Tebal, echándose a reír y propinándole en pleno vuelo una formidable manotada en el hombro de su compañero.

—En lugar de hacer los posibles para echarme al suelo —rezongó Holox—, harías mejor en venir conmigo para acudir a ayudar a esos buenos jóvenes.

Y los dos zagorianos emprendieron rápido vuelo hacia la pareja, rozando con frecuencia las ramas más altas de los árboles del bosque. Árboles gigantes, que se alzaban hacia ellos. Cada uno parecía de por sí un verdadero laberinto de verdor y un aroma embriagador emanaba de aquel paraje, donde la naturaleza ruda, ardiente, indisciplinada, llenaba un universo prácticamente virgen todavía.

Holox y Tebal habían notado que la pareja de fugitivos eran muy jóvenes. Parecían tener aspecto de adolescentes de dieciséis o diecisiete años, como máximo. Uno de ellos era un muchacho, de complexión ancha, probablemente robusto, y su compañera, más esbelta, más elegante, se distinguía principalmente por sus hermosos cabellos, abundantísimos, indomables, que resplandecían

a través de las hojas y flores que la coronaban. Y estos cabellos, de un rubio brillante, le recordaron netamente a Tebal a cierta zagoriana que le esperaba en el planeta patria, y a la cual, a cada uno de sus viajes, prometía que se casaría al regreso. Pero el demonio del espacio le atraía siempre de nuevo.

Los hombres voladores iban acercándose al camino que seguían los dos jóvenes desconocidos, quienes no les habían descubierto todavía. La joven estaba visiblemente fatigada, agotada, y el muchacho, en un momento determinado y tras mirar tras de sí verdaderamente inquieto, la tomó en sus brazos y siguió avanzando con ella a cuestas.

Un extraño ruido le hizo levantar la cabeza.

La rubia muchacha le imitó y, ambos, fueron presa de un estremecimiento de terror.

Habían descubierto a los hombres en el cielo. Dos hombres, pero que no llevaban aquella indumentaria de hojas y flores. Sin embargo, aunque carecían de estas ventajas tan comunes en aquel planeta, poseían alas, y la joven pareja experimentó tanta estupefacción como terror.

Holox comenzó a llamarles, en puro zagoriano, que ellos no tenían obligación alguna de conocer. Tebal le hizo comprender que debía de estar perdiendo el tiempo, y que no había duda de que aquellos dos jóvenes estaban asustadísimos por la llegada de aquellos arcángeles que no esperaban.

—¡Mira! Corren todavía más deprisa.

—Es decir que el muchacho acelera el paso aun cuando lleva a su compañera en brazos.

Hubo un momento en que la frondosidad impetuosa ocultó a la joven pareja de la vista de los dos hombres voladores. Temieron por un instante haberles perdido de vista en aquella espesa selva, cuya floración abundantísima se espesaba aún más. Pero casi al mismo tiempo, Holox exclamó:

—¡Los pantanos... de nuevo! ¡Ha sido por ahí por donde han huido!

En efecto, desde su posición aérea, los zagorianos pudieron descubrir de nuevo a los dos jóvenes, uno llevando a la otra en brazos, acercándose a la orilla de un inmenso pantano, como tantísimos de los que habían visto al hacer la exploración sobre la

Nueva Zagoro.

Era un espacio de terreno abierto, de vasta extensión, dentro de aquella amalgama vegetal, si bien las plantas crecían también allí a su libre albedrío, y numerosos islotes de verdor y de flores moteaban las tranquilas aguas.

—¡Por todos los diablos del Cosmos! —exclamó Tebal—. Si se meten ahí dentro, con sus vestidos florales, será imposible encontrarles.

Aceleraron las cosas y avanzaron deliberadamente hacia la orilla, a la máxima velocidad que les era posible.

Distinguieron claramente al joven indígena que, al ver reaparecer a los misteriosos voladores, daba signos de terror del más evidente, mientras abrazaba muy fuerte a la joven muchacha, que no se movía ya, sino que se apretaba al cuello de su compañero con gran desesperación.

Ante la llegada fulminante de aquellos que debían considerar como enemigos, el adolescente, apretando todavía entre sus brazos a la joven, avanzó hacia las aguas en el mismo momento que Holox llegaba sobre él y se disponía a poner los pies en la orilla del pantano. Un instante después, se oyó el chasquido de las aguas, y su apacible superficie quedó bruscamente interrumpida y apareciendo en su lugar grandes ondas concéntricas.

Holox había puesto pie a la tierra unas décimas de minuto demasiado tarde.

Tebal no había realizado la misma operación.

Virando con destreza, revoloteando con gran maestría, gracias a las alas artificiales de que iba provisto, volvió a emprender el vuelo sin haber aterrizado, volando por encima del lugar donde se habían sumergido la pareja de jóvenes.

Holox reemprendió también su vuelo y fue a reunirse con su amigo. Y las dos libélulas humanas comenzaron a revolotear por encima de la superficie del pantano, cambiando impresiones entre sí, mientras volaban:

—¿Un suicidio? No lo creo.

—Un muchacho de esa edad no se mata... sobre todo si va con una muchacha como ésta, y esto aquí y en todos los planetas de todas las galaxias.

—¿Así, pues, crees que han querido huir de nosotros?

—Sí. Y antes ya huían de un peligro cualquiera. Pero no sé ver nada de anormal. Si hubiera sido un animal habría seguido a su presa hasta el estanque, o por lo menos hasta la orilla.

Alguna vez, uno de los zagorianos revoloteaba a ras del agua. Pero lentamente la superficie del agua fue recuperando su tranquilidad y no volvió a verse rastro de la gentil pareja.

Tal y como había predicho Tebal, era muy difícil poder descubrirles, aún en la misma superficie, puesto que iban vestidos con gran profusión de flores y hojas, siendo así que el mundo floral abundaba, coloreado y oloroso, con numerosos insectos que zumbaban incansables al ras de los vastos estanques.

Los zagorianos revoloteaban inútilmente, pero no se decidían a abandonar el lugar, ya que se sentían poderosamente excitados por la idea de entrar en contacto con los representantes de una humanidad desconocida.

¿Sondear el estanque? No iban equipados para ello. Por otra parte, habrían podido, con los aparatos correspondientes, establecer una búsqueda de ondas sonoras que habrían detectado a los humanos bajo la masa de las aguas. Pero si bien dichos aparatos existían a bordo de la astronave los exploradores no iban provistos, ya que evidentemente no habían supuesto poder encontrarse con un caso como aquél.

Empezaban a desanimarse. Pero, de súbito, la situación cambió.

Durante un minuto, estuvieron a punto de creer que estaban observando un seísmo, o una erupción volcánica espontánea, si bien de pequeñas proporciones. Debajo de ellos las aguas repentinamente revueltas. Los islotes de verdor se quebraban literalmente, manifestándose una perturbación total en la porción del pantano que ellos vigilaban.

Tebal fue el primero en comprender al descubrir a la bestia, si de bestia se trataba. Una masa verde, resplandeciente, en la cual rodaban las brazadas de flores y hojas, emergía, mientras emitía un verdadero aliento de forja. Los miembros gigantesco braceaban en el agua, y Holox, aturdido, al contemplar el animal que Tebal le mostraba, exclamó:

—Diríase que es una rana... ¡pero menuda rana!

Aquello parecía, en efecto, un batracio titánico, que debía medir por lo menos de siete a ocho metros de longitud. Y no quedaba

ninguna duda de que el monstruo, que debía dormir a flor de agua, estaba recubierto, voluntariamente o no, por aquellas numerosas plantas acuáticas. ¿Pero qué debía haberle encolerizado tan súbitamente? ¿Los hombres voladores, tal vez? Esto no era muy posible, ya que los animales acuáticos acostumbran a temer, por instinto, a los volátiles.

Esta vez, Holox fue quien encontró la solución:

—¡Son ellos! ¡Mira! ¡Nadan hacia la orilla!

Haciendo cábalas respecto al drama, esta vez los zagorianos habían dado con la verdad. La joven pareja, tras la zambullida, habían nadado muy hábilmente bajo las aguas y abordado, fuera de la vista de los hombres aéreos, lo que ellos habían tomado por un islote de verdor, y que resultó no ser más que uno de los monstruos existentes en aquel planeta todavía en evolución.

Debían haber trepado sobre la epidermis verde del enorme batracio, quien respondió con furor, y ahora se lanzaba a la persecución de los desgraciados jóvenes.

Una vez más, pudieron ver al hombre que sostenía a la joven, si bien ésta, con sus largos cabellos dorados flotando sobre el agua, avanzaba con rapidez.

Pero no podía luchar con la velocidad que desplazaba la enorme «rana». El diablo del pantano, dotado por lo visto de un apéndice caudal como el de los renacuajos, y poseyendo a la vez cierta similitud con el plesiosaurio y el caimán, era muy veloz a pesar de su masa, y su hocico o morro flanqueado de inmensos ojos circundados por un tono dorado amenazaba a los apurados nadadores, asustando con su aliento que hacía hacer pequeñas ondas como si fuera un violento viento.

Vieron a la joven que se giraba, y lanzaba un estremecedor grito, mientras que su compañero trataba, valerosamente, de protegerla con su cuerpo.

Dos ráfagas de fuego llegadas del cielo y el animal fue presa de una contracción que desencadenó la tempestad en el pantano.

Holox y Tebal le seguían atacando con los tubos de llamas atómicas, pequeñas armas portátiles de una eficacia indudable.

El batracio monstruoso, ya gravemente herido, se debatía y dirigía su morro hacia el cielo, presto al combate. Pero abandonó la persecución que había emprendido contra la joven pareja, lo cual ya

significaba mucho de avanzado.

Los zarogianos no arriesgaban gran cosa. Como mosquitos incansables, revoloteaban por encima del enorme animal, y por instantes le lanzaban una ráfaga que producía una nueva herida. A pesar de su indudable fuerza y de su peso, la rana no pudo resistir mucho tiempo aquel régimen de cosas. Se contrajo súbitamente, tan violentamente, que sus patas, lanzadas hacia adelante, hirieron inconscientemente a los dos nadadores, lanzándoles con tal fuerza que bien a su pesar fueron proyectados casi hasta la orilla, que quedaba más a menos a una docena de metros.

Y el diablo, palpitando todavía, se revolvió, con el vientre al aire, entre las flores pisoteadas, tronchadas, laceradas que le hacían un cortejo de colores y perfumes.

Ya las aves de presa revoloteaban en el cielo, vigilando el monstruoso cadáver, mientras los zagorianos tomaban pie en la arena de la orilla, donde permanecían los dos jóvenes que no intentaban ya huir.

Holox y Tebal se inclinaron sobre ellos. Respiraban trabajosamente, todavía bajo la impresión de terror y debido al esfuerzo sobrenatural que acababan de realizar. Pero quizás habían comprendido de dónde les había llegado la salvación y el haber podido escapar de un peligro horrible.

En aquel momento se sentían demasiado cansados para intentar siquiera huir. Medio desvanecidos uno y otra, permanecían tendidos, en su vestimenta brillante, y que se componía exclusivamente, tal y como los zagorianos habían supuesto, mientras volaban, de hojas y de flores.

Tebal extrajo de su cinturón una pequeña botella llena de un alcohol agradable al gusto y muy vitaminado. Ayudado por Holox, hizo beber unas gotas a la jovencita y luego al muchacho.

Ya todo había vuelto a la calma. Ningún peligro se manifestaba en aquel lugar y, en el estanque, no se distinguía más que una bandada de pájaros que se apiñaban sobre la rana atomizada.

—¡Humanos! Perfectamente normales. ¿Así, pues, este planeta está habitado?

—Sí. Pero es un planeta nuevo. Fíjate que todavía existen en él monstruos enormes y horribles, plantas arborescentes y estos chiquillos..., no son más que chiquillos, que se visten de una

manera tan pintoresca.

—Es curioso —señaló Holox—. En todos los planetas primitivos los humanos tienden a vestirse gracias a las pieles de las bestias. Estos son sin duda alguna más avanzados. Fíjate, sus rasgos son finos, y sus cuerpos, por lo menos lo que se distingue, son más bien gráciles, con una epidermis también fina.

—Se diría que se encuentran bastante mal —indicó Tebal, moviendo la cabeza.

—Pues bien. Vamos a examinarles. Con nuestro botiquín de bolsillo, podemos hacerles las primeras curas. De todas maneras, no creo que se trate de nada demasiado grave. Anda, ayúdame a desnudar a la pequeña.

Tranquilamente, los dos zagorianos empezaron a quitar el montón de hojas y flores que recubría casi en su totalidad el cuerpo de la jovencita.

Esta permanecía con los ojos cerrados, a pesar del alcohol reconfortante que le habían hecho beber los dos zagorianos.

De pronto, observaron ciertas contracciones dolorosas en su rostro.

—¡Bruto! Suavemente, hombre. ¡Le haces daño!

—Pero si lo hago tan suavemente como me es posible. Ya lo ves.

—Diríase que sufre.

—¿Pudor, tal vez? Está semiinconsciente y se da cuenta, vagamente, de que vamos a desnudarla.

—¿Pudor, dices? ¿En unas gentes que viven en una época que corresponde a la prehistoria? Hum... ¡asombroso!

—Te digo que están más evolucionados... ¡Oh!

La joven había lanzado un ligero gemido y Tebal, que iba arrancando aquella amalgama de lianas floridas, comprobó con terror que brotaba un poco de sangre, que parecía venir del lado de la espalda, o de la axila.

—Está herida.

Redoblaron sus precauciones. Pero a medida que iban tratando de desnudarla, la estupefacción se pintó en sus rostros. Súbitamente, Holox cesó en su empeño. Se levantó, abandonando a la joven al cuidado de Tebal y corrió hacia el muchacho, todavía tendido, y aparentemente inconsciente.

Pretendió también desnudarle, para poder examinarlo mejor.

Pero el muchacho recobró el conocimiento lanzando un grito de dolor al mismo tiempo que, de un golpe vigoroso, rechazó a Holox.

Al llegar a este punto el zagoriano comprendió que debía renunciar. Preparó en el cuenco de la mano una especie de pequeña caja y presionó algunos botones. Por radio, estableció contacto, rápidamente con la astronave

«Z-43».

—¡Haló! Póngame con el profesor Wrim. ¿Es usted, profesor? Aquí, Holox. Tebal y yo acabamos de descubrir dos seres de la especie humanoide. ¿Humanos?... Heu... sí... Es decir, casi... Sería mejor que viniera a examinarles en seguida. ¿Cómo? ¿Si son hombres? Un muchacho y una jovencita. Pero no se trata de esto, profesor. No son EN ABSOLUTO seres normales. Tienen... ¿cómo podría explicárselo?... Son como semivegetales. Sí, sí. No me he vuelto loco. Todo su sistema vellosa, comprende... cabellos y pelos... en todo su cuerpo, repartido de manera normal, es... o mejor dicho, no es un sistema vellosa. ¿Que qué es, entonces? Pues... lianas, profesor. Sí. Ramitas que brotan de la carne... sí, en la axilas, el pubis, y en el muchacho también un poco en el pecho. ¡Ah! ¿La cabeza? También, sí. Sólo que tienen también cabellos. Está mezclado. Hemos querido arrancarles todo eso, creyendo que se trataba del vestido, o tocado. Pero nada de eso. Forma parte integrante de su carne, y les hemos hecho daño. Tebal ha hecho sangrar a la joven al tirar demasiado fuerte de las lianas que nacían en su axila. ¿En estas lianas? Pues flores. Una especie de orquídeas, si usted quiere. Las hojas caprichosamente dispuestas. Opuestas, alternas, verticales... un poco de cada. ¿Viene, profesor? He aquí nuestra posición...

Le dio la posición del grupo y cortó la conexión.

—Wrim viene para acá —anunció Tebal—. En una canoa-platillo. No sabes lo interesado que está... Hombres-plantas... Uno no encuentra muy a menudo algo semejante en la galaxia. Una raza de monstruos...

Su compañero deslizó sus ojos hasta posarlos en las elegantes formas de la jovencita, humana a pesar de la extraña particularidad de aquella raza misteriosa:

—Unos monstruos bastante atractivos, sin embargo —observó.

Y, bajo la luz que ofrecían los tres soles, esperaron la canoa-

platillo que debía traer al profesor Wrim.

CAPÍTULO II

Cuando el sabio se reunió a los dos exploradores, éstos hacían todo lo posible para domesticar o amansar a los extraños seres-vegetales que habían descubierto en la Nueva Zagoro. La canoa-platillo, un aparato de pequeñas dimensiones, desembarcada de la astronave, llegaba rozando las cimas de los árboles, conducido por un solo marinero puesto a la disposición del profesor Wrim.

Este, ardía en deseos de conocer a los dos protegidos de Tebal y Holox. Y él, igual que su piloto, debieron admitir que suponiendo que fueran monstruos, uno y otro eran bien atractivos. Jóvenes, lozanos, ofrecían, absolutamente, el aspecto de adolescentes humanoides sanos y fuertes. Sólo que debían rendirse a la evidencia: su sistema piloso estaba reemplazado por un verdadero brote de lianas floridas, que se cruzaban en sus cráneos, con los cabellos que no suplían. Y todo ello, formaba un manto floral extraño, insólito, del más bello aspecto.

Los dos zagorianos no habían perdido su tiempo. Habían hecho lo que se hace en circunstancias similares en todos los mundos: entablar conversación.

Bien, es un decir, ya que como puede suponerse, la joven pareja no comprendía en absoluto su lenguaje.

Pero había sido fácil averiguar que poseían una lengua y que sabían servirse de ella, cambiando entre sí sus opiniones en un idioma probablemente rudimentario, pero articulado.

Wrim, desembarcó de su canoa-platillo, y al hacerlo pareció asustar un poco a los dos jóvenes, con su pequeña cabeza rasurada como la de todos los zagorianos.

Habían sentido también miedo del platillo a medida que se acercaba y Holox y Tebal tuvieron que aguantarles para evitar que

huyeran de nuevo a través de la jungla.

Ahora, se sometían ya, con evidente buena voluntad, principalmente el muchacho, a un ensayo de cambio de impresiones.

Como en todos los universos, el gesto ayuda a la palabra dificultosa.

Sabían ya que uno y otro poseían un nombre, difícil de definir, sin embargo.

Algo así como Ci Dzu para el muchacho, y Tiis para la jovencita. Por lo que, tal como había dicho Holox, y según lo repetía con cierta satisfacción, no eran tan bestias.

—Y luego —narraba Tebal— les salvamos la vida, lo cual ha servido para arreglar las cosas. Sin nuestra intervención, esa horrible rana les hubiera devorado crudos...

Wrim, apasionado por los jóvenes humanoides a los que observaba, o mejor dicho, devoraba con la mirada, se sobresaltó al oír estas últimas palabras y pidió le relataran lo ocurrido.

Una vez enterado, Wrim, anunció que no se iría del lugar sin antes haber examinado el cadáver de aquel monstruoso batracio, o por lo menos de lo que las aves de rapiña hubieran dejado.

Entonces se acercó a Ci Dzu y a Tiis.

Visiblemente, si bien estaban muy intimidados, estos guardaban cierto sentimiento de reconocimiento hacia aquellos dos hombres-pájaros a los que debían el no haber sido devorados por aquel enorme renacuajo.

Wrim sacó la conclusión de que su grado de evolución era cierto. Estaba apasionado. Todo conducía a creer que Tiis y Ci Dzu pertenecían a una raza híbrida, representando un estado de evolución que pasaba directamente del vegetal al humano, jamás observado todavía en ninguno de los diversos planetas que los zagorianos habían podido explorar, y que por cierto habían sido muchísimos.

Mientras, habían curado las ligeras heridas de los dos jóvenes, les habían curado también las llagas, se les había dado de beber y de comer cosas desconocidas para ellos y que les habían parecido exquisitas.

Si bien se había roto el hielo y los adolescentes podían admitir que se encontraban en presencia de genios o de divinidades que

tenían la virtud de ser amables y gentiles.

Sin embargo, lo cierto era que, a pesar de todo, el miedo no les había abandonado. Se estremecían al menor ruido que oían. Observaban frecuentemente hacia el bosque. ¿Qué peligro podía amenazarles?

Los zagorianos procuraban esmerarse en aprender lo más rudimentario de su lenguaje, para comprender el sentido de las extrañas palabras que los jóvenes cambiaban entre sí. Pero era demasiado temprano, todavía. Wrim opinaba que dentro de algunos días sabrían bastante.

Este deseaba permanecer cerca del pantano durante todo el día siguiente. Luego, regresarían a la astronave, con la que tenían establecido contacto.

El sabio frunció el entrecejo cuando Tiis, presa de repentinos terrores, se abrazó fuertemente contra Ci Dzu, quien la apretó entre sus brazos.

Los zagorianos observaron entonces que en el bello rostro de piel rosada de la primitiva se pintaba el terror, sus bellos ojos se agrandaban con espanto, mientras sacudía su extraño vellón donde los cabellos dorados se mezclaban graciosamente con las flores.

Y Ci Dzu, con sus rasgos también hermosos visiblemente crispados, pero formando más bien una máscara de rudeza, bajo los cabellos negros y espesos, que nacían casi a media frente y que estaban, como los de la joven, salpicados de lianas que cruzaban sobre su cuero cabelludo, y descendían para su incomodidad, cómicamente frente a su nariz.

Pero lo más asombroso que observó el profesor Wrim, y que había pasado desapercibido a los ojos de los dos exploradores que habían descubierto a la pareja de jóvenes humanos-plantas, era el hecho de que algunas de aquellas «flores de carne» empezaban a marchitarse, que algunas «hojas-vivientes» comenzaban a tornarse amarillentas. Otras parecían a punto de caer, como en el período de otoño.

Wrim rogó encarecidamente a Holox y Tebal, así como al piloto que les acompañaba, que vigilaran con mucha atención este fenómeno y que sobretodo no dejaran perder, costase lo que costase, ninguno de los pétalos u hojas que pudieran desprenderse de aquellos organismos inverosímiles.

Para la ciencia, aquello era de capital interés.

Wrim se preguntaba si Ci Dzu y Tiis no habrían sido víctimas de algún biólogo fantasista, y si la aportación vegetal sería natural.

¿No habrían podido ser injertadas en sus cuerpos? Hallazgo semejante, desconocido e inédito en la galaxia, no militaba en favor de la hipótesis de una mutación que brotara directamente de la naturaleza.

Zagoro tenía también sus Darwin y sus Lamarck, sus Carrel y sus Rostand. Wrim, sucesor de aquellos maestros, estaba trastornado por aquella aventura y no soñaba más que en poder radiografiar, analizar y reconocer tan profundamente como fuera posible a aquellos dos jóvenes.

Hablaba de ello con entusiasmo, si bien Holox se impacientó:

—Diga, pues, sencillamente, profesor, que lo que desea hacer es disecarlos vivos...

—O meterles en un herbario —indicó a su vez, jocosamente Tebal.

Wrim protestó. Estaba seguro de que se trataba de humanos. Ci Dzu y Tiis no eran plantas, y mucho menos, animales. Eran el producto de un efecto misterioso, jamás realizado en la naturaleza.

Pero poseían lo que hay de más elevado y sublime en el Cosmos: el Pensamiento, emanación indiscutible del alma.

La idea de una radiografía era como una comezón para el profesor.

Tebal, sabiendo que Wrim llevaba a bordo de la canoa-platillo, un minúsculo aparato portátil, cuyas dimensiones no excedían de la de una máquina de fotografiar ordinaria, le sugirió que la empleara.

—Ya había pensado en ello, pero temo asustarles nuevamente.

Holox propuso, entonces, dejarse radiografiar benévolamente frente a la pareja de jóvenes con el único fin de granjearse su confianza. Así lo hicieron y Wrim paseó su objetivo sobre el cuerpo del explorador que mostraba a propósito una expresión beatífica, a fin de demostrar bien claramente que aquello no era ni doloroso ni en modo alguno desagradable.

Acto seguido, trataron de seguir la experiencia con Ci Dzu, ya que Tiis se negó rotundamente prorrumpiendo en agudos gritos. No insistieron más en ella, sino en el muchacho, quien aunque arrugando la nariz, fue convencido gracias a la ofrenda de unos

sabrosísimos bombones, venidos de Zagoro, y cuyo efecto era de euforia. Con buen humor, se dejó visitar, es decir, radiografiar.

Tiis estaba visiblemente aturdida, preguntándose qué debían estar haciéndole a su amado compañero. No obstante, fue un acierto ofrecerle un bombón, y ella se suavizó.

Wrim, encontró un organismo humano más o menos normal, permitiéndole su cámara obtener un examen directo y completo.

El cráneo, el esqueleto, le parecían correctos, sin defecto alguno. Pero al examinar el estómago, dio un brinco tal, que faltó poco para que soltara el aparato radiográfico y que Ci Dzu apurado, tuviera un movimiento instintivo de defensa que suscitó los lamentos de Tiis. Holox y Tebal tuvieron que apresurarse a tranquilizarles.

Pero Wrim estaba congestionado casi hasta el propio cráneo, rasurado.

—¿Sabéis qué es lo que he visto? ¡Ah, amigos míos! Son humanos, desde luego..., pero conservan todavía algunas particularidades vegetales, más bien orgánicas. El estómago que posee este muchacho... no es en modo alguno el bolsillo nervioso de los androides galácticos. Más bien es un estómago de planta.

—¿Cómo? —interrogaron Holox, Tebal y el piloto, sorprendidos—. ¿De planta?

—Sí. De planta carnívora, con una abundancia de esos jugos corrosivos que permiten a nuestras plantas, a nuestros amigos, disolver los pequeños insectos que las corolas ávidas engullen y absorben. Es decir, que Ci Dzu no posee en modo alguno nuestro tipo de estómago. Por este lado, es todavía un poco vegetal. Digiere en todo como una planta, lo que me hace suponer debe poseer un intestino todavía en estado reducido, por no decir embrionario.

—¿Y qué es lo que todo esto prueba, profesor? —quiso saber uno de los exploradores.

—Pero ¿no comprenden? Es formidable, amigos míos. En rigor, se habría podido, según he dicho antes al plantear mi hipótesis, fabricar monstruos al inyectar, mediante un procedimiento desconocido, la planta en el hombre. Mientras que ahora, debo determinar, sin lugar a dudas, que: no es posible inyectar un estómago vegetal en el cuerpo humano. Por consiguiente, se trata de un fenómeno absolutamente natural y esta raza es, sin más ni más, androfita.

Fue a partir de esta importante manifestación que quedó creada espontáneamente aquella palabra. Por consiguiente, la expedición de la nave

«Z-43»

no habló más de los habitantes de la Nueva Zagoro sin acompañarlo del nombre de androfitas.

Ci Dzu estaba cansado ya y se negó a que prosiguieran haciéndole reconocimientos. Wrim no insistió, aunque ardía en deseos de proseguir aquel examen. Se reservaba para cuando estuviera de nuevo a bordo de la astronave, donde poseía un perfecto laboratorio, para examinar los órganos internos de la Joven pareja, voluntariamente o a la fuerza, convencido de que su tesis era la acertada y que tras aquellos análisis descubriría la confirmación aplastante. Por otra parte, se iba haciendo tarde. Dos de los soles que brillaban en el firmamento se hablan casi ocultado en su totalidad mientras que el tercero estaba ya a ras del horizonte. La luz esplendorosa del día, difundida por aquel triple candelabro, dejaba lugar a un maravilloso crepúsculo de múltiples coloridos, cayendo sobre el bosque cerca del cual había aterrizado la canoa-platillo, y los pantanos que se extendían hasta perderse de vista frente a los zagorianos.

Decidieron, en seguida, que sería conveniente descansar, abandonando toda clase de investigaciones hasta el día siguiente.

Wrim estaba seguro de no poder dormir, pero era necesario no atropellar los interesantes especímenes humano-vegetales a fin de granjearse su confianza.

Los exploradores y el piloto decidieron montar guardia, alternativamente, estableciendo un turno, a fin de estar precavidos, cosa elemental en un mundo desconocido, por cualquier cosa que pudiera acontecer.

Además, debían tener en cuenta el hecho de que aquella pareja joven, seguían mostrándose inquietos, nerviosos, y dirigían con cierta frecuencia angustiadas miradas hacia la espesura del arbolado florido.

Sin embargo, no pudieron convencerles de ir a dormir a la canoa-platillo. Se obstinaron en tenderse el uno al lado del otro, sobre la arena. Wrim no insistió más, tampoco en esta ocasión. Confiaba todavía en poder conducirles hasta la astronave, al día

siguiente. Allí, podría hacer las observaciones y revisiones que creyera oportunas.

Los tres astronautas se negaron rotundamente a que el sabio tomara también parte en la vigilancia nocturna, y el profesor fue a reposar en la canoa-platillo. Contrariamente a lo que creía, pudo dormir, si bien tuvo extraños sueños de raros seres humanos-plantas, así como de la sensacional conferencia que daría a su regreso, frente a la Academia de Urriza, capital mundial de Zagoro.

El piloto fue el primero en montar la guardia. Tebal le sucedió. Y al fin fue Holox quien se puso en su lugar de centinela.

Sabían ya que las noches en la Nueva Zagoro eran muy largas. En realidad, debían tener una duración, por lo general, de unas quince horas terrestres.

Los días eran desiguales y Wrim sacó la conclusión que esto se debía a la presencia de aquellos tres soles que brillaban en el firmamento de aquel planeta. Las fases debían ser verdaderamente complicadas, y su estudio, sin duda alguna, apasionante. Pero para ello sería preciso permanecer muchísimo tiempo en aquel mundo desconocido.

Mientras, Holox iba paseando sobre la arena. No había luna, pero en el firmamento brillaban miles de estrellas, y la atmósfera era muy pura.

Otros planetas del sistema, o sin duda de los tres sistemas que debían rodear a los tres soles, rodaban por el cielo. Todo aquello, reflejándose en las aguas tranquilas de los pantanos, formaba un espectáculo fantástico.

Pero, sobretodo, Holox, después de Tebal y del piloto, sufría el castigo del encanto del bosque florido.

Los zagorianos habían reconocido flores extraordinariamente parecidas a las que se cruzaban y brotaban del cuerpo de Tus y de Ci Dzu. Un aroma enervante brotaba de ellas, más fuerte todavía durante la noche, embriagando ligeramente al centinela.

Holox, como sus compañeros, permanecía a la defensiva. Aquel planeta era prácticamente desconocido en absoluto. Su aspecto nuevo, el encuentro con el renacuajo gigante, algunos animales enormes, algunos pájaros divisados a lo lejos y también de gran tamaño, indicaban bien a las claras una fauna bien peligrosa. Y además, no sabían todavía qué era lo que atemorizaba de aquella

manera a los jóvenes floridos.

La pareja dormía, suavemente abrazados entre sí, no muy lejos de la canoa-platillo. Los astronautas habían dejado el empleo del aparato para el profesor Wrim, prefiriendo dormir bajo las estrellas. Al otro lado de la canoa sideral Holox podía ver los cuerpos tendidos de Tebal y del piloto.

Iba y venía, fumando, para distraerse, el exquisito tabaco del mundo de Zagoro.

A veces, cediendo a su pecadillo secreto, sacaba de su cinturón la pequeña cantimplora que contenía la bebida que habían dado a beber a Ci Dzu y a su compañera para reanimarles, y echaba un traguito. Era el «Cinzano» tan apreciado en los bares de Urriza.

Urriza... Holox suspiraba al pensar en aquella ciudad.

Como todos los aventureros del espacio, sentía nostalgia de su planeta, pero, tan pronto lo pisaba, no tenía más deseo que volver a emprender un nuevo vuelo hacia las constelaciones lejanas.

A veces, también, acariciaba inconscientemente el arma de fuego atómico. Si bien el piloto ni Tebal no habían observado nada de particular, ambos habían experimentado la misma sensación: una impresión de angustia, de presencia insólita, a pesar del encanto de aquella noche mágica.

Holox se detuvo de pronto, frotándose los ojos.

Le había parecido que algunos arbustos no estaban ya en el mismo lugar que poco antes. De pronto, recordó la estratagema que suelen emplear los primitivos, en todos los mundos donde existen humanoides: disfrazarse de vegetales, mediante un paramento de hojas, a fin de poder sorprender al adversario.

Viejo hombre de experiencia de luchas planetarias e interplanetarias, a pesar de su juventud, Holox, no era hombre que se dejara sorprender por un procedimiento tan infantil. Tanto más cuando él creía que, en un mundo donde los humanos forman parte de los vegetales, el camuflaje era, por consiguiente, mucho más fácil de realizar.

Por consiguiente, se acercó. Los arbustos incriminados, si es que no había sido víctima de una ilusión óptica en medio de la semiobscuridad que le rodeaba, parecían muy prudentes. Holox avanzó hacia ellos, con el arma dispuesta. Nada se movía.

—Lindas plantas —comentó suavemente el zagoriano—, no será

tan fácil pescarme desprevenido. Si por desgracia tenéis la epidermis tan suave como la de Tus o los cabellos tan negros como Ci Dzu...

Alargó de súbito la mano, y aguantando con la otra la pistola dispuesta, palpó el primer arbusto. Pero bien pronto se tranquilizó.

El vegetal estaba bien plantado y él podía sentir, bajo sus dedos, el contacto característico de la corteza, la leñosidad del tronco. Sus hojas y sus flores no pertenecían en absoluto, sin duda alguna, a una raza semihumana.

Para tranquilizar su consciencia, Holox dio la vuelta a la canoa-platillo y examinó con atención a tres o cuatro matorrales que crecían a su alrededor. El resultado de aquella inspección fue concluyente. Se trataba, en efecto, de arbustos.

Y, sin embargo, Holox hubiera dicho que se habían movido de sitio.

Por otra parte, creía haber notado que los perfumes que emanaban de la jungla parecían haber aumentado de intensidad. El aire se había vuelto prácticamente sofocante. Holox respiró hondamente, y reemprendió su paseo, temiendo haber despertado a sus compañeros, pero, al comprobar que Ci Dzu y Tiis, por una parte, y los dos cosmonautas por otra, continuaban inmóviles, regresó hacia la orilla para poder respirar más a sus anchas cerca del agua.

Permaneció allí unos instantes, soñando, mientras fumaba un cigarrillo, y luego regresó hacia la canoa-platillo.

Se detuvo. No se trataba de un error. Ahora el aparato estaba rodeado por todas partes de arbustos floridos.

Holox vaciló todavía en despertar a sus compañeros. Decidió tomarse un traguito de «cinzano» para levantar la moral. ¿Era una alucinación o no? Empezaba a recelar de aquel mundo tan seductor de aspecto, pero tal vez hipócritamente peligroso.

Se dirigió hacia un arbusto, examinándolo de nuevo. No había lugar a dudas. El tronco se clavaba muy bien en el suelo. Las ramas floridas, múltiples, partían de un centro más bien delgado. Nada evocaba la silueta humana.

Pero Holox sabía que, a través de los mundos, se han descubierto, a veces, seres dotados de pensamiento que no están siempre animados e incluso en ciertas ocasiones bien diferentes de

la morfología clásica.

De nuevo, los perfumes que exhalaban las flores, le embriagaban. Respiraba con dificultad y comenzó a sentir la proximidad del espanto. Pero Holox era de aquellos que se defienden y luchan como es debido cuando tienen miedo, lo cual constituye el verdadero valor.

Volvió a dar un rodeo a la canoa-platillo, queriendo tranquilizarse.

Y entonces tuvo lugar el ataque.

Pasaba cerca de un arbolillo cuando las lianas, cesando bruscamente en su inercia, se lanzaron hacia él: fue cogido por el brazo y principalmente por el cuello. Un verdadero lazo de hojas y flores le estrangulaba literalmente.

Holox hubiera querido gritar, pero respiraba con indudable dificultad y el sonido del grito murió antes de alcanzar siquiera sus labios. Trataba en vano de poder respirar un poco de aire puro. Deseaba poder disparar el arma al aire, a fin de que sus amigos despertaran gracias a la detonación. Pero todo en vano. Una liana le apretaba fuertemente la muñeca mientras otra cogía delicadamente el arma.

Otras lianas se habían encargado de anular toda posibilidad de movimiento del cosmonauta. Este se debatía débilmente, estrechamente aprisionado, mientras seguía ahogándose.

Sus enemigos le depositaron entonces, con suavidad, sobre el suelo, donde fue sostenido por las lianas vivientes.

Y en la penumbra, vio...

Los arbustos se arrancaban del suelo donde habían estado verdaderamente plantados. Y los troncos se subdividían, sus ramas transformándose en extremidades.

Siempre medio estrangulado, Holox se preguntó si no se trataría de una simple pesadilla. Veía a los seres aquellos, que sin embargo no eran humano-vegetales como Ci Dzu y Tiis, que avanzaban sobre sus ramas-patas, agitando sus follajes, haciendo mover sus lianas.

Flores, flores por todas partes...

Las flores se desplazaban, transportadas por sus troncos movibles. Los monstruos florales empezaban a aplicarlas sobre los rostros de los que estaban durmiendo.

Holox comprendió, con desespero, que los misteriosos e

inteligentes vegetales pretendían entontecer, adormecer más bien a los cosmonautas.

Hizo esfuerzos realmente sobrehumanos para conseguir libertarse de los tres arbustos móviles que le aprisionaban con sus lianas. Estos debieron darse cuenta de su resistencia desesperada. ¿Cómo llamaron a sus congéneres? Holox no hubiera podido decirlo. Pero de pronto acercaron a su rostro, a su nariz, un verdadero ramillete.

El aroma intenso, tan agradable, terminó por entontecerlo. Todo comenzó a dar vueltas a su alrededor y zozobró, tras una última visión de las estrellas a través de las flores que hacían las veces de estupefacientes, en un analgésico local.

Cuando Holox recuperó el conocimiento, apuntaba el alba.

Wrim, Tebal y *él* piloto iban y venían desesperados, medio locos. La arena mostraba haber sido pisoteada por todas partes. Pero los adolescentes habían desaparecido.

El bosque había recuperado su aspecto habitual y los arbustos animados, ya no aparecían por allí. Holox se levantó trabajosamente. Saludó a sus amigos. Todos ellos presentaban todavía síntomas de la anestesia floral sufrida durante la noche.

Wrim, en el interior de la canoa-platillo, no se había enterado de nada y había sido el primero en despertarse. Había sido él quien despertó a Tebal y al piloto. Holox se despierta... Holox avanzó titubeante hacia el grupo, frotándose el dolorido cuello.

De pronto sus compañeros descubrieron la señal rojiza que le había dejado el lazo.

Trataron de comprender. Holox les contó lo que había sucedido, a partir del momento en que había sido sorprendido alrededor de la canoa-platillo. Los otros escuchaban con avidez. Al final, Wrim murmuró:

—Un mundo donde el vegetal es rey..., donde el hombre desciende, no del mundo animal, sino de la planta, contrariamente a las leyes conocidas en todas partes... Deben existir varios grados de evolución, sin duda alguna. Y el último eslabón de la cadena debe ser un ser parecido a nuestra joven pareja de ayer... Tebal le interrumpió, bruscamente:

—¡Atención! Algo se mueve, allí, en el follaje...

Los cosmonautas, instintivamente, prepararon sus armas de

fuego atómico.

Las ramas se separaron, y apareció Ci Dzu.

Estaba bañado de sudor, de polvo y de sangre. Algunas de sus lianas vivientes habían sido arrancadas, formando dolorosas llagas.

Lloraba. Instintivamente, los zagorianos se precipitaron hacia él, pretendiendo consolarle, y curar sus heridas.

Pero, rechazándoles, les mostró, con gestos vehementes, una dirección en el bosque, repitiendo con entrecortados sollozos, o a veces con cierta expresión de furor, el nombre de Tiis.

—Comprendo —dijo el profesor Wrim—. Los... bien, esos seres que Holox ha visto, se han llevado a Tiis, y a él también. Pero él ha conseguido escapar. Y ahora quiere que le ayudemos a librar a la muchacha...

—En este caso —dijo Tebal, sólo hay una palabra a decir: ¡en marcha!

CAPÍTULO III

Ci Dzu, sin duda, había comprendido que aquellos hombres, cuyo organismo no mostraba vestigio vegetal alguno, y muy parecidos a él, se conducían como buenos amigos. Por esta razón se había acercado espontáneamente a ellos, en medio de la desgracia que le abatía.

Por lo que no opuso resistencia alguna cuando se le invitó a tomar lugar a bordo de la canoa-platillo.

Los cinco pasajeros fueron rápidamente elevados del suelo, sin ruido alguno y el aparato permaneció inmóvil en la cima de los árboles.

Ci Dzu estaba visiblemente asustado por aquel método inédito de locomoción, si bien seguramente no debía conocer ninguno, según parece lógico, pero lo que le dominaba era el temor de haber perdido a Tiis.

—Ahora —dijo el piloto—, sería conveniente que consiguierais que os mostrara el camino a seguir...

Trataron de explicarse, de hacerse comprender, mediante una serie de raros gestos. Los tragaluces de la canoa, muy amplios, y orientados en todas direcciones, permitirían una perfecta visibilidad del suelo.

Debían hacer comprender a Ci Dzu lo que necesitaban de él, es decir, que guiara al piloto para que la canoa-platillo pudiera planear aéreamente por encima de la pista donde debían de encontrarse los raptos de la rubia Tus.

Ci Dzu estaba muy aturdido; sin embargo, demostró poseer una despierta inteligencia. Al fin comprendió lo que sus amigos trataban de decirle y agitando las manos, lo cual producía un desorden cómico en su vestuario-orgánico de follaje, señaló la dirección por

donde se habían llevado a su compañera, tras el supuesto trabajo para conseguir orientarse.

Holox había aconsejado volar a una altura moderada. La canoa-platillo era de dimensiones muy pequeñas, y les interesaba ir avanzando a través de los altos frondajes, dentro de lo posible. Así lo hicieron.

Deslizándose silenciosamente, el aparato iba avanzando, ligero como un gran pájaro, dirigido con una habilidad magistral por su piloto, un zagoriano de los más expertos.

Incansablemente, iban inspeccionando el suelo, a través de los tragaluces laterales y de los dispuestos en el mismo suelo de la canoa-platillo.

Fue Tebal que, de pronto, lanzó un grito.

—¿Qué has visto?

—¡Allí! ¡En el árbol! ¡Un hombre!

—¿Un hombre? ¿Estás seguro?

El piloto hizo retroceder la canoa-platillo que, sobre sus campos de fuerza, tomaba cualquier dirección sin importar desde que ángulo lo hiciera.

Pasaron una y otra vez alrededor del árbol incriminado, sin que pudieran descubrir nada de anormal.

—Hojas... flores..., flores en abundancia. ¿Has visto una silueta humana? —insistió Holox.

—No. No una silueta... sino un Postro... Sí. Estoy seguro...

Ci Dzu, que no había visto nada, comprendía, sin embargo, que debía suceder algo fuera de lo normal.

—Es una verdadera lástima —suspiró el profesor— que este muchacho florido no pueda prestarnos ayuda. ¿Has dicho un... rostro, Tebal?

—Sí, que salía en medio del follaje y de las flores.

Buscaron en vano y tras varios nuevos intentos se alejaron de allí.

Tebal les explicó que aquella fisonomía que había descubierto, netamente humana, le había parecido que no pertenecía a ningún cuerpo y que, casi en el extremo de las ramas más altas, emergía de un montón florido.

En efecto, allí, como es evidente, en aquella posición que Tebal indicaba, ningún cuerpo humano, bastante pesado, hubiera podido

mantener el equilibrio, puesto que las ligeras ramas que tenían la forma de arbusto eran extraordinariamente débiles para poder soportarlo.

Partieron de nuevo, charlando sobre este misterio.

Pero pronto su atención fue distraída por la aparición de aquellos grandes pájaros, que ya habían divisado en otra ocasión, si bien desde lejos.

Wrim fue el primero en descubrirlos y los observó sirviéndose de los prismáticos.

Ci Dzu permanecía obstinadamente atraído por el suelo. Buscaba en él a su compañera Tiis.

No obstante, cuando el profesor señaló los pájaros, se puso a chillar y a hacerle comprender, gracias a su mímica, que era necesario evitarles.

—Vaya —dijo el piloto—, no me importa desafiar a estos volátiles a que me fastidien el aparato. Este valiente Ci Dzu no parece darse cuenta de la potencia de nuestro equipo y...

Un cloqueo de Tebal le cortó la palabra.

El zagoriano, también, había dirigido sus prismáticos hacia aquellos pájaros, o lo que suponían tales pájaros.

—Los... los... Estoy soñando... He visto... Diríase que poseen rostros humanos...

Wrim no dijo nada y enfocó de nuevo los prismáticos en aquella dirección:

—Formidable —exclamó Holox, tras un instante de observación—. Creo que tienes razón. Pero sus cuerpos, sus alas... ¿Es que están transportando flores... y hojas para hacer sus nidos o para camuflarse o qué?

El profesor Wrim, murmuró:

—Has dado en el problema, Holox. Trasladan, has dicho, estos elementos vegetales. ¿Es que no comprendes?

—Sí —exclamó el explorador—. Todo como Ci Dzu y Tiis, ¿no es cierto?

—Querría poder responder a tu pregunta, afirmativamente. Pero antes debo comprobarlo. Pero me parece muy probable que ésta sea la verdad. Androfitos, así como zoófitos y ornitofitos, ¿qué sé yo? Aquí, las formas de la vida parecen depender de la planta. Incomprensible... y sin embargo...

—¡Observe esos pájaros! —dijo Tebal—. Nos han visto. Diríase que se conciertan.

Pájaros, humanos o plantas voladoras, aquellos seres misteriosos, que aparentaban el aspecto general de un pájaro, pero cuyas cabezas y extremidades tenían cierta tendencia a lo humano, sin tener en cuenta la aportación vegetal observada en los androfitos que revoloteaban por allí, en un enjambre curioso.

En efecto, mientras iban volando, «giraban» la cabeza hacia la canoa-platillo.

Debían considerar que aquel aparato insólito debía ser peligroso, puesto que, de súbito, desplegaron sus alas floridas y se lanzaron hacia el bosque, donde desaparecieron.

Ci Dzu se esforzaba por explicarse pronunciando unas palabras incomprensibles a los oídos de los zagorianos. Indudablemente, deseaba explicar algo.

Trataron de tranquilizarle y en efecto pareció satisfecho cuando el piloto enfiló la canoa hacia el suelo.

La canoa-platillo se posó un instante después, al pie de unos árboles inmensos.

Wrim no podía resistir más. Fue él quien había ordenado aquella maniobra.

—Amigos míos. Hay una cosa que no puedo llegar a comprender... Todo, en este planeta, debería depender del factor vegetal. Ahora bien, los árboles que observo, estas flores, estas plantas, estas hierbas, me parecen, si bien de raza desconocida, vegetalmente hablando, normales para crecer en un planeta de este tipo... A nuestra llegada hemos capturado algunos pequeños mamíferos, y vosotros eliminasteis un cuerpo de batracio gigante, que me habría gustado poder disecar... Necesito, para poder comprender, procurarnos un animal cualquiera, para radiografiarlo y estudiarlo seriamente.

—Pero, profesor —objetó Holox—, de esta manera perderemos un tiempo precioso.

—Mi querido Holox. Quiero combatir a esos seres-plantas que tan mal han tratado a Ci Dzu y han raptado a Tiis, el Maestro del Cosmos sabe por qué, tras haberos atado lindamente, mi viejo amigo. Pues bien, necesito conocer al enemigo para poder vencerle.

—Tiene razón, profesor.

Ci Dzu no parecía comprender fácilmente aquel retraso. Se le explicó que era necesario capturar un animal cualquiera. Pareció comprender y les guió a través de unas madrigueras donde los zagorianos consiguieron, sin mucho trabajo, gracias a los tubos paralizadores a chorro reducido, obtener dos pequeñas bestezuelas.

Una de ellas, una especie de tortuga del género gliptodon, que suele habitar en los planetas nuevos, y la otra un cuadrúpedo de aspecto carnicero, probablemente un felino en evolución, ya que tenía los dientes en forma de sierra como los «machairodus».

Wrim no cabía en sí de gozo.

Mientras los dos exploradores habían ido a la caza de los animales, él, ayudado por el piloto, había examinado tanto como le fue posible las plantas, con los aparatos que llevaba a bordo de la canoa-platillo. El zagoriano le había procurado también insectos en carapacho, enormes mariposas.

Wrim se frotaba las manos, entusiasmado:

—Plantas, insectos, animales «normales»... ¡Oh, amigos míos!... Esta Nueva Zagoro es, por consiguiente, perfectamente habitable y con nuestros coplanetriotas podremos establecer aquí la colonia deseada por nuestros dirigentes.

—Permítame que le diga, profesor, que nosotros suponíamos todo esto desde que llegamos y...

—Ya sé por donde vas, Holox. No ves qué interés puede tener la experiencia. Aquí va: en este mundo, hay, sin lugar a dudas, una raza aparte, una raza donde el vegetal toma diversas formas, pero, y aquí está lo que no puedo llegar a comprender, que evoluciona hacia lo humano. Yo me atrevo a suponer que existe una unión, un lazo, entre estas dos especies. Es posible que estos extraños pájaros, seguramente lo son, sean quizás los comparsas de los seres-plantas que casi han estrangulado a Holox, para poder llevarse a estos dos chiquillos androfitos.

Tras haber radiografiado minuciosamente el gliptodon y el machairodus, les soltaron, no sin antes haberles tomado un poco de sangre para hacer los correspondientes análisis. Estos animales huyeron rápidamente hacia su libertad una vez el efecto del rayo paralizador les dejó libertad de movimiento tras algunas horas.

Wrim se sentía satisfecho, al haber descubierto en ellos las formas absolutamente universales de la vida en evolución.

El sabio ardía en deseos de interrogar al joven Ci Dzu, quien habría podido explicarle, indudablemente, muchísimas cosas. Pero el compañero de Tiis estaba perturbado, a pesar de que le habían curado todas las heridas que presentaba en su cuerpo. Pensaba en aquélla que había perdido.

Holox y sus compañeros se esmeraban, a cada instante, en hacerle aprender los sonidos más rudimentarios de su lenguaje, en el cual hacía algunos progresos.

Pero de ahí a conversar...

Después de su pequeño curso de historia natural, el profesor Wrim dio la señal de marcha. Se dirigieron todos hacia la canoa-platillo. El piloto pidió de nuevo a Ci Dzu le mostrara la dirección a seguir, y el androfito trató de orientarse.

Holox y Tebal estaban ya en el aparato. Wrim, que subía tras ellos, recibió algo contra sus espaldas y rodó al suelo. En el mismo Instante, el piloto, que todavía estaba en el suelo, se puso a gritar y a pedir socorro mientras que Ci Dzu murmuraba unos sonidos incomprensibles.

Tebal iba a salir. Holox, al mirar a través del tragaluz, le detuvo:

—¡Un momento! ¡Nuestras alas!... ¡Mira, el enemigo, por lo visto, viene del cielo!

Una lluvia de extraños seres atacaba a los zagorianos. Venían, sino del cielo, por lo menos de la cima de los altísimos árboles. Y todos eran vegetales, si bien entre ellos los había de diferentes clases bien notables.

Unos eran los pájaros que habían observado un poco antes en el cielo. Otros se parecían a Ci Dzu. Androfitos aproximados, pero poco evolucionados, con las fisonomías prognatas, y sobretodo sus cuerpos todavía mal formados, como embrionarios. Muchos poseían rostros que, más que humanos, parecían simiescos, no tenían más cuerpo que unas formas talladas en unas ramas vivientes, con un tronco central, y con múltiples extremidades.

Unos eran totalmente leñosos, otros más rudimentarios todavía, otros pareciendo troncos inmensos, pero muy frágiles.

Y todo esto, junto, ofrecía una semejanza androide, con las cabezas en vía de hechura, las manos esbozadas, o un poco de carne velluda nacía de la epidermis pintada de clorofila.

Pero todos, sin excepción, estaban provistos de follaje y de

flores.

Y esto explicaba que hubieran podido atacar, acercándose tanto, sin que los demás se dieran cuenta, ni siquiera por el semblante de Ci Dzu, que siempre estaba receloso.

Las lianas vivientes, abundantes en aquellos extraños organismos, habían paralizado ya no sólo al joven androfito sino también al piloto y al profesor Wrim.

La situación parecía desesperada, pero cambió de pronto cuando Holox y Tebal salieron de la canoa-platillo de pies a cabeza, con las alas vibrátiles dispuestas en sus cinturones.

La cuadrilla zoofita se arrojó hacia ellos, pero no pudieron evitar cierto aturdimiento cuando vieron que los dos hombres emprendían el vuelo. Y al instante, los dos exploradores de la astronave «Z-43», abrieron fuego con los tubos atomizadores.

Se produjo una fantástica desbandada durante los primeros segundos. Pero, un instante después, los monstruos recuperaban el valor perdido y, en apretadas legiones, que llegaban de todas partes, del suelo, de los árboles, del cielo, se lanzaron contra los hombres voladores.

Wrim se debatía y gritaba como un condenado.

Tebal llegó en vuelo planeado sobre el grupo que sostenía prendido al sabio y con su terrible tubo descargó una ráfaga que consumió a una buena cantidad de aquellos demonios vegetales.

Wrim se levantó, deslumbrado y, llevado por la curiosidad científica, se puso a examinar los cuerpos en gran parte calcinados por los rayos atomizadores.

Comprobó, con estupefacción, pero ello venía a corroborar sus tesis, que la acción térmica mostraba unos resultados manifiestos: las modalidades de calcinación mostraban la doble naturaleza animal y vegetal de los seres aquellos. Carne abrasada, mezclado con hojas encogidas. Dos reinos en un solo ser.

Mientras, Holox había conseguido librar al piloto, que se debatía contra dos arbustos de garras amenazadoras, cuyos ojos inyectados en cólera, buscaban por todos los medios de conseguir llegar de nuevo hasta la canoa-platillo para procurarse algo con que defenderse.

Tras haber libertado a Wrim, Tebal molestó a un grupo, entre los

cuales unos androfitos, casi tan evolucionados como Ci Dzu, y que llegaban por el suelo junto a los demás, trataban de llevarse al adolescente.

Debieron retroceder ante la ráfaga de fuego térmico y Ci Dzu aprovechó aquella ocasión para librarse de sus cadenas.

Tebal revoloteaba por encima suyo para protegerle. De pronto, levantó los ojos y observó a Holox que estaba en apuros.

El explorador, gracias a sus alas, se elevaba y elevaba sin cesar. Pero una verdadera nube de seres voladores le rodeaba. Y Tebal observó, con horror, que las ramas, hojas y flores, que parecían desprenderse de los troncos de los árboles se lanzaban también sobre su compañero.

Su naturaleza particular les permitía permanecer invisibles hasta el último momento, y entonces, bruscamente, atacaban, dejando de formar unidad con el árbol para recuperar su peligrosa autonomía.

A pesar de todo, Holox les aventajaba. Las ráfagas de fuego atómico profundizaban produciendo boquetes en la masa de aquellos monstruos voladores, pájaros o insectos miméticos, de gran tamaño, verdaderos entomo-androfitos, con carapachos y antenas, hojas y ramas, e incluso flores sobre sus fisonomías de hombres o mujeres.

Aquellos terribles y alucinantes personajes trataban de atrapar al hombre volador, pero caían en grupos, heridos de muerte.

Sólo que siempre llegaban otros, siempre.

Holox chorreaba de sudor. Había conseguido vencer, una vez más, volando a diez metros del suelo, para rechazar un nuevo ataque en masa. Retrocedió contra el tronco de árbol. Un tronco liso, casi cilíndrico, en el cual parecía no debía temerse traición alguna.

Se apoyó confiado, y levantó su arma hacia un posible enemigo.

Pero de pronto algo silbó. El tubo atomizador le fue arrebatado, exactamente igual que le había pasado durante la noche donde había sido sorprendido durante la vela.

Comprendió, con horror. Las lianas vivientes se movían sobre el árbol. Un ser desconocido que se hallaba al otro lado le ataba sencillamente mediante sus extremidades interminables y floridas, pero fuertes y resistentes.

Holox buscó el cuchillo de su cinturón, para cortar la liana.

Cerró los ojos de asco.

Un líquido verde-gris brotaba a borbotones: la sangre.

Y aquel segundo fue su perdición.

Otras lianas descendieron hasta él, enroscándose alrededor de su cuerpo. No podía moverse ya, permaneciendo suspendido, en lo alto del árbol. Tebal, ayudado entonces por el piloto, por Wrim y Ci Dzu, quiénes habían cogido armas de la canoa-platillo, seguían luchando contra las legiones invasoras de aquellos monstruos cuya naturaleza ni siquiera el propio profesor Wrim podía llegar a determinar...

CAPÍTULO IV

Holox sudaba de angustia. Quizás también de rabia. Había caído en la trampa por segunda vez, y más o menos bajo las mismas condiciones.

Para poder apoyarse contra el tronco del árbol había detenido el movimiento de sus alas, y ahora, estrechamente mantenido por el enemigo que sentía detrás suyo, le era totalmente imposible conseguir libertarse.

Frente a él, veía revolotear de forma pesada a los monstruos, híbridos alucinantes por su doble naturaleza, e incluso triple, uniendo al vegetal con el animal, con ciertos destellos de humano más impresionantes todavía.

Todos parecían acoplarse para conseguir la captura del zagoriano. Manos de corteza, dedos floridos, se tendían ya hacia Holox. Rostros tallados en una masa verde imprecisa dirigían hacia él sus miradas que le atemorizaban. Comenzaba a sufrir los ataques de sus múltiples enemigos.

¿Qué querrían? Seguramente, matarle allí mismo.

Un ser enorme, extraño, volando también, una especie de planta-pájaro de tentáculos numerosos, se acercaba a Holox, quien vio que se le acercaba con una especie de hoja oval provista de diminutas y numerosísimas ramitas.

La hoja fue aplicada sobre el cuello del astronauta, desprovisto en aquel sitio del uniforme-armadura.

Holox se estremeció de asco, y de repente, se puso a gritar atrozmente.

Había sentido algo así como un dolor abrasador, como una quemadura. Aquel ser debía pertenecer a la raza de las plantas carnívoras y sus curiosas hojas poseían el poder de aspirar la vida.

Aprisionaba y mataba lentamente a los insectos que cometían la imprudencia de ir a posarse sobre él. En aquel momento aplicaba aquel tratamiento a Holox, reducido por completo a su merced.

El grito estremecedor del cosmonauta hizo levantar los ojos a Tebal. Este, que estaba luchando solo, se encontraba en muy mala situación para poder ir a prestarle ayuda. Estaba en una posición elevada, volando a siete u ocho metros del suelo para hacer frente a la horda voladora, mientras que los demás se batían sobre el terreno, rechazando y aniquilando los ataques cerrados de aquellos que llegaban sin poder volar.

Tebal intentó ir a prestar ayuda a Holox. Abatió a muchísimos monstruos, pero se vio obligado a retroceder por miedo a ser atrapado también por aquellos pájaros-plantas que se alzaban muy alto para probar de atacar al hombre-volador.

Holox, que sentía al vampiro aspirándole la sangre de su cuello, se debatía entre las ligaduras que le aprisionaban, sin conseguir obtener resultado alguno.

De pronto, Ci Dzu, abandonó el combate. Por lo menos en apariencia.

Mientras en el suelo, Wrim y el piloto seguían enfrentándose valientemente con aquellos diablos semivegetales, el adolescente se dirigió hacia el árbol donde Holox estaba atado, y comenzó a escalarlo. Estaba visiblemente decidido a ir a atacar al personaje que, desde el otro lado del árbol había atrapado tan traidoramente al zagoriano consiguiendo de esta manera inmovilizarlo.

Ci Dzu llegaba ya casi a la altura del enemigo, una criatura más arbusto que hombre, una especie de ser enorme provisto de numerosas ramas, largas y fuertes, cuando un hecho inesperado cambió totalmente el curso de los acontecimientos, y por consiguiente, de la batalla.

Una ráfaga de viento trajo hasta ellos un grito lejano, una queja o lamento inmenso, infinito, de resonancias verdaderamente lúgubres que los zagorianos, que jamás en su vida habían oído lamento semejante en ninguno de los planetas que habían explorado, se sintieron estremecidos hasta el fondo de sus almas.

Hubiérase dicho que un titán herido exhalaba su desespero, su sufrimiento, su dolor en una escala infinita y que llegaba hasta los hombres, exprimiéndoles el corazón, engendrando en ellos una

emoción indecible que se experimentaba por un estremecimiento desconocido, una melancolía de eternidad.

Incluso los monstruos que atacaban a los zagorianos, también parecieron conmoverse en extremo por el inmenso dolor que pasó por todos como el suspiro de un dios vencido.

Y sin consultarse entre sí, como obedeciendo a una señal, dejaron de atacar a los humanos, abandonando la plaza a una velocidad que rayaba en el pánico.

Atropellándose unos en el aire, los otros en los árboles o abajo en los matorrales, enredándose unos con otros o en los ramajes de los vegetales normales que formaban el bosque, embrollándose con sus extremidades-lianas, tropezando unas alas con otras, cayendo, moviéndose frenéticamente, abandonaron el claro en un tiempo record.

Ci Dzu iba a atrapar al que aprisionaba a Holox. Pero este ser, también se dio prisa en huir. Holox sintió que las lianas que le apretaban se aflojaban y no tuvo apenas tiempo para poner rápidamente en marcha el pequeño motor que accionaba las alas para así reemprender el vuelo sin estrellarse, a diez metros de distancia.

Descendió suavemente, en compañía de Tebal, reuniéndose a sus compañeros tan sorprendido como ellos mismos.

Wrim gritó:

—Se han llevado a Ci Dzu...

Pero el piloto le tranquilizó, mostrándole al joven florido que descendía del árbol al que había trepado, para intentar salvar a Holox.

El explorador zagoriano estrechó calurosamente las manos del androfito, que había tenido el valor de acudir en su ayuda. Y pudo leer en sus ojos negros y luminosos, una expresión que no era en modo alguno la de un monstruo, sino más bien la de un hombre joven y sano, a pesar de su inexplicable organismo provisto de lianas floridas.

Los zagorianos se encontraban, por consiguiente, dueños del campo de batalla. Habían conseguido salir de la lucha apenas sin daños, ya que los enemigos no poseían armas con que luchar.

Pero ¡qué espectáculo para sus ojos! Docenas de seres híbridos permanecían a medio calcinar por los fuegos atómicos de sus armas.

Wrim hubiera deseado poder permanecer más tiempo allí, a fin de poder examinarlos uno a uno. Por lo menos, pudo conseguir de sus compañeros que recogieran algunos cadáveres, entre los más característicos, para transportarlos a bordo de la canoa-platillo. De allí, se les trasladaría al

«Z-43»,

donde un laboratorio perfectamente organizado, le permitiría un estudio profundo de esta raza inverosímil.

El piloto, entonces, propuso regresar a la astronave. Tenían necesidad de curar sus heridas, y también de descansar un poco. Proseguir la expedición sería peligroso.

Wrim ardía en ansias de descubrir otros misterios, pero cedió a los deseos de los exploradores.

Ci Dzu les siguió sin rechistar y el pequeño aparato emprendió, a ras de los árboles, la marcha, lo cual daba a todos sus ocupantes la impresión de que navegaban sobre un mar de verdor.

Dos horas más tarde de este viaje, la canoa-platillo alcanzó su alojamiento-alveolar en los flancos de la enorme cosmonave llegada de Urriza. Allí, el comandante y todo el equipo en peso, acogieron a los exploradores con curiosidad y no tuvieron más remedio que relatar en seguida todo cuanto les había acontecido.

Ci Dzu, por supuesto, fue el objeto de la curiosidad general. Se familiarizó rápidamente y se acostumbró con gran habilidad a pronunciar ciertas palabras, siendo fácil comprender que entendía muy bien lo que se le explicaba.

Pero cuando el pequeño grupo se dirigió a tomar una ducha en común, Wrim, Holox y Tebal se dieron cuenta de que debido a su extraña naturaleza Ci Dzu debería ducharse «totalmente vestido». En realidad, estaba desnudo, pero perfectamente vestido gracias a aquel sistema «pilo-vegetal».

Por fortuna las instalaciones sanitarias de la astronave, estaban provistas de un sistema de ondas secantes que tenían la facultad de secar a los bañistas en muy pocos segundos.

Ci Dzu mostró cierta repulsión a penetrar en la cabina de la ducha, observando con manifiesta sorpresa cómo sus compañeros se quitaban sus respectivos vestidos.

—Debía creer —dijo Holox— que nosotros estábamos fabricados así, con ropa y todo, y que ésta formaba parte de nuestra epidermis.

Está aturdido, pobre muchacho...

Holox y Tebal le habían empujado ligeramente para que pasara por debajo de la ducha, divirtiéndose preguntándole si le temía al agua.

Con todo, la operación se llevó a cabo sin dificultades, y cuando los cuatro zagorianos estuvieron vestidos de nuevo, Ci Dzu se encontró dispuesto en el mismo tiempo gracias al procedimiento del secador automático, que había dejado su vestido-orgánico totalmente seco.

—Oye —hizo resaltar Tebal—, ¿no te parece que se marchita nuestro androfito?

—Sí, más que nunca. Las flores y las hojas pierden su brillo. Me gustaría saber si se les caen durante el otoño.

—Y si vuelven a brotar en primavera.

Wrim estaba verdaderamente apasionado por el caso de la raza que habitaba en la Nueva Zagoro.

Hubiera deseado proceder de inmediato a un examen fisiológico completo de Ci Dzu. Pero los exploradores le demostraron que el androfito, como ellos mismos, estaba a punto de caer rendido, decidiéndose, por tanto, de acuerdo con el comandante del «Z-43»,

dejar sus pruebas y ensayos para el día siguiente.

La larga noche del planeta transcurrió sin incidentes. Por prudencia, se había doblado la vigilancia y el sistema de radars, y sonars, y todos los detectores estuvieron dispuestos en permanencia, por si se presentara una incursión eventual de los androfitos, zoófitos, ornitofitos, entomofitos y otros híbridos que poblaban la Nueva Zagoro.

Ci Dzu, después de la lucha, había aceptado de buena gana la comida que le ofrecieron. Pero en seguida pareció excitarse al comprender que no partían de nuevo.

Pronunciaba repetidamente el nombre de Tiis.

Holox y Tebal, quienes eran ya muy buenos amigos del muchacho, le convencieron de la conveniencia de esperar hasta el día siguiente, y mientras, reposar. Ci Dzu estaba asustado. Había sentido algo de miedo de la gran masa que era la astronave. Y además, estaba inquieto por la suerte que pudiera correr su pequeña compañera, lo cual era bien lógico.

Wrim pensó que tal vez querría despedirse a la francesa, como vulgarmente se dice, a fin de correr en ayuda de su pequeña Tiis, por lo que le administró un calmante que le permitió dormir con sosiego hasta el despertar del nuevo día.

A punto de alba, Wrim ya pretendía someterle a una serie de experimentos: radio general, muestra de sangre, etc. Pero el androfito se debatía, como un pequeño diablo, repitiendo incansablemente el nombre de Tiis.

Holox intervino, persuadiendo a Wrim de dejar sus exámenes para más tarde. Ci Dzu parecía temer por la suerte de la pequeña muchacha florida. Se le veía angustiado. Por una razón desconocida, ambos jóvenes estaban perseguidos por los de su propia raza, o por lo menos, por especies cercanas, por no haber aparecido hasta entonces ningún androide tan perfecto como ellos.

Decidieron, pues, emprender de nuevo la marcha.

Como puede suponerse, ni Wrim, ni los dos exploradores, deseaban ceder su plaza. Y el piloto anunció que estaba dispuesto a viajar otra vez con todos ellos.

Los tres soles empezaban apenas a mostrar sus globos luminosos en el firmamento cuando la canoa-platillo abandonó de nuevo los flancos de la astronave. Y nuevamente, navegó por el mar inédito de verdura.

Wrim lamentó muchísimo no poder poseer todavía un aparato traductor mecano-psíquico. Los sabios de Urriza habían estudiado con ahínco la cuestión, pero no habían triunfado aún, y, por tanto, no tenían a punto el aparato que debía leer en los cerebros. Para ello hacía falta, según los sabios, sujetos particularmente dotados de telepatía y, quedaba fuera de dudas, que no era este el caso de Ci Dzu, quien, dejando aparte su curiosa particularidad pilo-vegetal, parecía un muchacho de constitución perfectamente normal, aunque poseyera un estómago que recordara el de las plantas carnívoras.

El sabio no había llevado a bordo de la astronave

«Z-43»

más que un traductor electrónico muy útil para los arqueólogos del espacio, y que podía descifrar los documentos más complejos, producto de unas lenguas evidentemente desconocidas, por lo poco que hubieron sido escritas.

Sin embargo, no era suficientemente perfecto para emplearlo sobre un ser humano... o casi. Y Ci Dzu no sabía escribir, lo que habría facilitado las cosas.

El piloto planteó una cuestión importante:

—«¿Qué dirección deberían tomar?».

Tebal sugirió la idea de regresar al lugar donde tuvo efecto la pelea el día anterior, pero Wrim opinó que Ci Dzu debía conocer suficientemente su planeta natal para poder guiarles.

Acudieron, pues, a él quien no tardó en comprender lo que se le pedía.

Gracias a una mímica verdaderamente expresiva, y medio articulando algunas palabras, consiguió decir:

—Ir... árbol grande... Tus... enferma... muy enferma...

—Creo —sugirió Tebal— que debe querer decir que Tus está en peligro.

—Seguramente será esto.

Invitaron al androfito a sentarse al lado del piloto. La construcción casi transparente de la canoa-platillo les permitía maniobrar fácilmente y acto seguido emprendieron la marcha.

Wrim estaba sentado entre Holox y Tebal.

Ahora, tras haber sido curados y después de haber descansado bien, los dos exploradores mareaban al sabio con una serie de preguntas, concernientes a la naturaleza de los androfitos.

—Está fuera de toda duda, que Ci Dzu, así como la gentil Tiis —afirmó el profesor de la Academia de Urriza, pertenecen a la raza humana. Son indiscutiblemente mamíferos. La razón de esos brotes florales en sus organismos... bien... debo confesar que no sé nada sobre este particular. Pero, he observado, que poseen ombligo, lo cual supone una gestación absolutamente normal.

—Un ombligo del que nace una liana —señaló Tebal.

—Sí, en efecto. Esto permitiría suponer que las ramitas floridas y provistas de hojas se desarrollan después del nacimiento.

—Como el cabello y todo el sistema piloso. —En efecto. Pero todo esto no explica nada. Lo más importante, señores (Wrim se creía estar haciendo un discurso en la misma Universidad) es el descubrimiento de los otros seres híbridos que habitan en la Nueva Z agoró. Los grados extremadamente distintos de curso realizado del reino animal indican incontestablemente una evolución de

acuerdo con el proceso conocido en el Cosmos. Pero ustedes habrán podido observar que existe una cierta tendencia hacia la humanización entre los seres, todavía en estado vegetal, anticipándose así al insecto, al pájaro, animales propiamente dichos.

—¿Lo cual significa, profesor? Wrim apoyó la cabeza en sus manos:

—Lo que dejaría suponer que esta evolución tiene un doble origen.

—Esto es nuevo.

—Inédito, señores. Insólito, desconocido, formidable. Pero si en la Nueva Zagoro, existe un mundo normal..., por ejemplo, observen estos pájaros: son, sin lugar a dudas, buitres, y persiguen a las palomas, lo cual es la prueba de un desarrollo normal de las formas de la vida... ¿Por dónde iba? ¡Ah, sí! Estaba hablándoles de la evolución de doble origen. El origen normal, es decir... ejem..., bien, nadie puede decir, exactamente, de donde viene la vida.

—Está aquí, y eso es lo importante —rióse Tebal, bromeando.

—Y todos los hombres evolucionados creen en un Creador divino —añadió Holox.

—Admitido, admitido, señores. Atendámonos a la vida que encontramos en todos los mundos, bajo distintas formas, pero casi siempre, en lo que yo llamaría: una presentación normal de los distintos reinos. Aquí, se trata de otra cosa: del ORIGEN, no de la vida propiamente dicha, sino de la aparición de estos seres fantásticos que convergen en el androfito, que posee una hibridación de base.

—¿Quiere usted decir que...?

—Que el humano principió antes de degenerarse. Sí, señores. Estoy seguro que no se trata de una convergencia sino de degeneración. Una razón desconocida hizo encontrarse al humano con la planta. Esto nos lleva... ¿a qué? Esto debió de suceder sin duda hará millones de años, tal vez miles de millones de años, y los años, como los días, son largos en la Nueva Zagoro. Nació un ser. Este dio vida (por partenogénesis, o por división, no lo sé), a otros seres que han ido evolucionando de distintas maneras. No olviden que todo esto debió de suceder cuando el planeta debía estar prácticamente terminando de formarse, es decir, que sus

condiciones climatológicas estabilizadas no poseían ya la acción formidable de los mundos en gestación bajo las formas todavía maleables de la vida. Los pequeños seres engendrados por el original...

—O por la pareja original —rectificó Tebal.

—Si usted lo prefiere..., pero existen plantas hermafroditas, lo cual podría explicarlo todo, por no decir la mayor parte de estas cosas que ahora apenas podemos entender. ¿Por dónde iba? ¡Ah, sí!... (Esta interrupción hizo sonreír a Tebal y Holox, quienes ya estaban acostumbrados a ver al digno sabio zagoriano perdiendo el hilo de sus explicaciones). Estábamos hablando de los pequeños seres. Unos son plantas, otros tienden hacia el insecto, pájaro...

—¿Pero, cómo? —exclamó Holox—. Pudo existir hibridación una vez. De eso a admitir que después el insecto, pájaro, pez o carnívoro se unieran a la planta...

—Eso sería, en efecto, inverosímil, Holox. Yo me siento inclinado también, como usted, en favor de la hibridación única. La que daría nacimiento al ser original. Nada más. Creo que estos «hijos», desde el origen, van tomando diversas formas. Van evolucionando de año en año, pero tan lentamente que, por mimetismo, llegan a parecerse a las razas animales con quienes conviven, siempre, eso sí, manteniendo ciertos caracteres hereditarios.

—Así, pues —dijo Tebal—, en las aguas del planeta puede haber peces que podrían mostrar a la vez un rostro humano y una cabellera florida.

—En efecto, Tebal. Como debe haber mariposas-flores, o sapos-flores. No los hemos visto todavía, pero los veremos...

—En conclusión —dijo Holox—, el original, es, si no hombre y planta, por lo menos animal y planta a la vez.

—Estoy absolutamente convencido, señores. —Semejante fenómeno es ignorado por completo en el Cosmos.

—Ignorado, pero no imposible, aunque no haya sido nunca observado. Tal vez haya habido una mutación PROVOCADA.

—¿Provocada? ¿Hace miles de millones de años?

—Mi querido amigo, Holox. Tenga presente que no somos ni los primeros ni los últimos a habitar en el Universo. ¿No hemos descubierto en distintas ocasiones, y en mundos hasta entonces

ignorados, huellas que indican unas civilizaciones desaparecidas desde tiempo inmemorial?

—Sí, desde luego. No lo olvido, profesor. Pero este planeta da toda la sensación de ser un planeta virgen y ciertas especies, como el renacuajo-plesiosaurio, indican y corroboran mi teoría de un estado relativamente reciente. Las especies vegetales, así como animales, también, por lo general.

—Entonces —repuso Wrim, que tenía solución para todo— admitamos que el planeta sirvió de campo de experimento, eso es todo. Guardó silencio durante unos segundos. Holox y Tebal estaban sumidos en un mar de reflexiones.

Tebal se preguntaba por qué los híbridos, cuya apariencia era parecida a las plantas, podían moverse tan bien. Wrim le recordó que la aportación animal que se suponía había tenido lugar al principio podría explicar la dotación de movimiento. Sin embargo, les indicó que era necesario recordar que los mixomicetos, los criptogamas se desplazan a su voluntad ayudándose de sus ramitas, sin arrelar definitivamente jamás.

Holox no podía salir de su asombro al pensar en semejante mimetismo.

Wrim añadió luego que los insectos miméticos y los camaleones, tan extendidos por el universo, evolucionaban también a la inversa reflejando el medio ambiente en que se encuentran, ya sea únicamente por la coloración o bien sólo por la forma. Por otra parte, él había creído, cuando fueron atacados por aquellos extraños seres, que se trataba de una invasión de «phasmes» gigantes.

—Pero de lo que no hay duda alguna —afirmó— es de que todos ellos formaban distintas variantes de una misma raza, de la cual Tus y Ci Dzu representan, estoy seguro, la cima.

—Seguramente, deben haber en este mundo otros seres androfitos tan perfectos como nuestros dos jóvenes floridos.

Holox avanzó una mano para acariciar la corona de Ci Dzu, quien estaba sentado delante suyo.

—Y, sin embargo, se marchitan. ¿Será una muestra de enfermedad? No obstante, él tiene un aire vigoroso, igual que Tiis, que también se marchitaba.

—No hago más que pensar en esto —afirmó Wrim.

Pero Tebal y Holox no pudieron saber nada más, puesto que a

través de los audífonos de la canoa-platillo, pasó un inmenso suspiro, aquel gran grito de angustia de un gigante herido que, la tarde anterior, les había librado de la invasión de los híbridos.

Todos palidecieron, y vieron que Ci Dzu empezaba a temblar. Le preguntaron. Dijo:

—Árbol grande..., grita..., sufre..., miedo..., miedo...

Señalaba el horizonte hacia el cual él guiaba a la canoa-platillo.

Holox sacó la conclusión que debían dirigirse a un lugar en cuyo camino se cruzarían con algún árbol excepcional, tal vez sagrado para el planeta, y que a su lado algún titán debía estar sufriendo.

Holox le preguntó suavemente:

—Hombre... Hombre grande... O animal... cerca del... ¿árbol?...

Ci Dzu parecía no comprenderle. Al final, Holox consiguió la respuesta esperada, tras haber insistido pacientemente.

—Árbol grande gritar...

Lo que les sumergió a todos en un nuevo abismo de insondables pensamientos.

La canoa avanzaba a una velocidad reducida. Susceptible, a voluntad, de obtener en el espacio una rapidez casi lumínica (servía de bote de salvamento en la astronave), estaba acondicionada en una atmósfera planetaria para desplazarse de acuerdo con un ritmo más bien moderado. De este modo habían tenido todo el tiempo deseado para observar los nuevos mundos donde los astronautas hacían descanso. Además, los zagorianos no deseaban avanzar sino con mucha prudencia, ya que estaban persuadidos de que en medio de aquel océano de hojas y flores, más de un par de ojos estaban observándoles. Pero ellos estaban en guardia.

Ci Dzu, interrogado, consiguió responderles que todavía estaban bastante lejos del lugar deseado.

Un poco más tarde, se detuvieron a descansar un poco. Ci Dzu, en el suelo se orientaba más fácilmente. Creyeron comprender que se encontraba algo desorientado y que, desde la canoa, no habría podido guiar a los astronautas tan bien como ellos deseaban.

Holox y Tebal, con las alas en la espalda, estaban preparados para cualquier eventualidad y el piloto no había abandonado su puesto, dispuesto a reemprender la marcha en cualquier instante.

Holox se recordaba a sí mismo amargamente, las traiciones de

las plantas vivientes y procuraba no tener que volver a pasar por aquella experiencia por tercera vez.

Observaron de nuevo algunos animales, plantas, insectos, que parecían obedecer perfectamente la ley natural de la evolución.

Wrim creyó que la conclusión cierta debía ser que los híbridos habitaban solamente en ciertas regiones de la Nueva Zagoro.

Confrontando sus deducciones con las de Holox, sacaron la conclusión de que: Tiis y Ci Dzu pertenecían a la raza misteriosa. Pero habían tenido que huir de sus semejantes por una razón que no podían adivinar por el momento. Los hombres voladores les habían descubierto muy a tiempo para acudir así en su ayuda.

Todo ello venía a corroborar que aquella joven pareja, cuando los exploradores les descubrieron, debían de encontrarse ya muy lejos de la región habitada por los seres-plantas, quienes se habían unido en masa para perseguirles.

Tebal, volando hasta cerca del borde de un pequeño riachuelo que corría bajo las ramas, creyó descubrir un ser acuático, pez enorme o tal vez un cetáceo, que poseía las aletas en forma de manos. No podía afirmarlo, pero Wrim, entusiasmado ante aquella novedad, aseguró que se trataba de una demostración suplementaria de su tesis.

Reemprendieron la marcha.

La jornada trisolar estaba ya bastante avanzada cuando el piloto observó, mediante el radar una masa desconocida en el horizonte. Hacía mucho calor y la niebla tapando el sol privaba la visibilidad.

Todos se inclinaron sobre la pantalla donde se dibujaba aquella cosa.

—Esto representa... una silueta humana.

—Muy groseramente, en todo caso.

—Sí, pero reconocible.

—¿Tal vez un ídolo?

—O el árbol gigante del que nos ha hablado Ci Dzu.

—Nunca, jamás —exclamó Holox—. Fijaos en las coordenadas. Esa cosa, posee las dimensiones de una colina. Trescientos metros..., cuatrocientos metros, aproximadamente. Nunca se ha visto en todo el Universo un árbol de tamañas dimensiones.

—Hum... hum... —se contentó en responder el profesor Wrim.

Tebal protestó:

—Te repito que debe ser un ídolo. He visto, en Abalamix VII y también en Phobos II, estatuas talladas en una montaña.

—Mirad —interrumpió Holox—. Ci Dzu lo ha visto.

El androfito temblaba e inclinó su rostro crispado, cubierto de sudor, hacia la pantalla donde la aparición de aquella imagen debía de parecerle inexplicable y sin duda terrible.

Holox tuvo que calmarle y tranquilizarle mediante amistosos golpecitos en la espalda a los cuales su naturaleza algo ruda era sensible.

—Es un chiquillo —dijo el explorador—. Joven de edad y joven de raza... Tiene miedo de este... pero bueno ¿qué será esto?

—Te digo una vez más que es un ídolo —repitió testarudo Tebal.

—Ya lo veremos —dijo filosóficamente el piloto—. ¿Debemos continuar?

Juzgaron más prudente zambullirse debajo los árboles, y la canoa aterrizó. Ci Dzu era presa de un profundo problema. Comenzaba a mezclar las palabras zagorianas con su propio idioma, al repetir las cosas que sus compañeros no podían entender más que cuando pronunciaba el nombre de Tus, en quien, por lo visto, estaba pensando siempre.

Sin duda alguna debían de encontrarse ya cerca del lugar de destino y Ci Dzu lo confirmó así todo lo claramente que pudo.

Holox decidió:

—Quédate. Yo voy a dirigirme hasta allí, volando, para estudiarlo un poco.

—Te acompañaré —dijo Tebal.

—No, amigo mío. Quédate aquí y vela por nuestros amigos.

Los tres soles enrojecían y empezaban a ocultarse en medio de una nube inmensa, engendrando un crepúsculo de increíble belleza, cuando el explorador emprendió el vuelo.

Recorrió una distancia bastante considerable, no tardando en distinguir sobre el horizonte la cosa que les había llamado la atención. De súbito, comprendió su error inicial al pretender negar la verdadera naturaleza de aquel gigante en forma de hombre.

¡Era, sin lugar a dudas, un árbol!

¡Pero, qué árbol!

Monstruo vegetal formidable, levantaba su tronco, de unos cien metros de longitud, sobre la masa de verdor. Debía estar arrelado

en una colina que Holox no distinguía aún, lo cual le daba todavía el aspecto de más altura. En seguida, Holox descubrió que la base del tronco era doble, representando groseramente las piernas. Estas, deberían medir, una y otra, un centenar de metros también.

Y a uno y otro lado de aquella enorme masa, una cabeza muy poblada de hojas, evocando un sauce formidable, dos grandes brazos, se elevaban hacia el cielo, dos ramas inmensas, tendidas en una súplica eterna de angustia, como una plegaria.

Todo esto estaba cubierto de corteza, según vio Holox, y de un follaje abundante y florido, que evocaba perfectamente la vegetación de los híbridos y de los androfitos.

Otra vez más, la tercera, Holox sintió estremecerse hasta lo más profundo de su ser, al oír llegar hasta él, aquel gran suspiro doloroso. Pero todavía se resistía a creer lo imposible, a pesar de las torpes afirmaciones de Ci Dzu.

De pronto, creyó ser víctima de una alucinación. Pero no. No se equivocaba. Continuó volando y, tomando sus prismáticos, observó con avidez.

Era cierto. Era un árbol, un árbol de una talla desconocida en el Cosmos.

Y aquel árbol se quejaba. Y aquel árbol se movía. Débilmente, es cierto, pero torcía sus brazos elevados al cielo, se movía sobre su tronco y sobre sus piernas, dando la impresión de un dios encadenado, que trata de escapar a la implacable cadena de la tierra donde está plantado...

CAPÍTULO V

Holox se sentía devorado por la curiosidad. Quería saber, a todo precio, y, ahora no retrocedería por nada.

Sin embargo, como buen explorador zagoriano, instruido por numerosas expediciones espaciales y planetarias, sabía muy bien que era preciso obrar siempre con prudencia, por lo que resolvió esperar, para llegar hasta el mismo árbol, a que la noche fuera completa.

Se ocultó, pues, como un pájaro, en la copa de un inmenso vegetal, de cien metros de altura, un enano en comparación del titán que dominaba la Nueva Zagoro. Permaneció allí, oculto entre el follaje, gran conocedor después de tantos años de experiencia, de técnicas de toda clase de camuflaje.

Se contentó con ponerse en contacto con sus amigos mediante su radio personal, a fin de indicarles su intención de no regresar hasta después de haber realizado una inspección en toda regla. Tebal le rogó que redoblara todas las precauciones.

Los tres soles desaparecieron tras el horizonte. Las estrellas brillaban en su lugar, en miríadas resplandecientes.

Holox temía haber sido descubierto, pero al no ver a ningún híbrido vegetal-animal que hubiera descubierto su presencia, decidió ponerse en marcha.

Una vez alzado el vuelo, sintió un estremecimiento.

La alta silueta del gigante aparecía en medio de una claridad absoluta, bañado de resplandores rojos danzantes, que subían desde el suelo e iluminaban por lo menos su parte inferior. No se movía ya, como un prisionero que ha comprendido la ineficacia de sus esfuerzos, pero por instantes, Holox, podía escuchar todavía sus inmensos suspiros que exhalaba aquel ser extraordinario.

Una especie de murmullo subía de la tierra donde crecía el gigante. Holox sacó la deducción de que debía encontrarse allí alguna concentración de gente. Los híbridos, sin duda, y tal vez también otras criaturas todavía desconocidas.

El explorador siguió volando, intentando acercarse al árbol con las máximas precauciones. Revoleteó unos instantes en el cielo nocturnal. Pensó que no debían verle apenas, pero se arriesgaba a ser descubierto al llegar a la zona realmente iluminada por aquellos fuegos rojizos que parecían encendidos en el suelo, alrededor de todo el árbol mayor.

Se estremeció de pronto al descubrir, bajo las estrellas que le iluminaban ligeramente, una bandada de pájaros negros, que se dirigían lentos, hacia el mismo lugar donde iba él.

Instintivamente, había llevado su mano al arma del fuego atómico. ¿No serían acaso monstruos de aquellos, medio plantas medio pájaros, como los que habían podido ver el día anterior en la contienda?

Eran cinco o seis y, si llegaba el caso de tener que pelear, debía estar preparado.

Pero bien pronto comprendió, después de haberse acercado a ellos para examinarles, que en efecto eran pájaros, simplemente de aquellos volátiles que suelen verse en los planetas jóvenes y que anuncian al mamífero. Un género de pterodáctilos que poseían todavía las alas membranosas de sus predecesores, salidos de los saurios.

Seguramente, podían ser peligrosos, pero estaba seguro que en este caso lo serían mucho menos que los híbridos.

Y esto le dio una idea al joven zagoriano.

Tomó más velocidad y se reunió a la horda volante. Siguió el camino de aquéllos, manteniéndose un poco retrasado. Los extraños volátiles no se ocupaban de él y bien pronto pasaron debajo del árbol.

Desde abajo, le confundirían con los pájaros. Holox no pretendía nada más. Por sí solo tal vez hubiera llamado la atención. Mezclado con aquellos pájaros, se mantenía en el anonimato.

Pero descubrió en una región desnuda alrededor del árbol, en un círculo de dos mil metros de diámetro, aproximadamente, una verdadera muchedumbre. Aquí y allí estaban encendidos varios

fuegos, proyectando su resplandor hacia el árbol inmenso, lo cual le permitía poder observar perfectamente a aquel gentío.

Holox reconoció a los híbridos, insectos-plantas, pájaros-plantas, reptiles-plantas, animales-plantas. No había duda de que podían contarse por miles y miles.

Y entre aquellos, los androfitos, exactamente parecidos a Ci Dzu y a Tiis, humanos de ambos sexos, envueltos en su sistema pilovegetal, todos recubiertos de flores y hojas.

Holox, que se servía de sus prismáticos mientras volaba, pudo descubrir un gran número de éstos. Los había de todas las edades, desde el niño hasta el anciano, lo cual indicaba, tal y como lo había presentado el profesor Wrim, que era una raza de mamíferos evolucionados, pero conservando todavía sus vestigios de su origen semivegetal.

Sin embargo, Holox, por su parte, llegó a una conclusión que estimó de suma importancia. Aquellos androfitos diferían de Ci Dzu y de Tiis en dos particularidades. O más bien, tras reflexionar en ello, debían ser los dos jóvenes quienes diferían de los demás, lo que indicaba tal vez el motivo de las persecuciones de qué eran objeto por parte de sus congéneres.

Desde luego, las hojas y las flores de todo aquel pueblo se mantenían extremadamente vivaces. Los follajes humanos tenían una hermosa brillantez y Holox imaginó que en pleno día debían ser espléndidos. En cuanto a las flores brotaban sobre los vivientes con una magnificencia raramente alcanzada por las plantas normales de por sí. Ni uno solo de los androfitos que allí se veían, mostraban «marchitarse» como habían observado les sucedía a los dos adolescentes.

Además, las lianas vivientes eran móviles. Se movían, oscilaban levantándose o tendiéndose según los androfitos, mientras que los protegidos de los zagorianos estaban provistos de ramitas vegeto-humanas, pero totalmente inertes, no constituyendo más que un simple ornamento que reemplazaba el sistema piloso normal.

Holox comprendió que Ci Dzu y Tiis constituían las excepciones, tal vez las variantes, de la raza.

Mientras, siguiendo todavía a los pájaros, se lanzó en vuelo hacia el árbol. Y a medida que iban acercándose, no salía de su asombro al ver las dimensiones y el aspecto extraordinario de aquel

vegetal de un género totalmente desconocido en la galaxia.

Inmenso, desde luego, y Holox no se había equivocado al calcular aproximadamente sus dimensiones. Era, desde luego, un árbol, un coloso de corteza, plantado sobre un doble tronco que dibujaba groseramente la forma de unas piernas humanas. Volvió a contemplar el tronco central pujante, coronado por la cabeza y flanqueado por dos enormes brazos que permanecían en la posición de tendido hacia el firmamento.

Ninguna rama secundaria brotaba de aquella masa fantástica, más que hojas y flores en abundancia. De pronto, Holox comprendió que aquellas representaban, como en los androfitos el sistema piloso que vestía igualmente al titán de la Nueva Zagoro. Taparrabos, túnica, corona, echarpes enormes le envolvían.

Pero, revoloteando en torno al árbol, como un moscardón, mezclado entre los grandes pájaros que giraban también en torno al coloso, Holox quedó fascinado por lo que estaba convencido debía ser el rostro del árbol.

Ya que, en la enorme bola leñosa que figuraba la cabeza, podía descubrirse el semblante de una faz humana.

Un rostro que le decía «algo» al explorador de Zagoro.

Aquel mostraba la fisonomía de un hombre de rasgos más bien rudos, pero no carentes de belleza. Los cabellos-hojas nacían bastante abajo de su frente, acentuando la impresión general de rudeza morfológica.

Pero aquel rostro no parecía fijo. Daba la sensación de vivir, y Holox podía leer en él una profunda expresión de sufrimiento.

Oyó, desde muy cerca, el gemido del coloso. No se hubiera atrevido a jurar que aquel no salía de los pliegues de la corteza que dibujaban la boca, pero no se atrevía a afirmarlo.

Sin embargo, ¿no acababa de verle mover lo que debían ser los labios?

Audazmente, se elevó, abandonando el vuelo de los demás pájaros que, rodeando el árbol, se perdían en la noche.

Holox siguió elevándose, más y más. Y cuando estuvo a la altura de la unión del brazo con el tronco, en lo que debería constituir el hombro izquierdo del titán, se detuvo, posándose en él, parando el motor de sus alas vibrátiles.

Respiró un instante. Aquellos velos humanos eran muy

fatigantes debido al esfuerzo permanente de los pulmones del hombre volador, proyectado a rostro descubierto en plena atmósfera, a veces, a unas velocidades verdaderamente notables.

Holox recuperó al fin el aliento.

Observaba sirviéndose de los prismáticos.

Observaba el espectáculo más extraño jamás descubierto durante sus excursiones galácticas. Un pueblo vegetal rodeaba en círculo el tronco del Árbol-Dios, pero Holox lo descubrió con estupor en los instantes que siguieron, un pueblo que adoraba un dios trabado, aprisionado al suelo por sus propias raíces, y que, tal vez, sufría en un sueño multimilenario.

Los androfitos iban y venían. Holox, con los prismáticos en los ojos, podía observarles a sus anchas. De esta manera no sentía miedo alguno, persuadido de que aquellos extraños seres no osarían jamás acercarse tanto, tan íntimamente, al coloso. Sin duda, debía haber cometido un sacrilegio al ir a posarse sobre él, pero aunque le descubrieran por casualidad, desde abajo le tomarían por un pájaro de gran tamaño, simplemente, y sus alas terminarían de formar dicha ilusión.

Holox creyó oír respirar al dios. Bajo aquella corteza palpitaba una vida, que no era en absoluto la vida lenta de un vegetal. No. El Árbol vivía bajo otro ritmo y Holox pensó que el profesor Wrim tal vez había adivinado la verdad cuando habló, respecto a las razas androfitas y asimiladas, de un origen vegetal, encontrando el origen puramente bio-animal.

Aquel formidable monstruo, aquel Árbol, coloso, fenómeno, o dios, ¿no sería el Creador, el Padre de los inverosímiles híbridos que pululaban por el planeta?

Los androfitos le parecían, sin embargo, muy primitivos. Sin embargo, conocían el fuego. Pero parecían poco industriosos.

En un determinado momento Holox vio toda una teoría de hombres-vegetales que se dirigían hacia las hogueras. Los demás, seres infinitamente más inferiores en el reino vegetal-animal, les seguían, pero era fácil adivinar que, a pesar de ciertos caracteres humanos que aparecían bizarramente en medio de las características de las razas animales que se mezclaban a su naturaleza específicamente botánica, no eran más que auxiliares, ganado.

Por otra parte, Wrim había examinado algunas de las especies transportadas a bordo de la astronave

«Z-43»,

sacando decididamente la conclusión de que existía un margen formidable entre los androfitos propiamente dichos y todos los híbridos que no eran, sin duda, más que los vestigios de sus antepasados.

Pero todos, Holox cada vez estaba más convencido de ello, debían haber nacido del Árbol. ¿Qué edad debería tener, pues?

Mientras, los hombres floridos llegaban, blandiendo las antorchas encendidas. Y Holox les vio aplicar aquellas llamas ardientes contra los «pies» del coloso, alrededor de sus «tobillos», aquellas masas leñosas gruesas como cien secuoias.

Un estremecedor gemido se elevó hacia el cielo y Holox pudo sentir estremecerse al Árbol. Levantó los ojos y vio acentuarse la expresión dolorosa de su rostro. No pudo evitar sentirse rudamente impresionado, como por un seísmo interno, como si el Árbol hubiera sido un humano torturado.

En realidad, él adivinaba que de esto se trataba.

Observando el suelo y la base con sus prismáticos le era bastante difícil poder contemplar bien los pies del coloso, groseramente formados y que debían medir de veinticinco a treinta metros. Pero descubrió muchas manchas negruzcas. Se estremeció.

Aquellos bárbaros, aquellos ignorantes, tenían una manera muy particular de rendirle culto a su ídolo: martirizándole.

Durante siglos y siglos, sin duda, debieron comprender que vivía, que resistía el dolor.

Entonces debió nacer aquella religión inhumana. Señalaban al Árbol mediante el fuego, en pequeñas señales minúsculas frente a su talla formidable. Aquel se movía, estremecía, aullaba y, sin duda, los brujos sin escrúpulos aprovechaban estos gemidos para dominar al pueblo androfito, en nombre de un dios del cual pretendían interpretar los gemidos.

Holox, nacido en un mundo de espíritu avanzado, donde los zagorianos esperan la revelación de un Dios de Amor Infinito, se sintió sublevado por aquellas prácticas, apoyadas en una superstición de la más baja estofa, explotando la credulidad popular.

Aquel Árbol, aquel coloso encadenado, quien sin duda debió dar la vida a todo un mundo, era víctima de este mundo. Le torturaban poquito a poco, empleando sus reacciones en ceremonias sacrílegas. Y el noble zagoriano, el soldado del espacio, el caballero llegado de tan lejos, portador de aquella señal inefable del Maestro del Cosmos en el cual creían en todas las galaxias de todos los Universos, Holox emocionado hasta casi caérsele las lágrimas, sintió crecer dentro de sí un sentimiento de piedad y de amor profundo hacia el gigante dolorido.

De pie en la «espalda» extendió los brazos con todas sus fuerzas contra la pared de corteza que tenía frente a sí, y que era lo que formaba el cuello.

Y, muy cerca de él, posó sus labios contra la carne del Árbol, en un impulso de fraternal compasión.

Y el Árbol sintió la caricia del Hombre. Y lanzó un grito inmenso, que hizo retroceder a todos los androfitos, quienes no debían haber oído jamás un grito semejante, ni voz parecida, y Holox se sintió invadido por una paz de alma que rayaba en la beatitud, aquella que penetra con un dulzor espontáneo en el corazón del hombre que ha estado muy cerca de otro corazón en el Universo.

Holox olvidó donde se encontraba, aquel pueblo monstruoso y los peligros que podían presentársele todavía. Un vértigo desconocido le invadía, puesto que había sentido vivir al Árbol, ya que, sentía, bajo la corteza, el palpar de un corazón, lo que le demostraba que no se trataba únicamente de un vegetal maravillosamente tembloroso al sentirse invadir por un mar de pensamientos todavía confusos, pero nobles y convincentes.

Pensamientos que venían del Árbol, y que llegaban a Holox, como un incienso de alegría. Después de espacios incalculables de tiempo, el Hombre y el Árbol se habían comprendido.

Pero los alaridos ascendían del populacho de los androfitos. Y Holox, temblando de nuevo, pero ahora de miedo, se inclinó y sirviéndose de sus prismáticos, observó con atención a la muchedumbre formada por aquellos extraños seres floridos.

Les vio amontonar pedazos de ramas secas, como si pretendieran constituir una hoguera gigantesca, mucho mayor que las demás. Y vio también al grupo que llegaba, compuesto únicamente por

mujeres.

Todas ellas parecían bellas, y sus flores naturales brillaban de manera incomparable.

Pero, entre diez de ellas, sostenían sobre sus brazos un cuerpo humano que transportaban con manifiesto triunfo. El cuerpo de una jovencita.

Una androfita también, pero casi desnuda, porque sus lianas no vivían ya, sino que colgaban inertes lamentablemente marchitas, descubriendo la gracia y la pureza de su cuerpo.

Holox reconoció a Tiis, que las bellas sacerdotisas transportaban en dirección a la hoguera que terminaban de construir.

Creyó que su corazón dejaba de latir. Solo, no podría hacer mucho contra la monstruosidad que se estaba preparando. Entonces, sacó de su bolsillo su aparato de radio portátil y, llamando a la canoa-platillo, pidió a sus amigos que se prepararan a pelear.

CAPÍTULO VI

Mientras, Holox esperaba. La canoa-platillo era un aparato más bien débil para intervenir contra aquella horda. Pero por lo menos, esperaba que su carácter mecánico insólito pudiera impresionar a los androfitos e híbridos.

Cuando tuvo lugar el combate el otro día, la canoa estaba inmóvil, lo cual no debió de producir ningún efecto a los asaltantes. El aparato en pleno vuelo sería seguramente mucho más eficaz, tanto más, cuando el tiro atómico, vería su intensidad sensiblemente aumentada.

El Árbol había salvado una vez a los zagorianos. Holox no podía olvidar que fue precisamente su gemido lo que había dado la señal de retirada del enemigo, los seres-plantas por lo menos los más primarios que, sin duda, deberían tener que acudir cada vez que oían su inmensa voz.

Sin ello, se decía para sí el explorador, sólo Dios hubiera sabido cómo habría terminado aquel combate.

Mientras, desde su escondite en las alturas, seguía observando con los prismáticos el desarrollo de los preparativos que se efectuaban al pie del Árbol. No quedaba la menor duda de que se estaba preparando un holocausto, que era ya inminente, y el zagoriano se decía, con temor, que la dulce Tiis sería quien haría de víctima.

¿Qué crimen debía haber cometido, pues? Sabía por experiencia que la superstición castigaba sin conmisericordia en todas las razas androides de la galaxia y que era necesario para los espíritus elevados luchar denodadamente contra ese cáncer moral. En todas partes, los humanoides encuentran los pretextos necesarios, que disfrazan con un falso ideal, para torturar, destrozar y sacrificar a

sus semejantes.

Y este debía ser, sin duda, el caso. Tiis y Ci Dzu, amenazados, debieron huir. Holox se preguntaba si no debían ser víctimas, simplemente, de su mutua ternura, si los androfitos no les reprocharían aquel crimen de amor.

Sin embargo, debía existir otra razón y él no podía apartar de su mente aquel extraño fenómeno de las lianas floridas e inertes, marchitas, en los dos jóvenes, en contra de sus congéneres que lucían las lianas plenamente vivaces y móviles.

Por fortuna, los androfitos no parecían tener mucha prisa. Holox tuvo la sensación que la elevación de la hoguera se efectuaba de acuerdo con unos ritos muy complicados y bizarros y esta circunstancia retrasaba el momento en que la desgraciada jovencita sería arrojada a las llamas.

Comprendía la angustia de Ci Dzu, desde el momento en que los seres-plantas hubieron raptado a la muchachita. Él sabía, sin duda, qué clase de suerte le esperaba.

Con el corazón encogido, Holox contemplaba a Tiis. La pobre chiquita no podía siquiera sospechar que su amigo estuviera tan cerca de ella, y que estaba haciendo todo lo posible para salvarla. Sin duda, ya no se hacía ninguna ilusión y, en aquellos momentos, debía estar pensando en aquel a quien amaba, felicitándose sin duda de que hubiera podido escapar por lo menos él, al horrible suplicio que le aguardaba.

Un ligero tintineo de repique avisó a Holox, quien sacó de su bolsillo el micro.

Wrim le llamaba, anunciándole que la canoa estaba ya muy cerca, ocultándose a menos de mil metros de distancia, bajo la espesura, dispuesta a intervenir. El tubo atómico de gran potencia estaba apuntando a la muchedumbre. Por otra parte, de acuerdo con Tebal y el piloto, el profesor estimaba que el peligro era grande por lo que habían enviado una llamada de socorro a la astronave «Z-43».

Sin embargo, el comandante, ante la delicada maniobra de la inmensa nave, construida para moverse en el espacio, y no para realizar combates terrestres, había decidido enviarles un comando compuesto de tres canoas-platillos con quince hombres sólidamente armados.

Holox respiró de alivio. Con todas aquellas fuerzas conseguirían derrotar hasta el último de aquellos androfitos y zoófitos.

Pero no debían precipitar los acontecimientos. Así lo expresó, cuidándose de enviar él mismo un mensaje a la astronave. Las canoas, como aquella que conducía a Wrim, Ci Dzu y Tebal, debían acercarse con prudencia. Holox no quería a ningún precio crear el pánico entre los autóctonos, a fin de no verles desaparecer llevándose a Tus con ellos.

Un sentimiento algo paternal nacía dentro de él, hacia la encantadora androfito. Hubiera dado su vida para salvar la de ella y no cesaba de observar continuamente el lugar donde estaba preparándose el sacrificio.

Las sacerdotisas habían colocado al fin a Tiis en una especie de litera que, según observó Holox, estaba compuesta de híbridos pertenecientes a los más primitivos. Aquellos monstruos, vegetales a penas evolucionados hacia el insecto, formaban un montón horrible y sin embargo magnífico, debido a las numerosísimas flores que cruzaban sobre sus organismos primarios.

De pronto, un androfito de gran altura, se acercó hacia el Árbol y se puso a vociferar agitando una antorcha. Otros siguieron, tras él, repitiendo el gesto y lanzando las antorchas encendidos hacia la hoguera que comenzaba a prender.

Entonces un silencio estremecedor rodeó el ambiente. Desde lo alto, Holox oía el crepitar de la leña seca. Las sacerdotisas, ordenadamente, se acercaron de nuevo a Tiis y, otra vez, la transportaron en brazos.

Holox, con el corazón horriblemente oprimido, comprendió que el momento tan temido se acercaba.

Las hermosas sacerdotisas iban a precipitar sencillamente a Tiis entre las llamas.

Tomó el micro entre sus manos, llamando a la canoa.

El Árbol lanzó un grito mucho más fuerte que ninguno oído jamás por Holox. Al mismo tiempo, se torció sobre su doble base, haciendo crujir toda la corteza que le recubría, que se resquebrajó al movimiento y Holox tuvo la sorpresa de verle sangrar. Grandes gotas verdes brotaban de su epidermis-corteza, y su enorme brazo descendió, tratando de llegar hasta la hoguera.

Inverosímilmente, el Árbol se daba cuenta del monstruoso

crimen que iba a cometerse e intentaba desesperadamente acudir en ayuda de Tiis.

Sólo que el movimiento fue tan brusco que Holox, que estaba en su espalda, perdió el equilibrio y fue arrojado al vacío.

Perdió el micro en la caída y tuvo un reflejo de paracaidista.

Presionó el conmutador que ponía en movimiento su sistema de alas.

Ello requería algunos segundos, durante los cuales el zagoriano iría a estrellarse contra el suelo, del cual estaba a menos de doscientos metros.

En medio del resplandor inmenso que subía de la hoguera central, los androfitos le descubrieron y las sacerdotisas vacilaron en arrojar a su víctima a las brasas.

Esto salvó a Tiis, por lo menos provisionalmente.

Holox no podía esperar más. No debía vacilar. Arriesgando su propia vida, cuyo único fin era salvar la de la jovencita de lianas marchitas. Llegó, caballero volador, irresistible y formidable, disparando su fuego atómico que hirió a las malvadas mujeres, derrotando a tres de ellas, hiriendo a otras cuatro, que huyeron gritando como condenadas. Tiis, abandonada de sus soportes vivientes cayó al suelo, frente a la enorme hoguera que crepitaba peligrosamente.

De súbito, los androfitos se agitaron enloquecidos, pero la reacción fue rápida. Todos aquellos que podían volar, pájaros o insectos, se lanzaron al asalto del hombre volador.

Holox se vio rápidamente rodeado, y giró sobre sí mismo, disparando sin cesar el tubo atómico. Aquella terrible arma causó numerosas bajas en las filas de los híbridos, muchos que habían caído medio desintegrados o calcinados, aquí y allá, y varias veces sobre la gran hoguera, o bien en las hogueras secundarias dispuestas en torno al Árbol inmenso.

El titán gemía y, entonces, animado por el dolor de ver a Tiis en aquella situación tan peligrosa, llegó a moverse como jamás lo hiciera, moviendo sus enormes brazos, si bien no podía hacer otra cosa, al seguir prisionero, plantado, sufriendo la ley universal del vegetal sostenido por sus raíces.

Él no gozaba de las mutaciones que poseían sus descendientes, seres animados, cuyas raicillas se habían convertido en

pseudopodos, o bien en aletas natatorias o alas, antes de llegar a los miembros normales de los androfitos.

Holox intentó acercarse a Tiis. Pero un vuelo masivo le amurallaba el camino. Los voladores, en cantidad innumerable, se mantenían a cierta distancia. Después del combate del otro día, sabían la eficacia del fuego atómico, y Holox, por si aquello hubiera sido poco, acababa de hacerles una aplastante demostración.

Continuó disparando contra la horda, causando nuevamente muchas bajas. Pero eran una verdadera legión y Holox se encontraba en una situación ciertamente peligrosa. No lo lamentaba por él, sino por la jovencita Tiis.

Si él sucumbía, aquellos miserables androfitos ¿serían capaces de arrojarla inmediatamente a las llamas?

Mientras, los hombres-plantas, incapaces de volar, parecían animar a sus semicongéneres dotados de alas a fin de que terminaran con aquel intruso, al que debían considerar como a cualquier genio maligno.

El Árbol seguía moviéndose continuamente, irritado, moviendo inútilmente sus enormes brazos en el vacío. La epidermis-corteza, debido al impulso de sus esfuerzos, se resquebrajaba cada vez más, y de aquellas grietas brotaba una sangre verde, que brillaba de manera extraña al reflejo de las hogueras.

Holox se veía perdido.

Y en aquel momento apareció la canoa-platillo.

El aspecto del combate cambió inmediatamente.

Androfitos e híbridos se atrevían a enfrentarse con los hombres voladores, en los que reconocían vagamente a seres de su raza. Pero aquel monstruo oval, trepidante, que avanzaba entre dos capas de aire y que estaba dotado de una excepcional manejabilidad, les pareció algo asombroso, horrible, lo más extraño de lo que hubieran podido llegar a imaginar jamás.

El aparato fue descendiendo hasta llegar a posarse en el suelo, volvió a elevarse y entró de pleno, como una formidable cuña en la masa de los híbridos voladores.

Holox quedó libre en menos de treinta segundos, mientras centenares de cuerpos carbonizados, caían al suelo o más frecuentemente iban a alimentar las hogueras que ellos mismos habían dispuesto en torno del Árbol.

Una humareda intensa enrarecía el aire, mientras que el resplandor rojizo aumentaba de intensidad, y el olor general era realmente horrendo.

Androfitos y sacerdotisas huían, seguidos por el fuego que lanzaba la canoa-platillo, quedando muchos de ellos tendidos sobre el terreno. Todos los zoófitos terrestres, naturalmente, desaparecieron a una velocidad asombrosa, refugiándose en la espesura de las cercanías.

Holox había sabido aprovechar la oportuna intervención de sus amigos. Se encontraba ya en el suelo y corría hacia Tiis. La alejó del fuego, que estaba a punto de hacer presa en ella, y tras asegurarse de que seguía con vida, si bien desvanecida, comenzó a cortar las ataduras que la sujetaban.

El terreno estaba desierto, es decir, con excepción de los numerosos cadáveres de híbridos, animales, insectos, pájaros y humanos.

El Árbol había cesado de gemir y de moverse. El coloso, ya, parecía contemplar con simpatía aquellos seres desconocidos que habían ido a socorrer a la jovencita.

La canoa se posó en el suelo. El primero en salir de la misma fue Ci Dzu. Corrió hacia Tiis, arrojándose sobre ella, sollozando y profiriendo unos entrecortados gritos o gemidos.

Holox, con suavidad, golpeando cariñosamente la espalda, e intentando consolarle, le hizo comprender que ella no había muerto, y que por consiguiente no debía temer nada.

—Debemos trasladarla rápidamente a la canoa-platillo —dijo acompañando de expresivos gestos las palabras.

Wrim, al llegar hasta él, murmuró:

—¿Intacta? Hum Debe haber sufrido una fuerte conmoción. Lo mejor será transportarla a la astronave, sin tardar. Hay que curarla, prestarle los servicios médicos necesarios, o de lo contrario...

Como es natural, Ci Dzu no comprendía ni una sola palabra de aquellas palabras, pero adivinó fácilmente el sentido de las mismas. Holox le sonrió con ternura:

—Vamos, no debes inquietarte. La salvaremos. Hemos hecho ya lo más importante, y... Se interrumpió, comprendiendo que había hablado demasiado pronto, cantando victoria antes de tiempo.

Un enjambre de pájaros-plantas, de seres de una envergadura

impresionante que debían alcanzar casi los cuatro metros, se abalanzaba hacia la canoa. El fuego atómico pulverizó a algunos de ellos, pero uno de los monstruos se alzó en vuelo llevando entre sus ramas, provistas de lianas floridas, el cuerpo del piloto al que había cogido a través de la puerta abierta de la canoa-piloto.

Tebal, que salía en aquel momento, disparó a su vez, matando al demonio volador. El piloto cayó pesadamente, desde varios metros de altura, y el gigante alado se desplomó encima de él.

A simple vista, los zagorianos pudieron juzgar la situación. En verdad, no era demasiado brillante. Su desgraciado compañero no daba ya señales de vida y era indudable que debió matarse a consecuencia del golpe. Los horribles ornitofitos revoloteaban, un poco asustados por el fuego atómico, pero no tardarían en atacar de nuevo.

Sólo Holox y Tebal estaban provistos de alas. Wrim y Ci Dzu no habían tomado a su cargo la celebración del combate de los exploradores.

Y estaba Tus, inerte, y cuyo estado no dejaba de inquietar muchísimo al sabio.

—¡Vengan! Yo trataré de cubrirles —gritó Tebal.

De pie frente a la canoa-platillo, a pocos metros de donde yacía el cadáver del piloto, enfocó el tubo de rayos mortales hacia los ornitofitos. Holox hizo una señal a Ci Dzu para levantar a Tiis, rogándole encarecidamente al profesor Wrim que le prestara su ayuda. Se pusieron en marcha, el explorador avanzando junto a ellos, con el arma a punto de disparar a la menor contingencia.

Les quedaban menos de treinta metros para llegar hasta el aparato. No pudieron franquearlo.

Una nube de androfitos salió de los matorrales más cercanos.

Tebal y Holox abrieron fuego casi instantáneamente. Lamentaban tener que disparar contra unos seres que, aunque provistos de lianas vivientes, no dejaban por ello de ser prácticamente de su propia raza. Pero no les quedaba otro remedio.

Consiguieron detener el avance de los hombres floridos.

Fue entonces cuando éstos prepararon una nueva táctica. Wrim y Ci Dzu con el cuerpo de Tiis a cuestas, no podían avanzar muy de prisa, el profesor tratando de hacer comprender al joven que ahora más que nunca debían procurar cuidar de la joven.

Holox procuraba permanecer muy cerca de ellos, a punto de cualquier anomalía. Pero, de pronto, Tebal gritó algo, señalando un verdadero tapiz de flores que avanzaba hacia ellos a una velocidad fantástica, ondulante como una marea.

Los androfitos, refugiados bajo los árboles, gritaban algo incomprensible a los zagorianos, pero por lo visto muy fácil de entender para aquellos seres-flores. Los pájaros monstruos empezaron a atacar de nuevo y Tebal se encontró solo contra ellos, puesto que Holox lanzaba el fuego de su arma atómica contra el suelo, tratando de detener por todos los medios el avance del tapiz florido dotado de movimiento.

Ocasionó muchas bajas, en efecto, pero a medida que aquella masa iba cayendo iba aumentando de nuevo, con movimientos ondulantes y sinuosos hasta que comprendió, aturdido, cuál era la naturaleza de aquellos seres.

Y Wrim, a pesar de la pasión científica que le absorbía, y mientras ayudaba a Ci Dzu a transportar a Tiis, observó también aquel tapiz extraño, exclamando, sorprendido:

—¡Serpientes! ¡Esto son serpientes-plantas! ¡Los ofidofitos! ¡No poseen ramas, o ramitas! Son sus propios cuerpos lo que constituyen la armadura vegetal. Pero las hojas y flores se cruzan entre sus escamas. Es extraordinario...

A pesar del afectuoso respeto que sentía por el eminente representante de la Academia de Urriza, Holox no pudo por menos que gritarle, bruscamente, que no era aquel el momento más oportuno para hacer zoología, aunque estuviera mezclado con la botánica.

Los reptiles floridos, en cantidades industriales, avanzaban arrastrándose a una velocidad sorprendente, si bien debían maniobrar guiándose por los gritos de sus semicongéneres, los androfitos, a fin de poder cortar la marcha de los zagorianos hacia la canoa-platillo.

Holox se elevó un poco, y a tres metros del suelo, lanzó su fuego atómico sobre el tapiz ondulante, reptiliano y florido, produciendo surcos sangrantes, sangrantes de aquel verde ardiente que debía ser la hemoglobina de los seres-plantas.

Se oyó un nuevo suspiro del Árbol. Podía pensarse que éste seguía el curso de la pelea con un interés ávido, y que veía a los

zagorianos en peligro, con la joven pareja a la que habían intentado salvar.

Holox volaba, pero Wrim y Ci Dzu, portadores de aquella preciosa carga, debían dar un ligero rodeo para evitar el tapiz de flores movibles, aquellas flores maravillosas que se cruzaban por encima de los organismos de los ofidiofitos.

Holox se acercó a Tebal, quien acababa de rechazar una nueva tentativa de avance, de una gran manada de ornitofitos.

—Yo permaneceré frente a la canoa. ¡Tú ve a buscar las granadas de mano!

Tebal entró en la canoa. Holox permaneció en su sitio, tirando ininterrumpidamente al aire, contra las nubes de pájaros, y al suelo contra las serpientes. Pero éstas eran verdaderamente numerosas.

Parecía como si tras cada nueva ráfaga de fuego atómico, nacieron nuevos individuos que proseguían la marcha ininterrumpida apenas unos segundos. Las serpientes iban ganando terreno de un modo alarmante en su pretensión de alcanzar la canoa-platillo, y cortando en absoluto la avanzada de Wrim y Ci Dzu.

Cerca de Holox, Tebal salió con las manos llenas de pequeñas bombas de mano, granadas de fuego atomizador líquido, una de las invenciones más extraordinarias de los zagorianos.

—¡Apártese, profesor! ¡De prisa!

Wrim guió a Ci Dzu quien llevaba en brazos a la inerte jovencita Tiis. Y Tebal, emprendiendo el vuelo, sembró la muerte entre aquella marea de serpientes floridas.

Tres granadas fueron suficientes. Explotaron en el suelo con un estruendo ensordecedor, sin producir más humo que una ligera salida de vapor. Y de súbito, en ondas concéntricas, el fuego atómico se extendió en un diámetro de unos diez metros. Se había liquificado, vaporizándose en pocos segundos, pero no dejando absolutamente nada en el perímetro cubierto.

La horda de reptiles quedó rápidamente destruida. Quedaban, como huella inequívoca de lo sucedido, unos círculos negruzcos, tres específicamente. La tierra mostraba profundos socavones allí donde habían explotado las granadas. Estas eran de poca potencia, ya que otras podían incluso llegar a alcanzar una extensión de varios centenares de metros.

Ya no se veía ningún zoófito en toda aquella explanada. Los androfitos se ocultaban también. Solamente, algunas serpientes habían podido escapar al desastre, huyendo con una agilidad enloquecedora, hacia el próximo bosque.

Pero los pájaros atacaban de nuevo. Holox se vio perdido, atacado a la vez por tres monstruos floridos y provistos de alas.

Una nueva nube compuesta de quince ornitofitos, por lo menos, se acercaba revoloteando hacia ellos. Tebal no vaciló más, y con destreza, arrojó una granada al aire contra la escuadrilla de monstruos alados.

Un globo de fuego líquido desintegró a doce de los quince pájaros en menos de cuatro segundos. Pero no había sido lo suficientemente alto para evitar que las ondas infernales consiguieran perjudicar la canoa-platillo. La cabina se resquebrajó, los numerosos tragaluces explotaron. Holox acababa de deshacerse del último ornitofito, y los otros, apurados, habían abandonado la lucha.

Sobre aquel terreno, revuelto, negruzco, socavado, torturado, carcomido, que emanaba un polvo producido por las miasmas de atamos que habían constituido los ornitontos y los ofidofitos, los zagorianos y Ci Dzu se reunieron.

—Somos dueños del terreno, pero...

—¡Pero no del piloto, vaya! ¡Y por si eso fuera poco la canoa-platillo ha quedado inutilizada!

Tebal se golpeaba el rostro con el puño cerrado:

—¡Qué imbécil! ¡Qué bruto soy! ¡Si no hubiera arrojado esa granada!...

—Si no lo hubieras hecho, los pájaros nos habrían liquidado a los dos, y nuestros amigos no hubieran tenido ningún defensor más. Pensemos en el futuro, no en el pasado. ¿Cuál es su parecer, profesor?

Wrim observó:

—Ganar el bosque, sin duda, en espera de que llegue el comando. Hemos de tener en cuenta que no estarán aquí antes de una o dos horas: las canoas avanzan con cierta lentitud al marchar fuera del espacio...

Interrogaron a Ci Dzu, pero éste, aturdido por la inercia de Tiis, por aquellas destrucciones masivas y sin duda por el terror de sus

congéneres, no sabía nada, no comprendía ni una palabra.

Un gran grito, profundo y estremecedor, llegó hasta ellos. Y todos comprendieron, todos lo sintieron dentro de sus corazones, que el Árbol les llamaba. El Árbol, dotado de una monstruosa inteligencia, había seguido paso a paso sus aventuras, sus esfuerzos para escapar a aquella suerte destructora. No les abandonaba, vivía con ellos, porque ellos habían querido salvar la última descendencia de su raza, que sus miserables semejantes hubieran deseado eliminar de manera tan horrenda.

Los tres zagorianos y el pequeño androfito levantaron la cabeza, mudos, esperando lo que quería decirles el coloso.

En medio de la noche, bajo el resplandor luminoso de las estrellas, su «rostro» se veía muy alto, muy por encima de ellos. Pero ellos vieron que el Árbol se inclinaba hacia abajo, que dirigía hacia ellos lo que parecía su cabeza como si quisiera observarles.

En aquel movimiento, sus rasgos, iluminados por el fuego de las hogueras que se consumían, parecían burilados más que nunca, pero Impresos a la vez de nobleza, de sufrimiento y de una ternura infinita hacia los Hombres, hacia aquella jovencita para la cual él deseaba la vida a cualquier precio.

Y, estupefactos, vieron como tendía su brazo gigante, hacia una dirección determinada. Y quedó de aquella manera, con el brazo tendido, como si cada esfuerzo le costara terribles sacrificios, como si esperara que su gesto hubiera sido comprendido.

Tal vez su pensamiento era también poderosamente comunicativo. Holox lo comprendió y gritó:

—¡Nos dice que debemos huir! ¡Por allí! Debemos obedecerle...

—Es cierto —dijo Tebal—. Parece que nos muestra una dirección hacia la cual no he visto huir a ninguno de los androfitos. Lo que quiere significar que el camino está libre. El comando se nos unirá más tarde. Pero obedezcamos al Árbol. ¡Huyamos! Los otros están encolerizados. ¡Van a regresar de un momento a otro!

Holox quiso tomar a Tiis en sus brazos. Con sus alas, hubiera podido llevarla mucho más fácilmente. Pero Ci Dzu se negó rotundamente a soltarla. La llevaba solo, apretándola contra su pecho. El explorador no quiso insistir.

Se pusieron en camino, alcanzando los límites del bosque. Las lámparas de los exploradores mostraron que, efectivamente, el

camino estaba libre.

Algunos instantes después habían abandonado el claro, donde las hogueras abandonadas comenzaron a extinguirse, bajo el rostro inmenso y misterioso del coloso...

CAPÍTULO VII

La aurora comenzaba a apuntar en la Nueva Zagoro. Los tres soles emergían por detrás de los árboles gigantes. Pero los fugitivos no veían ya al Árbol. Habían seguido caminando durante horas y horas, encantados, a pesar de las circunstancias, al comprobar que el Titán no les había engañado, toda vez que no habían encontrado ningún enemigo en todo el recorrido.

Ahora, cuando nacía el día, se encontraban en la vertiente de un valle hermoso. Un arroyo serpenteaba alegremente debajo de ellos, sobre un lecho rocoso. La hierba verde, las flores, todo parecía regular.

Wrim no se había equivocado al suponer que el mundo fantástico de los zoófitos no ocupaba más que una parte del planeta, puesto que lo demás era a todos efectos de tipo normal.

Durante la noche apenas habían entrevisto alguna de aquellas enormes siluetas de saurios formidables, que erraban todavía, vestigios de una raza casi extinguida. Pero los monstruos no les habían atacado.

Fueron turnándose para transportar a Tiis, que seguía todavía inconsciente. Ci Dzu, a pesar de sus continuas negativas, no había tenido más remedio que dejar que sus amigos, los zagorianos, le relevaran, pues había llegado hasta el extremo de sus fuerzas, a pesar de su vigorosa Juventud.

Creyendo estar a salvo, por lo menos provisionalmente, lejos del Árbol, lejos de los androfitos, decidieron hacer un alto.

Mediante los micrófonos portátiles mantenían conexión con la astronave

«Z-43»

y con las tres canoas-platillos que formaban el comando. Pero,

durante la noche, no les habían podido facilitar su posición exacta. Ahora, de día, Tebal se orientó, con los aparatos adecuados que los exploradores llevaban siempre con ellos. De esta manera podrían avisar a las canoas-platillos que acudían en su ayuda.

Estaban fatigados por el largo trayecto. Tebal y Holox se habían negado a servirse de sus alas, a fin de no abandonar a sus amigos. Todos aparecían con el mismo aspecto, cubiertos de polvo, de lodo, incluso de sangre, vestigio todo ello de una noche de pesadilla.

Se habían recuperado un poco gracias a algunas píldoras vitaminizadas que formaban parte de su equipo. Además, habían comido algunos frutos silvestres que Ci Dzu cuidó de escoger, y que les refrescaron un poco. Pero debían avisar.

Mientras Tebal seguía con sus trabajos de orientación, poco fácil debido a los tres soles que falseaban sus cálculos, Wrim confió a Holox sus inquietudes respecto a Tiis.

El explorador observaba con una piadosa tristeza a la jovencita que habían dejado tendida sobre un lecho de flores, de flores totalmente normales éstas, y que no cruzaban sobre repelentes serpientes, sobre insectos gigantes.

—Esta muchacha me inquieta. El choc ha sido brutal, y nos encontramos ante un verdadero caso de catalepsia.

—¿Qué opina usted, profesor?

—Cualquier cosa... Pero sería, desde luego, muy necesario tratarla con los máximos medios a nuestro alcance... una vez estemos en la astronave. Mientras, voy a examinarla lo mejor posible. Pero le agradecería alejara a Ci Dzu. Preferiría reconocerla solo.

El gran explorador convenció sin grandes trabajos al joven androfito para que le acompañara en una pequeña vuelta de inspección a la región. Ci Dzu comprendió que el profesor velaría a Tiis, pero, al alejarse, se volvió varias veces, inquieto por tener que alejarse de su compañera.

Holox, ayudado por Ci Dzu, exploró minuciosamente los alrededores. Se convenció de que ningún animal, ninguna planta, presentaban características anormales. Se trataba de una flora y de una fauna más bien primitivas, anunciando el fin de una era, la evolución hacia un mundo nuevo.

Sin los androfitos, la Nueva Zagoro sería el lugar ideal para

establecer la colonia que los astronautas deseaban fundar.

Cuando regresaron, Tebal anunció con satisfacción que había conseguido ponerse en contacto con el comando a quien había indicado todos los datos necesarios para que se les reunieran.

—Estarán aquí dentro de una media hora, o una hora como máximo.

Se acercaron los tres hacia Wrim. Este parecía preocupado.

—Y, pues, profesor, ¿qué tal se encuentra nuestra pequeña? —preguntó Holox, mientras que Ci Dzu corría hacia la joven, todavía sumida en aquel interminable sueño, e inclinado sobre ella, acariciaba dulcemente sus manos inertes, su rostro, sus bellos ojos que permanecían cerrados.

Wrim balbució:

—Señores... ejem... ciertos síntomas me habían puesto sobre aviso... ejem. Es muy urgente poder llevar a esta muchachita... No... a esta mujer joven... donde se le puedan prodigar toda clase de cuidados... Ya que dará a luz dentro de algunos meses...

Los dos exploradores habían quedado estupefactos.

—Un niño... Pero ¡así es una mujer normal!

—Sí... Normal, si bien debe poseer, como Ci Dzu, un sistema digestivo todavía cercano al vegetal... y luego están esas lianas... animadas en sus congéneres, pero inertes en ella y en Ci Dzu...

—Este debe ser, probablemente, el padre del niño —observó Tebal.

—Es difícil contestar a esta pregunta.

—Un bebé androfito —dijo Holox—. ¿Nacerá con flores, también, o...?

—Señores —repuso doctoralmente Wrim—, he llegado a esta conclusión: Ci Dzu y Tus son variantes de su raza. Se han encontrado y se han amado.

—De esto no queda la menor duda, profesor. Pero este niño, ¿será también una variante?

—Esto es lo que no sabemos, Holox. Esta raza, nacida sin duda del Árbol gigante, degenerada, y luego evolutiva, ha tomado diversas formas, pero ha engendrado al hombre... o casi.

Ci Dzu y Tiis pierden las características vegetales para convertirse en normales. Su hijo debe representar, me imagino, un nuevo paso hacia el humano completo. Y, como saben ustedes,

poseemos los medios necesarios para favorecer la gestación... Necesito poder operar a los padres..., desembarazarles de estos ornamentos superfluos que ya se marchitan y están a punto de morir en ellos, y al mismo tiempo ayudar a nacer al chiquitín sin esa floración inútil.

—Será maravilloso —exclamó Holox, quien sentía una debilidad hacia los niños.

—Me pregunto —dijo Tebal— si el odio de los androfitos hacia nuestros Jóvenes amigos no sería debido precisamente a esta evolución. Estos, que no poseen más que unas lianas inertes y marchitas, deben parecerles casi unos seres monstruosos y, como en todos los pueblos bárbaros, les iban a sacrificar deliberadamente, en el transcurso de una ceremonia diabólica. Gracias al Maestro del Cosmos, nosotros pudimos salvarles.

—¡Diantre! —exclamó Holox, observando el horizonte—. ¿Por cuánto tiempo? Será necesario combatir de nuevo. ¡Mirad!

Wrim y Tebal palidecieron al volver sus ojos hacia el valle.

En la vertiente que se extendía frente a ellos, una horda de androfitos desembocaba del bosque. Todas las razas zoovegetales parecían haberse reunido para tomar parte en el ataque. Reptiles e insectos gigantes, mamíferos y humanos, acudían en masa. En el cielo, grandes pájaros floridos llegaban al mismo tiempo.

Y todo aquel mundo fantástico, resplandeciente con una floración vivaz, embalsamando miles y miles de flores de las más olorosas, que nacían sobre sus organismos animales, avanzaban como un mar ondulante hacia los zagorianos que les habían arrebatado sus presas, y que no habían dejado de seguir durante la noche.

Ci Dzu, horrorizado, se arrojó sobre el cuerpo de Tus. Holox le zarandeó arrancándolo del desespero en que estaba sumido, colocándole un tubo de fuego atómico entre las manos.

—Si el comando no llega... —murmuró el profesor Wrim.

El generoso sabio estaba dispuesto a combatir también. Tebal y Holox estaban dispuestos a dar su vida por la de la joven pareja. Pero, a pesar de sus armas terribles, no conseguirían jamás detener aquella cantidad.

Tebal se tomó el tiempo justo para lanzar el último S.O.S. a las canoas, pero los zagorianos es encontraban todavía lejos. Y los

androfitos llegaban, con todos sus congéneres.

Era horrible y magnífico a la vez, aquel ejército florido, hormigueante, amenazador y espléndido. Pero los zagorianos sabían a qué atenerse.

Y el combate dio comienzo, aquel combate que sabían sería el último.

Los cuatro hombres formaban una muralla protectora con sus cuerpos frente a Tiis, que seguía inconsciente. Los fuegos atómicos abatían rudamente a varias filas de sus agresores. Pero comprendían, con desespero, que pronto se verían rodeados por los ornitofitos y los entomofitos voladores que revolotearían por encima de sus cabezas.

Herían, luchaban, aguantaban...

No podrían resistir mucho tiempo, y sucumbirían, si el comando no llegaba en seguida en su ayuda. Pero las canoas no parecían llegar todavía por el horizonte, y Tebal no podía, ya, dar su posición.

Y entonces sucedió algo inesperado.

Un gran grito llegó, desde muy lejos, un grito que hizo estremecer a la vez a los zagorianos y a todos los seres vegetales del planeta. El Árbol, como sabiendo lo que estaba sucediendo, gritaba allá abajo su desespero, al ver en peligro de muerte su última esperanza de que su raza llegara al momento en que debía remontar hacia su verdadero destino: el Humano.

El coloso, solo, entre un círculo de cenizas, vestigios de las hogueras extinguidas, se retorció de desesperación.

Había visto partir a toda la horda y su instinto formidable le decía que Tiis y Ci Dzu iban a ser sus víctimas, a pesar de todos los esfuerzos de aquellos hombres en quienes se reconocía.

Luchó, se retorció en su formidable armadura, probando de conseguir una cosa que no había podido conseguir en millones de años de su existencia.

¡Y al final lo consiguió!

Un pie cedió; luego, el otro. El coloso no era ya un árbol plantado, sino un ser autónomo, de pie sobre sus piernas gigantescas, a las cuales se adherían todavía aquellas raíces que le aprisionaban al suelo del que se había librado en aquellos instantes. Y allí, abajo, en el valle donde tenía lugar la batalla, los

combatientes perdieron el equilibrio debido al seísmo que se produjo al arrancarse del suelo.

Pero ellos no podían comprender todavía lo que había sucedido.

Los zagorianos, resueltos, aniquilaban nubes enormes de zoófitos, sin conseguir hacerles retroceder. Tebal que tenía todavía tres granadas de mano, las había arrojado una tras otra. Y los asaltantes volvían a la carga, sobre los átomos disociados de sus congéneres desintegrados.

Holox lanzó, de pronto, un aullido, al que respondió un rugido formidable, que parecía salir de un pecho titánico.

Un gran temblor recorrió todo el valle. Todos se detuvieron, todos vieron la cosa inconcebible.

Llegaba el Árbol, dejando tras de sí un riachuelo de sangre verde que brotaba de cientos de heridas de la corteza resquebrajada.

A pasos gigantescos, formidables, el coloso avanzaba por el bosque, haciendo unos pasos de muchos centenares de metros. Su forma inmensa, grotesca, evocando una silueta humana vestida de follaje florido, agitando sus brazos de corteza, avanzaba por montes y valles, dejando bajo sus pies prodigiosas huellas de fuego a docenas y docenas de árboles, aplastando a miles de seres vivos, sembrando el terror y la devastación.

Erguido en la claridad, brillando bajo los tres soles que se alzaban ya en el zenit, el Árbol humano llegó hasta el lugar del combate.

Y se lanzó contra la horda, comenzando sin piedad y con furor a pisotearla, destrozando en unos instantes a miles de seres que estaban a punto de acabar con el pequeño grupo de los zagorianos.

Holox, Tebal, Wrim y Ci Dzu habían cesado de disparar. Alucinados, presas de un horror sagrado, observaban al coloso, El Árbol, su amigo, en quien vivía todavía un alma humana, que había acudido en su ayuda destruyendo con furia a los monstruosos enemigos que querían arrebatarles la vida.

Los androfitos, aturdidos por el prodigio, asustados por aquella protesta del Dios prisionero, a quien habían torturado con tanta frecuencia mediante el fuego para hacerle resistir, huían en todas direcciones. Pero el Árbol, implacable, avanzaba y destrozaba pisoteándolos o inclinándose y estrujándoles con sus enormes manos, varias docenas a la vez. Todos los seres zoovegetales, presas

de pánico, trataban por todos los medios de ocultarse bajo tierra, saltar dentro del arroyo, alcanzar de nuevo el bosque. Pero bien pocos consiguieron escapar a la cólera del coloso que, después de su cautiverio multimilenario, entregaba sus supremas fuerzas para salvar a los que amaba, los variantes que anunciaban la aurora de una nueva raza, después del crepúsculo que él mismo había conocido, tanto tiempo antes.

Aterrados, los zagorianos, temblaban de pies a cabeza.

Otra vez, el Árbol lanzó su grito inmenso. Luego, fatigado por aquel esfuerzo formidable, se tambaleó y abatióse sobre trescientos metros de extensión, a través del valle, sangrando aquel líquido de color verde.

Lo que constituía su rostro mostraba una ternura profunda. Intentó todavía girarse hacia la joven pareja y hacia sus salvadores. Parecía como si quisiera tenderles la mano, para acariciarles, o para bendecirles.

Entonces dejó de moverse. Permaneció así, aquel cuerpo gigantesco, del cual debía acabar de volar un espíritu prisionero durante siglos y siglos.

Por lo menos deseaba hacerse comprender de aquellos a quienes acababa de salvar las vidas.

Instintivamente Ci Dzu y los zagorianos se acercaron hasta él. Y Ci Dzu se detuvo de pronto mostrando algo, tratando de explicarse:

—Va a morir... ¡Pero, mira sus hojas!... Cambian de color...

Holox, más cerca, alargó la mano y cogió una de las hojas del Árbol gigante. Lanzó una exclamación de sorpresa:

—Signos... aparecen unos signos...

Wrim dio un brinco:

—¿Signos?... ¿Un alfabeto?... ¿Palabras tal vez?

Estupefactos, vieron que la mayoría de las hojas que cubrían al titán, aparecían en efecto mostrando unos jeroglíficos. Al no poder hablar, aquel ser fantástico les dirigía su último mensaje, imprimiendo en su follaje las supremas revelaciones que deseaba hacerles.

Estaban mudos, aturdidos, observando aquellas hojas, tratando de comprender lo que significaban aquellos signos. El Árbol había muerto. Pero ellos recogieron un gran montón de hojas, esperando y deseando poder llegar a desentrañar su secreto, a comprender los

últimos pensamientos del Árbol-Dios, su gran amigo, el protector vigilante de Tiis y de Ci Dzu, así como del niño que debía nacer, fruto del amor de entre ambos.

Las canoas-platillos aparecieron en el horizonte del valle, de donde había desaparecido ya todo peligro. A bordo de la astronave «Z-43»,

el primer cuidado del profesor Wrim fue la salud de Tiis. Consiguió reanimarla y, desde entonces, durante el viaje de regreso a Zagoro, le procuró todos sus cuidados, sin descanso, a la futura madre.

Muy pronto pudo anunciar con satisfacción que tenía buenas esperanzas respecto al estado futuro del hijo que iba a nacer.

Ci Dzu, que hablaba cada vez mejor el zagoriano, les ayudaba a comprender el drama de su planeta, por la menos de todo cuanto él sabía. Como Tiis, se habían prestado a la pequeña operación que había consistido, en una sala de cirugía de la astronave, a practicar la ablación en ellos dos, de las inverosímiles lianas marchitas, vestigios de un estado que iba a quedar olvidado en el pasado.

Y, naturalmente, habían colocado centenares y centenares de hojas arrancadas del Árbol muerto en los aparatos traductores electrónicos de a bordo. Si no podían leer en los cerebros, eran capaces de descifrar cualquier inscripción de origen humano.

De esta manera, los zagorianos, recopilando las revelaciones del Árbol y uniéndolo a las narraciones de Ci Dzu, a pesar de numerosas lagunas que quedaban por explicar, utilizando numerosas hipótesis, terminaron por comprender lo que había sucedido.

Supieron que antes, mucho antes de su llegada al planeta, una nave voladora, llegada de un planeta desconocido para ellos, la Tierra, había transportado hasta allí un ser, único superviviente de toda la flota y a quien un sabio audaz había metamorfoseado en vegetal hermafrodita, para que pudiera fecundar por sí solo, poniendo su propio polen en los cálices de las flores de sexo opuesto.

El Árbol había engendrado así, impregnado hasta la eternidad del recuerdo de una joven de ojos claros y de cabellos dorados, una mujer que se había convertido en polvo cerca de él, pero de la que había conservado un recuerdo tal, que muchos de los seres femeninos nacidos de él mucho más tarde, mostraban aquellos

mismos ojos, los mismos cabellos dorados.

El Titán había tenido que sufrir el dolor de ver las degenerescencias, la evolución que se rehacía, las divergencias hacia el animal, el pájaro, el pez, el batracio, todo ello mezclado, antes de perfeccionarse lentamente, en el transcurso de miles de siglos, hacia los humanoides todavía parcialmente vegetales: los androfitos.

De tiempo en tiempo, a las variantes de la raza se les marchitaba su parte floral. Entonces los otros, imbuidos de supersticiones, les consideraban como seres anormales, sacrificándoles horribilmente, deseando, contra el gusto del Árbol, continuar eternamente como seres vegetales, no Hombres.

Y en aquellas variantes, su sangre, todavía ligeramente verde, brillaba gloriosamente, indicando su destino hacia lo humano. Y el Árbol, después de tantos siglos, les reconocía al fin como suyos.

Pero aquellos bárbaros que le torturaban mientras le adoraban estúpidamente, destrozaban cada vez sus esperanzas al arrojar a las llamas a los adolescentes que presentaban los signos que ellos señalaban como anormales entre los androfitos. Y el Árbol se desesperaba.

Al fin, el amor de Tus y Ci Dzu, y la llegada de los zagorianos, había permitido al coloso ver sus sueños realizados. Y estaba libre: había muerto por el esfuerzo que había realizado para conseguir arrancarse del suelo y acudir en su ayuda. Un poco después de su llegada a Urriza en la nave «Z-43»,

Tiis dio a luz un día, a un pequeñuelo. El profesor Wrim, ebrio de alegría, pudo anunciar a sus amigos Holox y Tebal, que esperaban inquietos en la clínica, en compañía de Ci Dzu que se había convertido en un hombre de verdad, que aquel niño era perfectamente normal, y que no ofrecía ni el menor rastro de la especie vegetal.

El sacrificio del Árbol no había sido en vano. Había muerto para dar vida, un día, al que debía ser el hijo lejano de Genio y también de Liane, la bien amada, cuyo recuerdo físicamente clavado en los tormentos del coloso, había tenido por fin dorar los cabellos de sus descendientes.

Ci Dzu estaba maravillado frente a su hijito. Wrim rebosaba

alegría. Tebal estaba dispuesto, esta vez en verdad, a casarse con la muchacha zagoriana antes de volver a partir hacia el espacio. Y Holox, profundamente emocionado, no sabía ciertamente qué decir.

En cuanto a Tiis, una verdadera mujercita ya, amamantaba a su pequeño y se reía de todo aquello. Era el hijo de Ci Dzu, su hijo.

Y ella no pedía nada más.

FIN